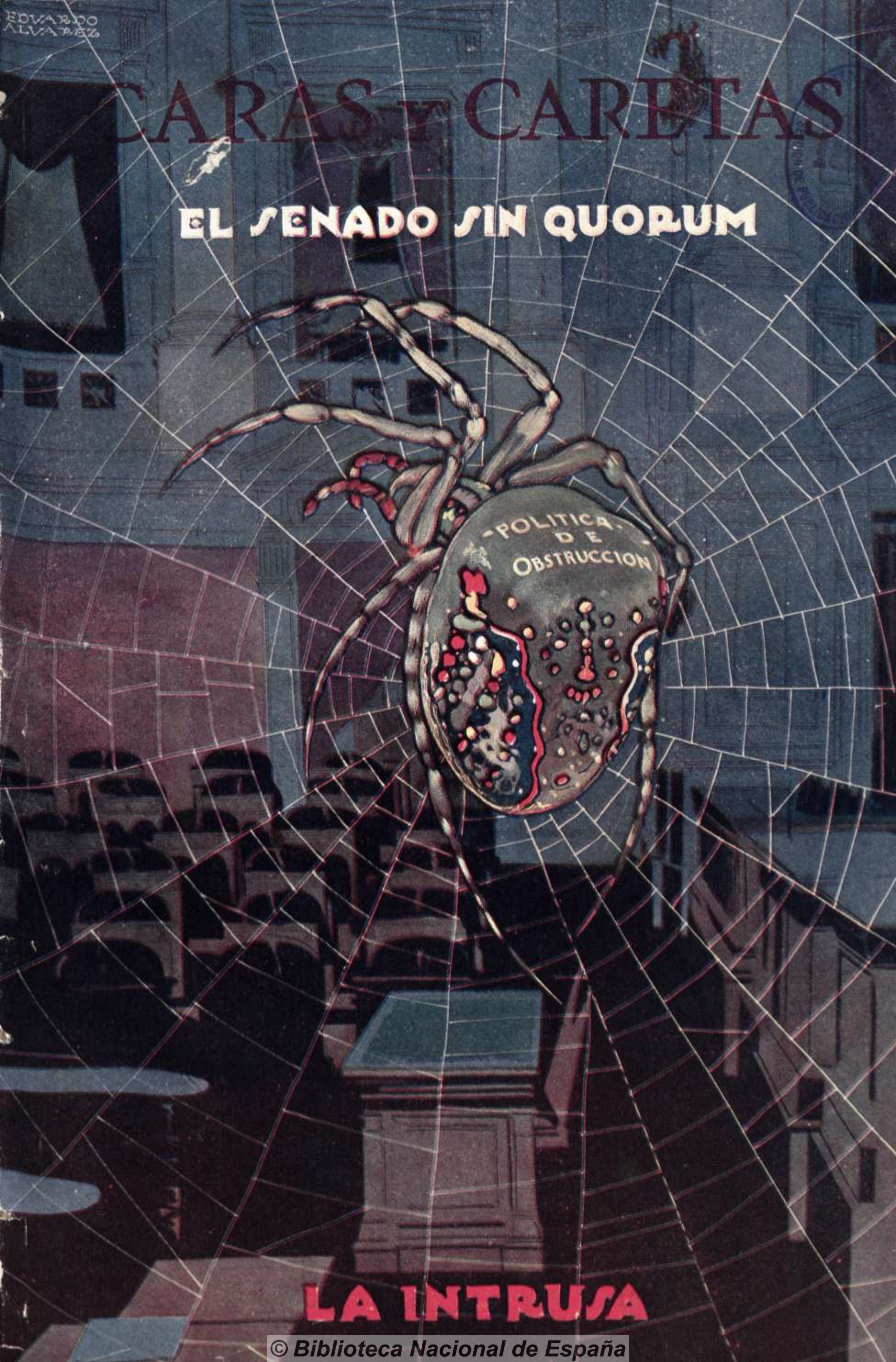

EDUARDO ALVAREZ
CARAS Y CARETAS
EL SENADO SIN QUORUM
POLITICA DE OBSTRUCCION
LA INTRUSA


SERRANO
Tan puros y saludables como este
jugo delicioso son todos los
vinos que ostentan la
marca
Tirasso
SOLICITEN LISTA DE PRECIOS
LUIS TIRASSO - Sarmiento, 847 - Bs. Aires
BODEGAS Y VIÑEDOS "SANTA ANA" - Mendoza
Unicos Concesionarios para la República del Uruguay:
PEREZ y Cía. - San José, 1216 - Montevideo
OPORTO

VIENTOS DE MUERTE

Por E. PHILLIPS OPPENHEIM



NADA entiendo de psicología o cualquiera de los fenómenos mentales o nerviosos relacionados con el estudio de esta profunda materia. Así es que no me explico lo que me sucedió durante el otoño siguiente a mi visita a París.

Un hombre fuerte, dotado de una vigorosa salud, viviendo la vida del campo, y que de pronto es acometido por el miedo, es lo que no me puedo explicar. Tenía la más fuerte convicción de que algún desastre terrible se cernía sobre mí. Cada mañana, cuando salía con mi escopeta o me metía en mi coche para hacer una excursión, sentía un frío presentimiento; no era que perdiera el control de mis nervios. Mis temores eran inexplicables y sentía que se introducían en mi cerebro. Sentía el peligro alrededor mío, y siempre esperaba verme frente a un enemigo. Sólo tenía un enemigo, y prácticamente era imposible que éste pudiera encontrarse en Inglaterra. Sin embargo, veía aproximarse mi muerte.

Vivía entonces en Greyes Manor, en una casa de campo, pequeña pero muy cómoda, que yo había heredado de un tío. Tenía a mi servicio un ama de llaves, la señora Foulds, anciana de sesenta y cuatro años que había estado al servicio de mi tío, persona estimable y emparentada con muchos de los vecinos; Adams, su sobrino, mi mucamo; un muchacho que ayudaba a éste; una cocinera y tres sirvientes a quienes raramente veía. Miss Simpson, una secretaria dactilógrafa que había conseguido por intermedio de una conocida oficina de Londres, a quien le dictaba por varias horas al día la obra sobre el crimen que me había propuesto escribir desde que me separé del servicio de Scotland Yard; mujer de unos cincuenta años de edad, pequeñita y con pelo gris, una persona agradable y silenciosa, a quien invitaba una vez por semana a cenar conmigo. La servidumbre de afuera de la casa se componía de Benjamín Adams, guardabosque y hermano de mi mucamo, y Wilson, el chauffeur que me mandaron de Devonshire con muy buenas referencias. Ninguno de ellos podía desearme mal alguno; sin embargo, vivía entre ellos esperando siempre la muerte imprevista.

Estuve a punto de tomarlo de la garganta, pero se esquivó.

Una mañana, recuerdo bien, el 1.º de noviembre, salí de caza acompañado solamente de Adams, el guardabosque. Estábamos en los confines de mi propiedad buscando un faisán herido que cayó en el matorral que hacía las veces de división, cuando inesperadamente sentí una sensación bien conocida por mí. Una bala había zumbado, perforándome el sombrero.

— ¿Qué pasa? — gritó Adams dando un salto.

Le mostré mi sombrero. El lo miró con la mayor sorpresa y con la boca abierta. El silencio a nuestro alrededor era completo y hubiera sido inútil buscar entre el matorral al autor del disparo, por lo que resolví seguir hasta el camino y regresar a la casa.

A la tarde salí en mi auto para hacer algunas averiguaciones. Ninguno de los vecinos había visto desconocidos por los alrededores, y la única esco-

peta que pude encontrar descubrí que no había sido disparada a lo menos desde un año atrás. Seguí hasta la estación de policía para verme con el inspector.

— Supongo que algún campesino ha estado cazando conejos — fué su opinión.

— Los campesinos — le dije mostrándole mi sombrero, — por lo general, no usan esta clase de balas para tirar a los conejos.

Se rascó la cabeza. El asunto era complicado, pero no le daba mayor importancia.

— Esos muchachos son muy traviesos — dijo sacudiendo la cabeza.

Me despedí de él y continué haciendo ciertas averiguaciones entre los vecinos, que, por cierto, no me condujeron a ninguna pista. Tardes después salí con mi auto para visitar a unos vecinos, y antes de haber corrido una milla me encontré con el juego del volante hecho pedazos. Fuí despedido sobre una zanja, pero resulté sin lastimaduras serias. No era necesario que Wilson me asegurara que no podía comprender la forma en que uno de los pernos se había salido. El hecho es que por unos días no pude salir de la casa, efecto de los golpes en la rodilla, lo que accidentalmente fué causa de que descubriera el diario de miss Simpson. Inesperadamente entré en la habitación y la encontré trabajando, y creyendo que estaba ocupada con mi obra, miré sobre sus hombros. Estaba escribiendo un diario, completando el registro del día anterior:

N. G. trabajó dos horas, jugó al golf y salió en el auto por la tarde. Sufrió un accidente de poca importancia. Aceptó una invitación para cazar en Woolhanger el próximo martes a las once. Probablemente regresará al obscurecer.

Miss Simpson se dió cuenta de mi presencia, y colocó una mano sobre lo escrito.

— Es mi diario particular, sir Norman — me aseguró.

— Así me parece — le respondí. — ¿Qué interés tiene usted en mis actos? Esta tarde daré orden a Barnetaple para que la lleve a usted en el tren de las cinco.

Ella se levantó tomando el libro.

— ¿Qué quejas tiene contra mí, sir Norman?

— Durante esta semana se ha atentado dos veces contra mi vida, y naturalmente sospecho de aquellos que llevan un registro de mis movimientos diarios.

Quedó inmóvil por un momento, mirándome fijamente a través de sus gafas con cierta sorpresa. Después salió de la habitación y nunca más la volví a ver.

Esa misma tarde, al regresar del pueblo donde había ido para echar una carta, encontré frente a mi casa un coche cubierto de barro, y Adams me anunció que un caballero me esperaba en el despacho. Para mi sorpresa e infinita satisfacción era Remmington.

— En este momento acabo de echar una carta para usted — le dije al darle la mano.

— He venido con toda premura porque el jefe está bastante preocupado.

— Cuénteme todo lo que pasa.

— Quisiera poderlo hacer — respondió Remmington. — Supongo que usted lee los diarios.

— Generalmente.

— ¿Ha leído lo que ocurre en Nueva York? Once crímenes y varios millones de pesos desaparecidos sin que se tenga la menor idea de los autores. La policía de Nueva York ha estado atareada en los últimos días. Dieron una barrida la semana pasada. Hicieron media docena de arrestos, pero el cabecilla de la banda se ha escapado.

— ¿Algún conocido? — le pregunté.

— Personalmente — respondió. — No hay la menor duda de que se trata del mismo individuo que en diferentes ocasiones se ha hecho llamar Thomas Pugsley, James Stanfield o sea Michael Sayers. Ha desaparecido de la faz de la tierra, según afirman, pero se apoderaron de una carta que estaba sin terminar. La primera hoja no fué en-



El hombre que estaba sentado en la cama, mirándome, me pareció al principio un desconocido.

contrada, y la segunda se refiere a usted. Aquí tiene una copia.

La leí despacio, palabra por palabra:

Las últimas semanas han sido productivas, pero se presentan peligros. Hay sólo un hombre que puede impedir mi regreso a Londres, sabes muy bien a quién me refiero. Espero día por día tus noticias. Procura que la mujer que sabes sea también vigilada. Puede ser que sea fiel como aparenta, pero hay momentos en que dudo. Si N. G. desapareciera...

— Muy interesante — observé. — ¿A quién iba dirigida la carta?

— A una firma de comerciantes en suelas de Bermondsey — respondió Remmington, — y estaba escrita en un papel con el membrete de una compañía traficante en cueros.

— La carta es de nuestro amigo, con toda seguridad — le dije, y le conté los dos atentados que se habían cometido contra mi persona.

Remmington prometió mandar uno de sus hombres de Scotland Yard para investigar y tratar también de conseguir algunas referencias sobre mi ex secretaria. Al mismo tiempo me rogó que regresara con él a Londres. La proposición no me pareció al principio muy atractiva.

— Escuche, Greyes — dijo Remmington. — Allí estará mucho más seguro que en un sitio como éste; además, lo necesitamos. La ola de crímenes ha cesado en Nueva York, y París también parece más tranquilo, lo que, según dice el jefe, indica que se trasladará a Londres el centro de operaciones.

Esa misma noche salimos para Londres. La claridad de la noche y los buenos caminos nos prometían un interesante viaje. Al aproximarnos a Islervorth noté que los frenos eran aplicados y saqué la cabeza por la ventanilla para ver lo que sucedía. Habíamos sido detenidos por un corpulento policía quien, libro en mano, hablaba con el ocupante de un coche de turismo que estaba a un lado del camino. Se acercó a la ventanilla.

— ¿Van los señores hacia Londres? — preguntó.

— Sí — le dije yo. — ¿En qué podemos servirle?

Apenas las palabras habían salido de mis labios cuando me dí cuenta de que habíamos caído en una trampa. Tuve justamente el tiempo para salvarme la vida golpeando con toda mi fuerza el revólver que me había puesto frente a la cara. Siguió el ruido de un disparo, un agudo dolor en la parte superior de un hombro, y el revólver saltó de la mano que lo sujetaba. Estuve a punto de tomarlo de la garganta, pero se esquivó. El otro coche nos pasó y mi asaltante subió en el estribo, dejando el casco en el suelo. Remmington le gritó a nuestro chauffeur que los persiguiera, pero apenas habíamos arrancado volvimos a parar de golpe. Nuestros pneumáticos traseros habían sido agujereados. A lo lejos, el otro coche desaparecía volando hacia Londres.

Hacia mediados de octubre sería cuando tuve noticias de mi esposo por primera vez, después de muchos meses de silencio. Mi situación fué terrible por algún tiempo, perdí la mayor parte del dinero que me pagaron por la devolución de las joyas de la señora Trumperton. Ya me había dispuesto a pedir ayuda en sitios que necesariamente significarían el fin de mi vida más o menos honesta cuando una mañana se me presentó un joven que parecía ser un empleado de banco, precisamente en el momento que yo examinaba un tapado que me proponía llevar a la casa de empeño.

— ¿Qué es lo que desea? — le pregunté fríamente. — Esta no es una habitación donde pueda recibir visitas.

— ¿Es usted la señora Janet Stanfield? — me preguntó.

— Por ese nombre se me conoce — le respondí.

Abrió su cartera y poniéndola sobre la mesa, contó *doscientas libras esterlinas en billetes.* Después de mi primera exclamación, quedé mirándole muda de sorpresa.

— Reciba los saludos del gerente del banco — dijo al tomar el sombrero para retirarse.

— ¿Quién manda este dinero? — le pregunté, siguiéndolo hasta la puerta. — ¿De qué banco?

— Del banco de la fe, esperanza y caridad — contestó con una sonrisa.

Desapareció antes de que yo tuviera tiempo de articular palabra. Yo había estado tratando de vivir sin la ayuda de mi esposo desde que tuve ciertas noticias de sus hechos en América. Por razones que ni yo misma podía comprender me había distanciado de él y de sus amigos. Sin embargo, en mis actuales condiciones mis esfuerzos por independizarme parecían inútiles. El dinero era para mí una necesidad, y ese dinero que recibí en un momento tan oportuno volvió a levantarme y colocarme de nuevo en la posición que me correspondía.

Cuatro días después me encontré con Norman Greyes. Salía yo de una tienda de Curzon Street, cuando él apareció por la esquina de Charges Street, evidentemente buscando un taxi. Sentí un raro estremecimiento de placer al ver de nuevo su expresiva cara, y aunque éramos enemigos, él también se alegró de verme.

— Buen día, sir Norman — le dije tendiéndole la mano. — ¿No hay más criminales en el mundo para que usted se dedique a pasear?

El sonrió y puso la valija en el auto, que se detuvo ante el cordón de la acera.

— Estoy cansado de perseguir criminales — confesó. — Además se han cambiado los papeles; son ellos los que me persiguen a mí ahora.

— ¿Sí? Esto suena como si mi esposo estuviera de vuelta.

— Así son los rumores — admitió. — ¿Está parando por aquí cerca?

— Vivo en Albemarle Court — le dije. — ¿Por qué no me hace vigilar? Si él regresa estoy segura que su primera visita será para mí.

— Es una buena idea — respondió, con un brillo particular en sus ojos grises. — Preferiría sobornarla a usted antes que a él.

— ¿Por cuánto? — le pregunté. — Michael me ha tratado muy mal últimamente.

— Cene conmigo esta noche y lo discutiremos.

Estoy convencida de que Norman Greyes es mi enemigo, así como lo es de Michael, y que lo odio. Sin embargo, ejerce un poder sobre mí al que no puedo substraerme, explicar o analizar. La idea de cenar sola con él me produjo una rara sensación. El me miraba sonriente, esperando la respuesta.

— Estaría encantada — le contesté con franqueza.

— En mi departamento, número trece, y a las ocho.

— ¿Por qué no en un restaurante?

— Por consideraciones hacia usted — respondió. — Probablemente estarán espiando sus movimientos para informar a la organización de la cual su esposo es el jefe. Si la vieran cenar sola conmigo en un lugar público se imaginarían una traición. Pero si usted lo prefiere...

— Es usted lo más precavido — le respondí con tono de sarcasmo. — Nos encontraremos en sus habitaciones entonces.

Hizo una pequeña reverencia, levantó el sombrero y entró en el auto. Yo lo observé por un momento, con odio, porque era tal vez la única persona que tenía el poder de dominarme.

Aquella misma tarde, a las tres y media, recibí una invitación que esperaba, y a las cuatro entraba en las oficinas de una firma de

abogados situada en un apartado lugar cerca de Lincoln Inn. Un mensajero me invitó a tomar asiento mientras desaparecía en busca del señor Young, el socio principal de la firma.

Poco después era recibida por un hombre alto, ya de edad, quien se levantó para saludarme en una forma algo abstraída. Volvió a sentarse tan pronto como acepté la silla que me ofreció, puso a un lado un grueso expediente, cruzó las piernas y me miró con fijeza.


Al regresar a la mesa la encontré pálida y temblorosa.

— ¿La señora Morrison? — empezó, usando el nombre por el cual yo había sido conocida durante los últimos meses.

— Recibí un mensaje telefónico pidiéndome que viniera esta tarde — contesté después de un movimiento afirmativo con la cabeza.

— Eso es, eso es — murmuró vagamente. — Vamos a ver — continuó buscando entre algunos papeles. — Su esposo es un antiguo cliente nuestro, pero mi memoria... ¡Oh, aquí lo tenemos! Mis instrucciones, cablegrafiadas desde Nueva York, para entregarle la suma de doscientas libras. Creo que usted ya recibió el dinero.

— Lo recibí y he gastado la mayor parte de él — respondí.

Su expresión se hizo algo menos agradable.

— Caramba, caramba — exclamó. — Suena un poco extravagante. Entiendo que su esposo ha estado ocupado en Nueva York con ciertas operaciones de delicada naturaleza. Parece que por fin ha terminado sus operaciones y supongo que usted sabrá que se encuentra en Inglaterra.

Mi corazón dió un salto. No podría decir si la sensación que experimenté tenía más de placer que de temor.

— ¿Está bien? — le pregunté.

— ¿Bien? — repitió él vagamente. — ¿Por qué no?

Siguió un momento de silencio. Miré a mi alrededor al rústico pero imponente conjunto de la oficina y a la expresión de sorpresa del humilde abogado. El señor Young mostró una sonrisa mientras con las yemas de los dedos golpeaba la mesa.

— La comprendo — dijo. — En el primer momento no pude apreciar el significado de su pregunta. Nueva York es una ciudad muy curiosa y entiendo... este... que las operaciones financieras de su esposo, aunque excelentes, pueden haberle creado enemigos. Regresó a Inglaterra con un nombre falso... a ver... lo tengo por aquí — continuó, rebuscando entre los papeles que tenía sobre la mesa — Aquí está... Richard Peters. Tengo instrucciones, señora, de decirle que su esposo verá con agrado una visita suya.

— ¿Tiene su dirección?

— Aquí la tiene. Jackson Street N.º 11.

— ¿Mayfair? — le pregunté.

— Mayfair — me confirmó. — La dirección me hace recordar, señora, que tiene que estar preparada para encontrar a su esposo... este... algo delicado de salud. En realidad, se encuentra en un sanatorio.

— ¿Es muy grave su enfermedad? — le pregunté.

— Creo que no. Usted podrá cerciorarse antes de media hora. Tengo instrucciones de rogarle que vaya a verlo lo más pronto que le sea conveniente.

Me volví al automóvil un poco preocupada, y en seguida me puse en camino hacia el sanatorio. Una enfermera me condujo a uno de los pisos altos.

— El señor Peters está mejorando notablemente — me indicó animosamente. — El doctor espera darlo de alta en la próxima semana. Pase, puede quedar el tiempo que guste... Aquí está su esposa, señor Peters — continuó, haciéndome pasar.

Cerró la puerta, y yo avancé hacia la cama, sólo para retroceder un paso, con una pequeña exclamación. Creí que había habido un error. El hombre que estaba sentado en la cama, mirándome, me pareció al principio un desconocido. Su pelo, que en un tiempo había sido negro, era ahora de un gris ceniciento, y llevaba un bigote recortado del mismo color. Sus mejillas estaban hundidas, la frente parecía más prominente y en el lado derecho de la cara tenía una cicatriz que me era desconocida.

— ¡Michael! — exclamé llena de duda.

— Maravilloso — respondió él. — ¿No me encuentras algún parecido con el señor James Stanfield?

— Ni el más mínimo — le aseguré. — Pero ¿qué es lo que te ha sucedido?

— Nada. Tuve que ayunar para hacerme más delgado. Se supone que estoy sufriendo de una postración nerviosa. ¡Bah! No tengo ni un nervio en mi cuerpo.

— No he sabido de ti por mucho tiempo — le recordé.

— Estaba luchando por la vida — contestó haciendo una mueca. — Me atraparon, pero tan pronto como pude escapar no tuvieron otra ocasión de ponerme la mano encima. Pero las cosas

fueron mal, Janet. Ya sabes lo que quiero decir.

Yo le miraba a la cara mientras hablaba. Estaba recuperando su poderosa influencia sobre mí, y por primera vez sentí el estremecimiento de temor mientras hablaba.

— ¿Mataste a alguno? — le pregunté.

— No tenía intención de hacer nada de eso — contestó. — Fué culpa de él, Hartley, el banquero. Me obligó a pelear; cambiamos algunos tiros, y me hirió. El también fué herido, y como su salud no era buena, no pudo reponerse. Pude darme maña para escapar, pero para el futuro significa el todo o nada.

— Si ya tienes bastante — le propuse, — ¿por qué no probar en otra parte del mundo?

El sonrió levemente.



Me detuve un momento para saludar a unos amigos.

— ¿Y no te parecen peligrosas nuestras entrevistas? — continué yo. — Me vigilarán y...

— Es un problema que hay que resolver — dijo pausadamente. — Es peligroso, pero la idea de separarme de ti, Janet, es como un garfio enganchado en mi corazón.

Era la primera vez que me hablaba así, y de nuevo me estremecí.

— ¿Qué necesitas de mí, ahora? — le pregunté.

— Deshacerme de Norman Greyes — respondió.

Siguió un momento durante el cual sentí que estudiaba mi cara, y aunque creo que ni un músculo se movió ni mis ojos perdieron el brillo, me alegré que la habitación estuviera algo obscura.

— Lo he pensado bien — continuó. — Estoy a salvo aquí... excepto de ese hombre. Aun como estoy ahora me reconocería. Es cuestión de su vida o la mía.

— ¿Por qué crees que yo podría hacerlo? — le pregunté.

— Porque aunque Norman Greyes no lo sabe, se siente atraído hacia ti, y está en tu mano el deshacernos de él. Norman Greyes es un hombre que desafía la muerte y es imposible matarlo. Uno de los mejores tiradores de Inglaterra le erró el tiro a cien metros de distancia. No es muy buen motorista; sin embargo, pudo evitarse la muerte cuando se le descompuso el juego del volante de su auto. Me dicen que ahora está en Londres.

— No está muy lejos de aquí — le anuncié; — y esta noche ceno con él.

Me miró por un momento con un raro fulgor en los ojos.

— Lo encontré en la calle esta mañana — le expliqué.

— No te he hecho pregunta alguna — respondió fríamente. — Sabré si eres fiel. Un regalito para ti, Janet.

Sacó la mano de bajo la almohada y me entregó un precioso estuchito de oro cincelado. Le tocó el resorte y se abrió. Estaba lleno de polvo blanco, sobre el cual reposaba un diminuto cisne.

— Ten cuidado que el polvo no te toque la boca — dijo al entregármelo. — Unos granos en la comida o en la copa será suficiente.

He llegado a la conclusión de que en lo futuro debo evitar el encuentro con Janet Stanfield. Estoy empezando a comprender que aun la más cruel de las mujeres no puede escapar a las tendencias de su sexo. En todos los encuentros que previamente he tenido con ella se ha conducido con fría y correcta tranquilidad. Jamás ha habido un momento en que haya leído en sus ojos la luz de un sentimiento verdadero. Anoche, sin embargo, era una mujer diferente mientras cenaba conmigo. Estaba más hermosa de lo que yo me la había imaginado. Sus ojos parecían más grandes y con un fulgor que yo nunca había notado. Teníamos una mesita en uno de los rincones del restaurante Soto cuando éste se encontraba, como de costumbre, lleno de hermosas mujeres. No había una que llamara tanto la atención como mi compañera. Me pareció encontrarla algo nerviosa. Después de la cena bailamos varias piezas. Cuando regresábamos a nuestra mesa me detuve un momento para saludar a unos amigos. Al reunirme de nuevo con ella la encontré pálida, y la mano en que tenía su polverita de oro temblaba.

— ¿Ha pasado algo? — le pregunté preocupado. — ¿No se siente bien? Tal vez el baile...

— ¡Oh, no! Me encuentro muy bien.

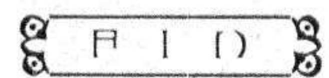
Sin embargo quedó en un estado de tensión e inmóvil. Me dispuse terminar con el café para retirarnos. Al llevarme la taza a los labios ella se levantó bruscamente haciéndome volcar el café sobre el mantel. Janet empezó a reír. Parecía como si le hubiera dado un ataque de nervios. Después recuperó su tranquilidad.

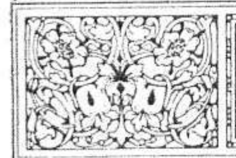
— Siento mucho el accidente — dijo con cierta pena. — Aprovechemos este baile mientras cambian el mantel de la mesa.

Esta vez sus pies no podían seguir el compás de la música, y su cuerpo parecía más pesado.

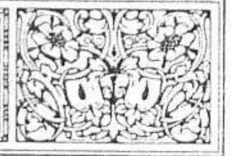
— ¿Quién le dió esa linda polvera? — le pregunté, más por el objeto de la conversación que por curiosidad. Pero su respuesta me pareció bastante curiosa:

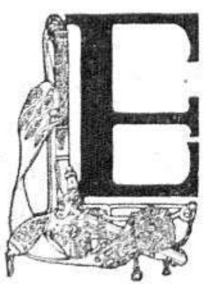
— Satanás — exclamó. — Pero he resuelto devolvérsela.





Los fracasos nupciales *del* viejo Quilques





El caso es — dijo el comisario, con marcada intención, — que entuavía no sabemos, amigo Quilques, si usté es casao, soltero o viudo, aunque siempre lo hemos visto guasquiándose solo...

— Solterito tuita la vida — contestó el viejo, poniéndose alegre, — pero he estao en peligro de casarme en muchas ocasiones...

— ¿En peligro? — interrogó el juez, manifestando asombro; — ni que se tratase de una rodada del parejero boliao o de una pelea con malevos. Usté está ofendiendo, amigo Quilques, a tuitos los casaos qui hay en esta riunión...

— No hay rasón pa ofenderse — replicó el aludido, sonriendo, — porque esisten muchos hombres que están contentos con su suerte. Es cuestión de saber estirarse hasta ande le llegan a uno las cubijas... Yo siempre he mirao al matrimonio con un poco e reselo... Será porque soy muy disconfiao o porque conosco un poco a las mujeres... Dispués cada uno es como su madre lo ha hecho. Hay pájaros que les gusta haser el nido y otros que se conforman con el nido ajeno... Y cuando uno anda volando en la vida, no hay tiempo pa quinchar ranchos...

— Güen pájaro es usté — dijo el comisario, poniéndose serio, — aunque creo que si siempre ha andao cambeando de cueva, vale más que no se haiga ayuntao. Pa tener mujer propia se presisa vivir un poco a estaca... como güey maisero.

— Ahí está la cosa... pues... Por eso mesmo yo he refalao el cuerpo al laso el casorio, y más de una ves tuve la armada en el pescueso. Gracias a mi baquía y a la fortuna pude sacar limpita la cabesa...

— Mañero el toro, ¿no? — interrumpió el pulpero, haciendo una guiñada. — De siguro que las criollas eran maturrangas pal revoleo...

— No hay mujer linda en el mundo — dijo Quilques — que no sepa poner un pial en su sitio. Y hasta las fieras son diestras en un aparte. La que menos sabe, le tira el maniador a un manso y es tiro siguro pa la vicaria. Los pulperos suelen ser gente dispuesta p'al sacrifisio.

— Güeno, no se propase — intervino el comisario, — y cuentenós su primer caso peligroso...

— Me había enamorao sonsamente, aunque, pa disir verdá, enamorao y sonso es como tramojo y ternero, petiso y rastra o saguaipé y cachimba. Ande está uno, está el otro, a la juerza... lo mesmo que acollaraos.

Dende el primer momento, vide que aquello no era muy de mi convenensia. La muchacha me quería, al pareser, y la madre me hasía la guerra. Ni adrede, ¿no? Yo le dije, una ocasión a mi prenda, con la intensión de parar el golpe:

— Mirá Casilda, las cosas se están poniendo muy negras. Yo no puedo dejarte, pero puedo llevarte... si vos querés...

Valía más que me hubiese callao... Se puso a llorar sin consuelo, y entre llanto y llanto me contestó:

— Nunca seré tu china, sabelo. Si me querés como desís, trái el cura. Di aquí no salgo con vos sino dispués de casada en güena ley. Estás equivocao si crés que yo soy d'esa laya e mujeres... Si no te resolvés, andate pa siempre, aunque me muera de tanto sufrir.

Y se desmayó, cayendosemé ensima como una muerta.

«Pobresita!», dije yo y pedí auxilio, gritando como un loco.

Y vino la madre, agarrandosé la cabeza, medio espantada.

— Pobre m'hija — desía la vieja, mirandomé con ojos de gato montés rabioso, — usté me la va a matar a dijustos, disgrasiao. Yo no sé porque no se manda mudar, pa que güelva la pas a este rancho.

Y dispués que le hiso pasar el ataque, a juerza de insultarme — porque no le propinó ningún remedio — y sin permitir que yo la tocase, se la llevó pa dentro, echandomé del cuarto sin ninguna considerasión.

Yo me juí, medio atribulao, y anduve tuito el día, como ánima condenada, de un lao pa otro, trensando y destrensando proyectos, pa acabar con mi triste situasión, hasta que al fin conseguí que mis ideas marcasen el paso melitarmente.

Aquí lo que hay que haser, dije, es reventar a la indina e la madre, hasiéndomé el mansito, a ver si le toco el corasón, aunque sin saber en que lao del pecho



La señora sensible. — ¡Pobre hombre! ¿No cree usted que un fonógrafo le exigiría menos esfuerzos?



El agente. — ¿Qué camino va usted a seguir?
El carrero. — ¡Todavía no lo hemos decidido!

lo tenía, y me presenté en la casa poniendo cara de aflijido.

Golpié las manos dende la tranquera y salió la maldita, medio desgreñada, y en atitú de simarrón hambriento.

— ¿Qué quiere aquí? — me preguntó, — tapandomé la entrada con el cuerpo — vayasé, antes qui lo haga echar con la polesía.

— No sea ansina, señora — le respondí con humildá. — Yo no quiero que usté sea mi enemiga. Por el contrario, deseo ser su hijo cariñoso, porque he resuelto casarme con Casilda, mañana mesmo, si usté nos da el consentimiento.

— ¿Yo? — me replicó enfuresida; — nunca, jamás. Sepaseló pa su gobierno. Prefiero ver muerta a m'hija antes que darselá a un hombre como usté, mañero y sin conduta.

A los gritos de la vieja apareció la otra pobre vítima, ya con intensiones de desmayarse otra vez, y se puso entre la madre y yo, tuita llorosa, con las manos juntas, como pidiendo compasión pa mi y pa ella. Dispués dijo, con voz que me llegó hasta l'alma:

— Mama, yo no la puedo desobedeser, pero si no me deja casar con Quilques me voy a quitar la vida. ¿Pa qué la voy a querer siendo tan disgrasiada?

Yo advertí qu'el tigre se había amansao un poco al óir las palabras de la hija, porque se llevó las manos a la cabesa, como desesperada, y se arrecostó en el alambre del serco, dando gemidos.

Entonse yo y la muchacha aprovechamos la ocasión y la abrasamos, rogandolé que nos dejase ser felises...

— De juro — interrumpió el comisario, con sorna, — que consiguieron los dos ablandarle el corasón...

— Sí, señores, — dijo Quilques, sonriente, — no sólo se lo ablandamos sino que tamién conseguimos que fijase el día del casorio y que nos echase la bendisión, con tuita la solenidá del caso.

Pero, señores — continuó el narrador, achicando los ojos, — en esta vida los mejores pensamientos, están siempre condenaos a morir antes de tiempo, como si jueran sietemesinos, porque esa mesma tarde en qu'iba tan contento, al trotesito, en diresión a la iglesia del pueblo, pa arreglar el asunto con el cura, me topé con una partida e melicos armaos, que me arriaron, sin pedirme permiso.

— ¿Pa ande me llevan? — le pregunté al capitanejo que la mandaba.

— Pal cuartel — me contestó, apuntando con el sable.

— ¿Y se puede saber por qué? — volví a preguntar, medio temblando — porque yo creo que no he hecho mal a naide...

— Es qui hay regolusión y tienen que servir al Gobierno tuitos los ciudadanos aunque sean mancos, cojos o tuertos.

Y me llevaron y serví, contra mi voluntá, serca e dos años, siempre muy lejos del pago...

— Cuando lo dieron di alta — dijo el comisario — volvería al rancho e la prenda, galopiando noche y día...

— No volví más, comisario; los golpes enseñan a vivir y el tiempo gasta la locura. A más, no hay como el servisio melitar pa entibiar los entusiasmos y pa dejar uno de ser recluta. La trampa e la vieja ha de seguir armada entuavía, pa ver si cai algún otro misto. Yo no dentré porque la suerte se condolió de mí. Pero la muchacha valía la pena, eso sí; era un alpiste como pa la Esposisión Rural

— Por lo que acaba de desir — arguyó el comisario — se comprueba qu'el Gobierno hase bien hasta cuando parese que hase mal. A la larga uno tiene que aplaudir sus atos...

— Especialmente cuando uno es junsionario público.

— No le saque punta a la lengua, viejo, y confiese que la madre de la que hubo e ser su prenda le había echao un pial de volcao tan certero que casi lo descoyunta. Dé grasias a la leva...

— Yo se las doy a los regolusionarios.

— ¡Desagradesido, como güen gaucho!

— Como usté quiera, comisario, pero ahura va a ver cómo se da güelta la pisada...

— ¿Otro caso matrimonial?

— Otro, entre muchos, porque yo juí, siempre, un moso muy solicitao de las mujeres...

— Y ha de haber sido ansina, porque ahura mesmo saben acorralarlo y llenarlo e presentes y es porque conosen su pasao...

— No dise más que la verdá, comisario. El pasao es un camino que uno abre pa los que vienen dispués. Y yo planté en las orillas algunos árboles que dan sombra y flores. Hay que sembrar algo, comisario, pa que lo recuerden a uno con alegría y no, como algunos, que sólo son generosos con lo ajeno...

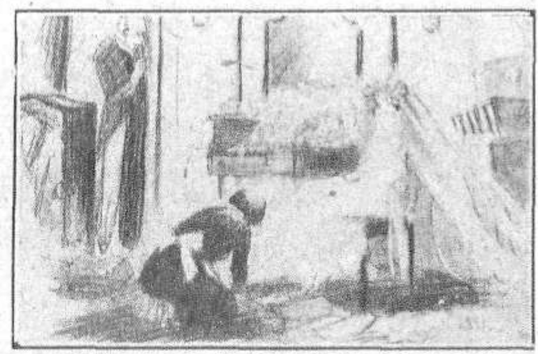
— Me parese — interrumpió el juez, con impaciancia — que ya es tiempo de que el amigo Quilques nos cuente la otra historia e su vida, pa vestir el espediente...

— Voy a seguir como usté lo quiere, jues, aunque bien sé que esto no es vestir, sino desnudar. Pero yo puedo sacarme las pilchas sin miedo. Muchos de los que me están oyendo no serían tan voluntarios.

El otro caso jué, como verán, más enredao qu'el primero. Ella se llamaba Inosensia y llevaba el nombre bien puesto. La madre era una paisana muy amable y fina. Paresía medio diplomática, pero se manejaba con tuita sencillés, sin preocuparse de vestir sus espedientes...



— ¡Ah! ¿De modo que estás en huelga? Pues no hay comida... Yo también lo estoy.



— ¡Pronto, hija! Acuérdate que llegaste tarde las otras dos veces.

Yo, al prensipio, visitaba a las dos mujeres, sin ningún desinio, pero Inosensia me miraba y me hablaba tan inosentemente que empesé a prendarme d'ella. Era lindasa, gordita y algo petisona. ¡Me hacía cada pregunta que me dejaba cortao! No tenía malisia la pobre. Eso lo comprendí dende el primer día.

— ¡Qué alhaja de mujer — desía yo. — No sabe nada, porque tuito lo pregunta. A veces me reiba de verla tan infelís. Y juí entrando en calor, hasta que me apasioné. Ayudó mucho a que yo me enamorase la intervensión de un endevido que se titulaba primo d'ella. En cuanto llegaba yo a la casa ya se veía venir al mosetón, a tuito lo que daban las patas de su caballo. Se apiaba, saludaba a tuitos, muy campechano, y se ponía a conversar con la prima, en un rincón, como si yo no juese naide. No tenía más tiempo pa conversar con ella que cuando el primo se demoraba en venir y la madre me traiba el mate y s'iba dispués a sus quihaseres. Un ratito no más.

Entonse yo, con mucha timidés, me asercaba a la mosa y le agarraba la mano. Ella, como si juera a propósito, la retiraba, disiendo:

— Mama, el señor Quilques ya acabó el mate.

Y venía la vieja, teniendo yo que soltar aquella mano gordita y lisa como de raso.

Ya cansao de tanto impedimento, me alsé, con un poco e rabia, y le dije:

— Inosensia, yo la quiero con locura. Si usté me asepta, le prometo ser costante...

Y ella, la muy sonsa, miraba pa la cosina y desía:

— Mama, ya acabó de tomar el mate el señor Quilques.

Y venía la vieja y se lo llevaba, a veces sin haberle dao una chupada.

Pa acabar, una noche me presenté en la casa y le hablé a la madre seriamente; ya no podía aguantar más.

— Señora, disculpemé, pero vengo a pedirle la mano de Inosensia.

Ella me contestó, un poco sorprendida al pareser:

— Es mucho honor pa nosotras, señor Quilques. Pero, ¿ya se ha entendido con Inosensia?

— Me parese muy difísil entenderse con ella — le repliqué, — pero si usté la llama ahura, puede que nos arreglemos.

En eso vino Inosensia y se enteró de mi pedido.

— ¡Ah! ¿Sí? — dijo riyendosé como una... idiota.

Y dispués, sin dejar de raírse, agregó:

— Yo no me quiero casar. Estoy muy bien en casa, con mamita. Ya Juan (Juan era el primo) me habló de lo mesmo el otro día y le contesté igual que a usté...

Entonse la madre empezó a lamentarse.

— Yo no sé qué piensa esta muchacha. Cualquier día me muero y queda abandonada. El señor Quilques es un mozo güeno, valiente y trabajador y te va a haser felís.

— Es que yo — repitió ella, — no he pensao en eso entuavía. Más tarde veremos...

La madre acabó por enojarse y agarrandolá de un braso la trajo ande yo estaba a la juerza, disiendo:

— Tomelá, señor Quilques; casesé con ella; yo lo mando.

Y entre tirón di aquí y tirón di allí, se sometió por fin la mosa, no sin desirme:

— Güeno, yo vi a obedeser a mi madre, pero no me caso hasta di aquí a dos años.

Yo y la madre protestamos, poniendonós furiosos.

— Esta semana ha de ser — dije yo casi gritando.

Y la madre repitió:

— Esta semana mesma, yo te lo ordeno.

Ella agachó la cabeza y dijo:

— Hagan lo que quieran... si están tan empeñaos...

— ¿Y se casaron? — interrogó el comisario riéndose a carcajadas.

— ¿No le dije — contestó Quilques — que era solterito? No pasó nada con ella tampoco.

Ya estaba tuito pronto pal casorio, cuando estalló otra regolusión. Esa ves me agarraron los regolusionarios. Y me juí con ellos a peliar por la patria, asigún desían. Un año duró la campaña. Me chuciaron, me hisieron prisionero y me metieron en un hospital. Cuando volví al pago, ya yo había cambiao de opinión en política y en el amor. M'hise gubernista y renunsié a casarme.

La vieja me insultó y la muchacha solamente me dijo, la pobre, qu'era un sinvergüensa.

Había cambiao ella también de modo de pensar, por lo consiguiente.

— ¿Y luego? — preguntó el comisario.

— ¿Acabó tuito áhi?

— Sí, señor, áhi acabó; pero algo se apriende peliando. Me enamoré de muchas mujeres, pero no me comprometía con ninguna hasta no saber, de fijo, si iba a estallar o no alguna regolusión.

SANTIAGO MACIEL



— ¿Pero tú crees que Elisa está arruinada?
— ¡Qué voy a creer! Vendió su auto... pero se quedó con el "chauffeur".



LA NUEVA SIRVIENTA

— ¡Cómo, usted prueba la salsa con los dedos, María, en vez de agarrar una cuchara!

— ¡Oh! No hay peligro, señora... la salsa no está muy caliente



EL ENTOMÓLOGO ASOMBRADO

POR

LUIS GARCÍA

MONOS DE SIRIO

Miraba el sabio entomólogo
las curiosas chucherías,
y pensaba, sorprendido:
—¿Son joyas o baratijas?
¿Son adornos de salvaje
o son capricho de artista?
Allí pudo ver extraños
collarcitos que tenían
cuentas de color, más cuentas
que una testamentaría.
Había allí mil objetos
que causaban pena o risa:
raros paralelepípedos,
esqueletos de sardinas,
minúsculos incensarios,
huesos hechos una criba
o marfil con agujeros,
a gusto de la polilla;
como lámpara colgante,
para tal uso muy chica,
la copia de la corona
de Recaredo; pepitas,
más que de oro, de orozuz,
rodelas, tubos de pipa,
rascacielos cristalinos,
y sacacorchos y mitras,
y otra infinidad de formas
ridículas y magníficas.
Meditó el sabio y, después,
dijo:
—Parece mentira
que algunos seres humanos
en esto cifren su dicha.
Serían para gigantes
aros «hechos a medida»,
mas para nuestras mujeres
son una cosa excesiva.
Y el sabio se fué a cazar
escarabajos y hormigas.

En la Sección 10.ª de Policía



Comisión vecinal pro festejos patrios que preside el comisario señor Augusto Fauvety y el señor Rogelio B. Semeria.

EL MUSEO LEBLANC PARA FRANCIA

Hace algún tiempo fué oficialmente inaugurada, en París, la maravillosa colección bibliográfica e iconográfica de la guerra, perteneciente a los esposos Leblanc.

Es una verdadera enciclopedia de la guerra: ¡y qué enciclopedia! Todo está allí. Tres mil estampas, cinco mil volúmenes franceses. Todos los carteles, todas las proclamas, todos los diarios, todas las revistas. Hay colecciones de sellos postales, álbumes de papel moneda de todos los países beligerantes. Una gran sala, la sala alemana, está tapizada de publicaciones, de estampas, de reproducciones fotográficas, de cromos provenientes de Alemania.

Todo una casa, cuyo alquiler es de 60.000 francos al año, está ocupada por el museo Leblanc, que cada día enriquece sus colecciones. Numerosos empleados se ocupan en clasificar y catalogar. Doce dactilógrafos trabajan constantemente. Después de la guerra, el museo Leblanc, único en el mundo, ha sido ofrecido al Estado francés y abierto al público.

Hay personas que desagradan a pesar de su mérito, y otras que agradan a pesar de sus defectos.

El amor, cuando es verdadero, nos hace demasiado susceptibles.



LA MODA FEMENINA

puede exigir unas veces que las mujeres sean gruesas y otras, como actualmente, que sean delgadas, pero la verdadera belleza y la corrección de líneas y la hermosura del rostro se fundan casi exclusivamente en que la salud sea perfecta.

IPERBIOTINA

MALESCI

cura las enfermedades femeninas, restablece la calma de los nervios, purifica la sangre y hace cuerpos que sin perder su esbeltez son siempre sanos y fuertes.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci
Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea Oficial
del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871
Buenos Aires





Gran Concurso Literario 1923

Buenos Aires, 12 de mayo

CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio, **2.000** $ m/n y medalla de oro

Segundo Premio, **1.000** $ m/n y medalla de oro

Tercer Premio, **500** $ m/n y medalla de oro

CARAS Y CARETAS podrá adquirir por la suma de 200 $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores don Enrique R. Larreta, Dr. Carlos Ibarguren y don Luis Pardo, de CARAS Y CARETAS.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Sr. Director de CARAS Y CARETAS. Para el Concurso Literario 1923. Buenos Aires.



En la oficina

ni trabajar lo deja esa maldita tos. Lo que sí, la culpa la tiene él, pues es tan sencillo curarse con las

Pastillas iodeína Montagu

Y no hay que creer que no son ricas; tienen un gusto delicioso. No contienen ni mentol ni eucaliptol, que dan regueldos y ponen mal al mejor estómago.

Las **Pastillas iodeína Montagu,** que deben su acción eficaz a la iodeína (descubierta por Montagu) son el más nuevo y enérgico remedio para: **Resfríos, Bronquitis, Ronqueras, Asma, Ahogos, etc.** No dañan el estómago.

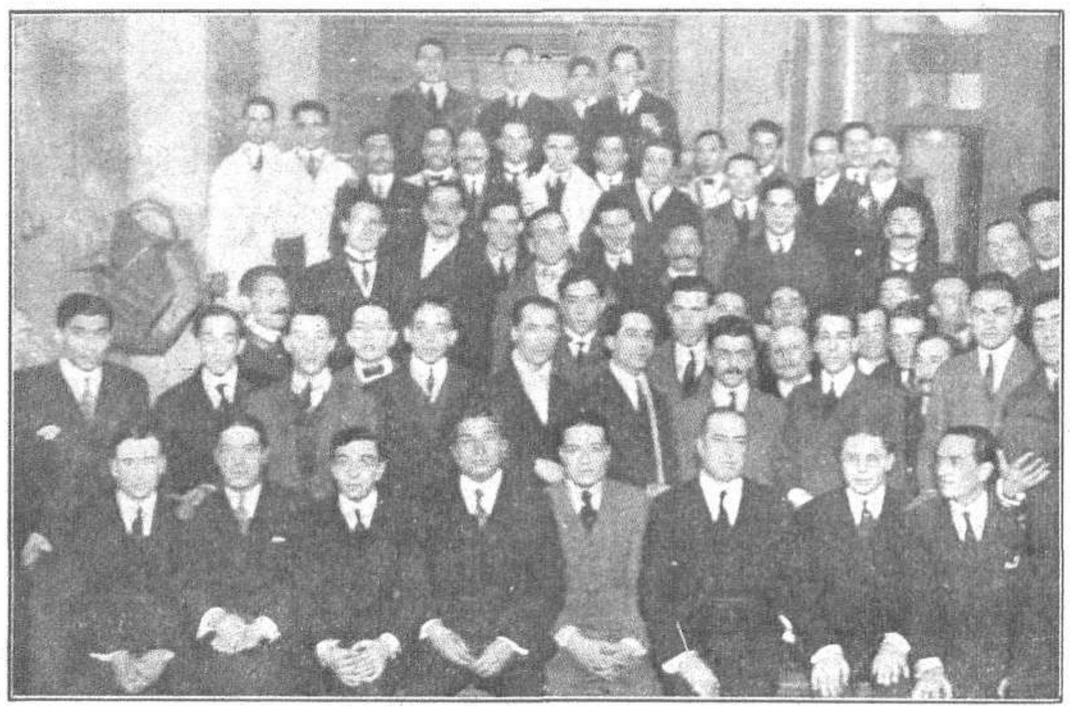
Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida - Buenos Aires



Institución progresista



Asamblea de la Sociedad Cooperativa Banco de Ayuda Mutua, verificada en la oficina de Expedición al Interior del Correo Central. Integran la comisión directiva los señores: presidente, Hilario Ballesteros; vicepresidente, Antonio Ojeda; secretario, José Canet; prosecretario, José A. Camuratti; tesorero, Samuel Toiberman; protesorero, Luis Conti; vocales: Gabino M. Leguizamón, Fernando Rasche, Emilio Fernández, Tristán Ledesma; síndicos: Nicolás Marticorena y Domingo R. Chiappori.

El almendro en flor

NA mañana de primavera, llena de trinos, de cielo claro y palpitante de vida, un niño fresco y alegre como la mañana fué sorprendido por su padre en el preciso momento en que arrojaba una piedra a un almendro florido de la huerta olorosa y jovial, por el solo gusto de ver caer las blancas florecillas como una lluvia de nieve.

— Hijo: ¿por qué arrojas piedras al almendro? — dijo al niño el padre, entre severo y cariñoso.

— ¡Bah! ¿Qué mal hago con esto? ¿Acaso el almendro se pondrá a llorar como el hijo de nuestro vecino cuando el hermano mayor le riñe?

— ¡Precisamente! ¿No has visto, mi hijo, cómo ha llorado el almendro después que tú le arrojaste la piedra?

— ¿Que ha llorado, dices? ¿Y cómo lloran los almendros, padre?

— Pues con los pétalos de sus florecillas, que en su naturaleza de árbol no son más que lágrimas...

— ¡Vaya! Eso que dices no puede ser más que una broma tuya para privarme de la bonita diversión de ver esta lluvia de flores...

— ¿Así lo crees? Pues bien; el almendro te lo dirá mejor que yo. Si tú sigues arrojándole piedras, él, en castigo a tu crueldad, no te dará más tarde la dulzura de su pequeño fruto; y así te verás privado de una de tus golosinas.

— Padre; yo no creo en esas cosas.

— Pues él te lo hará creer.

— ¡Es que es tan lindo, padre, ver cubrirse el sendero con la blancura de sus pétalos, o verlos revolotear sobre la brisa como si fueran diminutas y locas mariposillas! Y además, el almendro no sabrá quién ha sido, porque no tiene ojos como los hombres; así es que al llegar su tiempo me dará lo mismo sus dulces, puesto que yo le diré que fué nuestro vecino quien le arrancó las flores.

— Bien. Sigue tú despojándolo; que luego aprenderás la lección que él mismo se encargará de darte, por más que tú le mientas y me desoigas.

Y así fué. El niño, alegre y fresco como una mañana de primavera, continuó arrojando piedras al almendro hasta dejarlo completamente desnudo de la blancura inmaculada de sus flores.

Y el padre no le dijo una palabra más.

En tanto el niño siguió creyendo que comería una fuente de almendras cuando el sol pusiera su beso de plenitud sobre todos los árboles de la huerta.

Iba de vez en cuando a visitar al almendro; y ya empezaba a extrañarle que no tuviera por lo menos unas cuantas almendras pequeñitas. Y convencido de que nadie le oía, murmuraba:

— ¡Señor almendro, dame tus frutos, que yo no he sido quien te dejó sin flores!

Pero a pesar de sus ruegos, no comió aquel año ni una sola almendra.

Y el árbol, rígido, mostraba nada más que el caudal de sus hojas; hasta que al llegar el invierno volvió a quedar desnudo, temblando de frío bajo las tardes grises y las noches torvas.

Y el padre no le dijo ni una sola palabra. Pero el niño lloró en silencio una tarde bajo el árbol tembloroso...

Llegó la nueva primavera, y el corazón del niño se llenó de secreta alegría como se llenan de rosas los jardines del año...

Y una mañana, olorosa y brillante, trémulo de ansiedad, bajó el niño a la huerta, y vió que una de las ramas del almendro estaba como si en ella hubiera llorado la noche...

Empezaba a florecer.

Y el padre no le decía ni una sola palabra.

Pero el niño, todas las mañanas, todas las tardes, iba hasta el almendro y lo veía cada vez más lleno de flores y se acordaba del cielo, que al declinar el día se va llenando paulatinamente de estrellas...

Y en su afán de saber la verdad de aquel misterio, no osaba tocar ni siquiera una rama; y cuando el viento, jugando con ellas, hacía desprender alguna de las florecillas, el alma del niño se llenaba de angustia; y hubiera deseado ser un rey poderoso para inmovilizar al viento y encarcelar a todos los pájaros que buscaban el amparo florido del almendro para su fiesta de amor...

Llegó el verano; y el niño vió con asombro que las flores iban transformándose en pequeños frutos, que al pasar de los días iban adquiriendo la forma de la almendra.

Y maduraron totalmente.

Entonces el padre, tomando al niño una mañana, lo condujo al pie del árbol que parecía doblegarse bajo la opulencia de sus ramas cargadas.

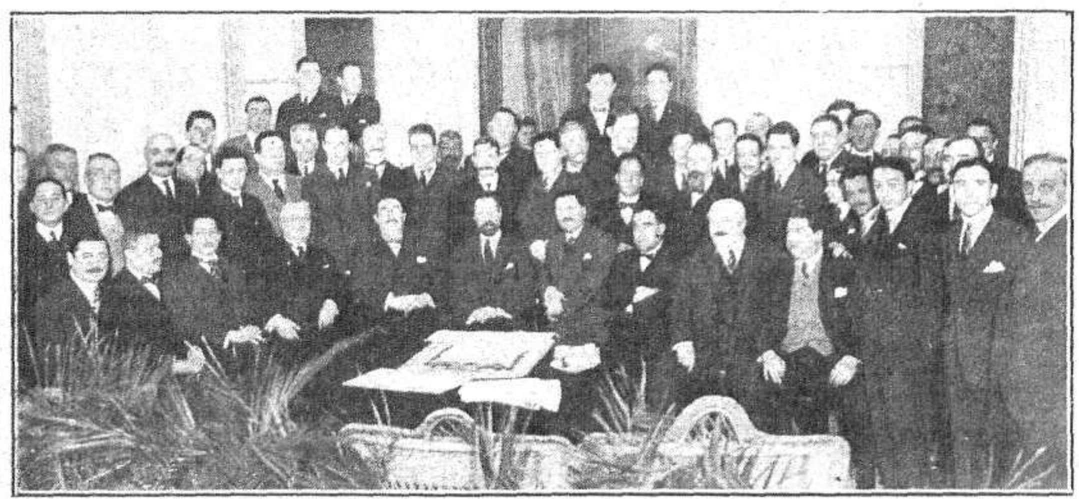
— Hijo; he aquí nuestro almendro lleno de la bendición del tiempo. Tú no quisiste creerme, y él mismo se encargó de castigarte, negándote el año pasado lo que te brinda en éste con sazonada abundancia.

Y el niño murmuró, inclinando su cabecita:

— ¡Es cierto, padre! ¡Pero eran tan lindas sus florecillas!...

Y el niño se puso triste bajo el almendro pletórico.

ALFREDO R. BUFANO



El personal de la "Societá per l'Esportazione e per l'Industria Italo-Americana" rodeando al señor Gaetano Allievi en la demostración que le cfrecieron con motivo de su completo restablecimiento.

NO PERMITA USTED QUE EL PÚBLICO OLVIDE SU NOMBRE Y SU NEGOCIO

Es un error esperar a que el cliente pase por su tienda o su oficina. Vaya usted a visitarle a su casa *por medio* del aviso.

Dígale todos los días qué artículos o qué servicios puede usted suministrarle. Haga que el nombre de usted pase continuamente por delante de sus ojos y se grabe en su imaginación.

El aviso no es más que el recuerdo de su nombre y de su negocio puesto, diariamente, delante de los ojos de todos. Por eso avisar es vender — ahora o más tarde.

Es necesario que cuando el cliente salga a hacer sus diligencias lleve el propósito de ir directamente a casa de usted y no a otra parte.

El efecto del aviso es acumulativo. Suspenderlo es perder gran parte de lo ganado en la atención del público, solicitada por mil asuntos diversos.

El aviso continuado aumenta sus efectos cada vez que se publica, como cada golpe de martillo introduce más el clavo. El aviso es la gran palanca del comercio.

Repase la lista de los comerciantes que han prosperado y prosperan a ver si no son los que más uso han hecho del aviso. Si usted no avisa, ¿cómo se acordarán de usted? Si quiere prosperar usted debe hacer lo necesario para que todos lo recuerden y se familiaricen con su nombre y negocio.


LA RUTINA...
Una persona que entra a la botica, pide "un remedio para el dolor de cabeza" y toma lo que le dan—polvo, cápsula o tableta—sin preocuparse de si es bueno o malo, no usa su propio criterio, sino que procede por rutina. Si se detuviera a reflexionar un momento, vería claramente que existiendo, como existen, tantos analgésicos que son ineficaces y tantos que son adulterados y tantos que son nocivos para el corazón, es una grave imprudencia recibir el primero que le ofrecen. ¡No sea Ud. un esclavo de la rutina! Cuando quiera aliviarse cualquier dolor o cortar cualquier resfriado, pida CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) que es el analgésico prescrito hoy por los mejores médicos de preferencia a todos los que existen y aun a la aspirina misma, porque obra con más rapidez; porque normaliza la circulación de la sangre; porque tonifica todo el organismo y, sobre todo, porque NO AFECTA NUNCA EL CORAZON.
Se vende en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS BAYER de una dosis.
es el original y legítimo
"SOBRE BAYER"
Limpio
Cómodo
Higiénico
Seguro
BAYER
CAFIASPIRINA
DOS TABLETAS BAYER
de Aspirina y Cafeína
CAFIASPIRINA

Bodas de plata



El señor Ricagno Vaccaro rodeado de su familia celebrando el vigésimoquinto aniversario de su enlace.

ENIGMAS DE LA RADIOTELEGRAFÍA

Desde hace años se sabe que, en general, las señales de la T. S. H. viajan más fácilmente de norte a sur que de este a oeste. Igualmente es muy sabido que las señales llegan mucho más lejos de noche que de día. Pero hasta que la guerra europea no hubo obligado a una observación más detenida de los denominados efectos direccionales, no se comprobó el caprichoso comportamiento de las ondas al salir y al ponerse el sol.

Durante la guerra ciertas estaciones británicas que poseían aparatos capaces de indicar la dirección de donde procedían las señales fueron destinadas a vigilar las operaciones de una estación alemana situada en un islote.

Fácil es imaginar el asombro del observador cuando al ponerse el sol una tarde, descubrió que su objetivo se desplazaba aparentemente hacia el mar. En seguida comunicó con otra estación observadora de Inglaterra, la cual confirmó el enigmático resultado. Minutos después notaron ambas estaciones que la alemana volvía a su posición primitiva.

Celebraron conferencias acerca del misterio, y entraron en acción otros observadores, los cuales, noche tras noche, observaron que, al ponerse el sol, la isla alemana, con su estación de T. S. H., comenzaba a separarse de su posición diurna, y al cerrar la noche volvía a su puesto, después de haber viajado unas cuantas millas por el mar.

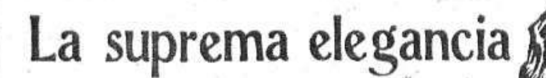
Del curioso fenómeno se dedujo que las ondas se desvían de su curso usual al ponerse el sol, y hoy es cosa comprobada, por lo cual las estaciones que disponen de aparatos de dirección, y que dan resultados exactos durante el día y la noche, se abstienen de usarlos al salir y al ponerse el sol.

El fenómeno se explica por la teoría según la cual las ondas inalámbricas se proyectan alrededor de la tierra por reflexiones de una capa de hidrógeno, probablemente situada a muchos kilómetros sobre de la tierra, y esta capa sufre un cambio de carácter cuando caen o se retiran de ella los rayos del sol.

La misma teoría sirve de explicación al hecho de que la telegrafía o la telefonía de cualquier estación determinada no alcanzan tanta distancia de día como de noche.

Créese que el sol, durante el día, perfora, digámoslo así, la capa reflectora y deja pasar al espacio infinito algunas ondas que durante la noche serían reflejadas.

El porqué las ondas salvan más fácilmente 16.000 millas por la noche que 8.000 a ciertas horas del día es todavía un enigma.



de los modelos de **Corsés** o **Fajas** de la

Casa Izquierdo

CARLOS PELLEGRINI, 490

dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.



"Pictorial Review"
del mes de
Julio de 1923

Gratis

A toda señora que nos envíe **$ 1.**— le mandaremos el molde de este precioso **Tapado de gran actualidad** en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Julio de 1923.**

MODELO MATERNIDAD

El más higiénico, práctico y elegante de los corsés para embarazo.

Las ballenas de adelante están provistas de ojalillos que permiten graduar la medida en la forma que se desee. También tiene cordones en los costados, para regularizar las medidas a la perfección.

Confeccionado sobre medida en coutil de hilo floreado y elástico tricot con 4 ligas de seda.

$ 35.-

CASA IZQUIERDO

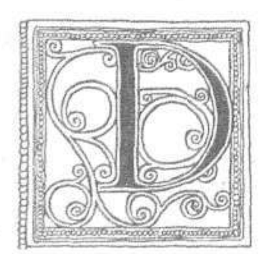
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490 — Buenos Aires

Unión Telefónica 4913, Libertad

GUERRA DE SANTOS

(Propiedad de la Editorial Calpe. — Reproducción por convenio especial.)



De pronto, según iba San Roque tan tranquilamente por la calle, bajo su dosel, con los perros alrededor, un gran número de velas encendidas en torno, la banda, la procesión y el cortejo de devotos, sucedió un tiberio, una escapada general, una de todos los diablos: curas que corrían con las sotanas remangadas, trombas y clarinetes por el aire, mujeres que chillaban, la sangre por los arroyos y una lluvia de palos, que caían como peras maduras en las propias barbas de San Roque bendito. Acudieron el pretor, el alcalde, los carabineros; lleváronse los huesos rotos al hospital, los más levantiscos fueron a dormir a la cárcel, el santo volvió a la iglesia a la carrera más que a paso de procesión, y la fiesta terminó como las comedias de fantoches.

Y todo por envidia de los del barrio de San Pascual, porque aquel año los devotos de San Roque se habían gastado un ojo de la cara para hacer las cosas en grande: fué la banda de la ciudad, se dispararon más de dos mil morteros, y había incluso un estandarte nuevo, todo recamado de oro, que pesaba más de un quintal, según decían, y que en medio de la muchedumbre parecía un ascua de oro mismamente. Todo lo cual atacábales los nervios a los devotos de San Pascual, hasta que a uno de ellos, al cabo, se le acabó la paciencia y se dió a gritar, pálido de la bilis: «¡Viva San Pascual!». Entonces habían empezado los palos.

Ciertamente que ir a gritar: «¡Viva San Pascual!» en las mismísimas barbas de San Roque era lo que se dice una provocación; es como que le escupan a la puerta de uno, o como el que se divierte pellizcando a la mujer que uno lleva del brazo. En esos casos no valen cristos ni diablos, y se hace caso omiso del poco respeto que se tiene por los demás santos, que, en fin de cuentas, todos son lo mismo. Si es en la iglesia, salen danzando los bancos; si en la procesión, llueven pedazos de cirios como murciélagos, y si en la mesa, vuelan las escudillas.

— ¡Santo diablo! — gritaba el compadre Nino, pisoteado y maltrecho. — Quiero yo ver si hay alguien que todavía tenga valor para gritar: «¡Viva San Pascual!»

— ¡Yo! — respondió furibundo Turi el tundidor, que iba a ser su cuñado, pero que estaba fuera de sí por un puñetazo que le habían dado en la pelea, dejándole medio ciego.

— ¡Viva San Pascual hasta la muerte!

— ¡Por amor de Dios! ¡Por amor de Dios! — gritaba su hermana Saridda, poniéndose entre su hermano y su novio; que los tres habían estado tan de acuerdo hasta aquel momento.

El compadre Nino, el novio, voceaba a modo de escarnio:

— ¡Viva mi pañal! ¡Viva san pañal!

— ¡Toma! — gritó Turi, echando espuma por la boca, y los ojos hinchados y lívidos como una berenjena. — ¡Toma! ¡Por San Roque! ¡El del pañal, toma!

Así, pues, diéronse de puñetazos capaces de matar a un buey, hasta que los amigos consiguieron separarlos a fuerza de empujones y patadas. Saridda, enardecida a su vez, gritaba: «¡Viva San Pascual!», y a poco si la emprenden los novios a bofetones, como si hubieran sido ya marido y mujer. Que en tales ocasiones la emprenden padres con hijos, y se separan las mujeres de sus maridos si, por desgracia, una del barrio de San Pascual se ha casado con uno de San Roque.

— ¡No quiero volver a oír hablar de ese cristiano! — despotricaba Saridda, muy puesta en jarras, ante las vecinas que le preguntaban por qué se había deshecho la boda. — ¡Ni aunque me lo dieran vestido de oro y plata, ya lo oís!

— ¡Lo que es por mí, Saridda puede presumir! — decía por su parte el compadre Nino, mientras le lavaban en la taberna la cara llena de sangre. — En ese barrio de tundidores son todos una partida de pobretes y de holgazanes. Cuando se me ocurrió ir a buscar allí la novia debía estar borracho.

— Ya que sucede esto — había concluído el alcalde — y que no se puede sacar un santo sin que haya palos, que es una verdadera indignidad, no quiero más fiestas ni más Cuarenta Horas; y al que saque ni tampoco un cabo de vela, le meto de cabeza en la cárcel.

El caso se había empeorado, además, porque el obispo de la diócesis había concedido el privilegio de llevar la muceta a los canónigos de San Pascual, y los de San Roque, que tenían los curas su muceta, se habían ido hasta Roma, inclusive, a armar la de todos los demonios a los pies del Santo Padre, documentos en mano, papel sellado y todos los requilorios; pero había sido inútil, porque sus adversarios del barrio bajo, que todo el mundo se acordaba aún de cuando no tenían zapatos, se habían enriquecido como cerdos con la nueva industria del curtido de pieles, y ya es sabido que en este mundo se compra o se vende la justicia como el alma de Judas.

En San Pascual esperaban al delegado de monseñor, que era un hombre de pro, con dos hebillas de plata de media libra cada una en los zapatos, y que iba a llevar la muceta a los canónigos; por eso habían contratado también ellos la banda para salir al encuentro del delegado tres millas fuera del pueblo, y se decía que, por la noche, habría fuegos en la plaza, con letreros de «¡Viva San Pascual!» en letras luminosas.

Los habitantes del barrio alto estaban, pues, muy excitados, y algunos mondaban unas varas de peral y de cerezo gordas como tranca y murmuraban:

— ¡Puesto que ha de haber música, hay que llevar la batuta!

El delegado del obispo corría gran peligro de

salir con los huesos rotos en su entrada triunfal. Pero el reverendo, más avisado, dejó que le esperase la banda fuera del pueblo, y a pie, por los atajos, llegó poquito a poco a casa del párroco y reunió a los cabecillas de los dos partidos.

Cuando aquellos caballeros se encontraron frente a frente, con tanto tiempo como llevaban de pelea, empezaron a mirarse con intención de arrancarse los ojos el uno al otro, y fué menester toda la autoridad del reverendo, que se había puesto en aquella solemnidad el ferreruelo de paño nuevo, para que los helados y refrescos se sirvieran sin tropiezo.

—¡Así me gusta! —aprobaba el alcalde, con la nariz dentro del vaso.— Cuando me buscáis para que haya paz, me encontráis siempre.

El delegado dijo, en efecto, que él había ido para la conciliación con el ramo de olivo en la boca, como la paloma de Noé, y pronunciando el fervorín, distribuía sonrisas y apretones de manos, diciéndoles a todos:

—Los señores me harán el honor de pasar a la sacristía a tomar chocolate el día de la fiesta.

—Dejemos la fiesta —dijo el vicepretor,— que si no habrá nuevos disgustos.

—¡Habrá disgustos si hay esa matonería de que uno no sea dueño de hacer lo que le venga en gana con su dinero! —exclamó Bruno el carretero.



—Yo me lavo las manos. Las órdenes del gobierno son precisas. Si hacéis la fiesta, yo mando llamar a los carabineros, porque quiero que haya orden.

—Del orden respondo yo —sentenció el alcalde, dando con la sombrilla en el suelo y echando una mirada en derredor.

—¡Bravo! Como si no se supiese que quien te sopla a ti todo eso es tu cuñado Bruno —replicó el vicepretor.

—¡Y tú te opones por el pique de la prohibición de la colada, que no puedes echar abajo!

—¡Señores míos, señores míos —recomendaba el delegado,— así no hacemos nada!

—¡Haremos la revolución! —gritaba Bruno, con las manos en alto.

Por fortuna, el párroco había puesto en salvo a toda prisa jícaras y vasos, y el sacristán había corrido a todo correr a licenciar a la banda, que, sabiendo la llegada del delegado, acudía a darle la bienvenida, soplando en cornetines y trombones.

—Así no se hace nada —decía el delegado. Y le molestaba asimismo que, por lo que a él competía, las cosas estuvieran ya arregladas, mientras perdía el tiempo con el compadre Bruno y el vicepretor, que se comían el uno al otro.— ¿Qué es eso de la prohibición de la colada?

—Las injusticias de siempre. Ahora no se puede desdoblar un pañuelo en la ventana sin que al punto le echan a usted la multa encima. La mujer del vicepresidente, fiándose de que su marido tenía cargo oficial y de que hasta ahora había habido siempre un poco de consideración para las autoridades, solía poner a secar en el terradillo toda la colada de la semana... ya se sabe... el poco de gracia de Dios... Pero ahora, con la nueva ley, eso es pecado mortal, y se prohiben incluso los perros, las gallinas y los demás animales, que, con perdón, hacían hasta ahora la limpieza de las calles. A las primeras lluvias, si Dios quiere, tendremos basura hasta los bigotes.

El delegado del obispo, para conciliar los ánimos, estaba clavado en el confesonario, como una lechuza, de la mañana a la noche, y todas las mujeres querían confesarse con él, que tenía absolución plenaria para toda clase de pecados, como si fuese monseñor en persona.

—¡Padre —le decía Saridda, con la nariz pegada al confesonario,— el compadre Nino me hace pecar todos los domingos en la iglesia!

—¿De qué manera, hija mía?

—Ese cristiano iba a ser mi marido antes de que hubiera estos jaleos en el pueblo; pero ahora que se ha deshecho la boda, se planta junto al altar mayor para mirarme y reirse con sus amigos durante la misa.

Y cuando el reverendo intentaba tocarle en el corazón al compadre Nino:

—Si es ella la que me vuelve las espaldas cuando me ve, como si fuese yo un excomulgado —respondía el villano.

Por el contrario, al pasar la Saridda los domingos por la plaza, fingía estar muy de charla con el brigadier o con cualquier otro pez gordo, y ni siquiera se fijaba en ella. Saridda estaba ocupadísima en preparar farolillos de papel, y los colocaba en fila delante de sus narices, a todo lo largo de la barandilla, con el pretexto de ponerlos a secar.

Cierta vez que se encontraron juntos en un bautizo, ni siquiera se saludaron, como si nunca se hubieran visto, y lo que es más, Saridda se puso a coquetear con el padrino de la niña.

—¡Vaya un padrino de guasa! —decía Nino.— ¡Cuando nace una mujer, hasta las vigas del techo se quiebran!

Y Saridda, fingiendo hablar con la parturienta:

—No hay mal que por bien no venga. A veces, cuando te crees que has perdido un tesoro, tienes que darle las gracias a Dios y a San Pascual. Que antes de conocer a una persona hay que comer mucha sal.

—Di que sí, que las desgracias hay que tomarlas como vienen; lo peor es repudrirse la sangre por cosas que no valen la pena. A Papa muerto, Papa puesto.

En la plaza sonaba el tambor de la «meta».

—El alcalde dice que habrá fiesta —susurraba la gente.

—Pleitearé hasta la consumación de los siglos; me quedaré sin camisa como el santo Job; pero lo que es esas cinco liras de multa no las pago, aunque tenga que dejarlo dicho en el testamento.

—¡Sangre perra! Pero ¿qué fiesta quieren hacer, si este año nos vamos a morir todos de hambre? —exclamaba Nino.

Desde el mes de marzo no llovía una gota de agua, y los sembrados, amarillos, que se encendían como la yesca, «se morían de sed». Bruno el carretero decía que apenas saliera San Pascual en procesión llovería seguramente. Pero ¿qué le importaba a él la lluvia, si era carretero, ni a todos los tundidores de su partido?... En efecto: sacaron a San Pascual en procesión a levante y a poniente, y le asomaron al cerro para que bendijese el campo, en uno de esos días ardorosos de mayo todo anubarrado; uno de esos días en que los labradores se tiran de los pelos a la vista de los campos achicharrados, y las espigas doblan la cabeza como si se muriesen.

— ¡Maldito San Pascual! — gritaba Nino, escupiendo y corriendo como un loco por los sembrados. — ¡Me has arruinado, San Pascual, ladrón! ¡No me has dejado más que la hoz para segarme el cuello!

El barrio alto estaba desalado: era uno de esos años largos en que el hambre empieza en junio y las mujeres se están a las puertas, despeinadas, sin hacer nada, con mirada extática. La Saridda, al oír que se vendía en la plaza la mula del compadre Nino para pagar el arrendamiento de las tierras, que no le daban nada, sintió que de pronto se le apagaba la cólera, y mandó a toda prisa a su hermano Turi para ayudarle con los cuartos que tenían ahorrados.

Nino estaba en un rincón de la plaza, abstraídos los ojos y las manos en los bolsillos, mientras le vendían la mula toda enjaezada y con cabezón nuevo.

— No quiero nada — respondió torvo. — ¡Gracias a Dios aun tengo brazos! Buen santo San Pascual, ¿eh?

Turi le volvió la espalda para no acabar mal y se marchó. Pero la verdad era que los ánimos estaban exasperados, después de haber sacado en procesión a San Pascual a levante y a poniente, con tan buen resultado. Lo peor era que muchos del barrio de San Roque se habían dejado arrastrar a la procesión también, dándose golpes como burros y con corona de espinas en la cabeza, por amor de los sembrados. Y ahora se desahogaban en improperios, tanto que el delegado de monseñor había tenido que volverse a pie y sin banda por donde había ido.

El vicepretor, para vengarse del carretero, telegrafió que los ánimos estaban excitados y comprometido el orden público; así que un buen día corrió la noticia de que por la noche habían llegado los de la compañía de armas y que todo el mundo podía verlos en la posada.

— Han venido por el cólera — decían, sin embargo, otros. — En la ciudad se muere la gente como moscas.

El boticario echó el cerrojo a la botica, y el médico escapó antes que nadie, para que no acabaran con él.

— No será nada — decían los pocos que seguían en el pueblo, por no haber podido escapar al campo. — ¡San Roque bendito guardará a su pueblo! ¡Y al primero que salga de noche le despellejamos!

También los del barrio bajo corrieron descalzos a la iglesia de San Roque. Pero de allí a poco empezaron a menudear los coléricos como los goterones gordos que anuncian temporal; y decíanse de éste que era un cerdo, y que se había muerto de un atracón de higos chumbos; y del otro, que había vuelto del campo de noche cerrada. En suma: que había entrado el cólera, pese a los guardias, y en las propias barbas de San Roque, no obstante haber soñado una vieja, en olor de santidad, que San Roque en persona le decía: «No tengáis miedo del cólera, que yo estoy a la mira, y no soy como ese holgazán de San Pascual».

Nino y Turi no se habían vuelto a ver desde lo de la mula; pero apenas el labrador supo que los dos hermanos estaban malos, corrió a su casa, y encontró a Saridda negra y desfigurada en el fondo del cuartucho, junto a su hermano, que estaba mejor, pero que se tiraba de los pelos, sin saber qué hacer.

— ¡Ay, San Roque ladrón! — se puso a gimotear Nino. — ¡Esta sí que no me la esperaba!... ¡Ay, Saridda! ¿Qué, no me conoces ya? ¡Soy Nino, el Nino de antaño!

La Saridda le miraba con ojos hundidos, que era menester una linterna para encontrárselos, y a Nino se le hacían dos fuentes los suyos. ¡Ay, San Roque, esto es peor que lo que nos ha hecho San Pascual!

Pero la Saridda se curó y, según estaba a la puerta, con la cabeza envuelta en un pañuelo, amarillo como la cera virgen, le decía:

— San Roque ha hecho el milagro, y tú tienes que venir también a llevarle una vela para su fiesta.

Nino, con el corazón encogido, decía que sí con la cabeza; pero entretanto le dió a él el mal también, y estuvo a la muerte. Saridda, entonces, se arañaba la cara, y decía que se quería morir con él, y que se cortaría el pelo y lo echaría a la caja, y nadie volvería a verla en su vida.

— ¡No, no! — respondía Nino, con rostro desfigurado. — A ti te volverá a crecer el pelo; pero quien no te verá más seré yo luego de muerto.

— ¡Vaya un milagro que te ha hecho San Roque! — le decía Turi para consolarla.

Y ambos a dos, ya convalecientes, según tomaban el sol, apoyados en la pared, se echaban en cara uno a otro su San Roque y su San Pascual.

Cierta vez pasó Bruno, el carretero, que volvía de fuera, ya acabado el cólera, y dijo:

— Tenemos que hacer una gran fiesta para darle gracias a San Pascual, por habernos salvado a todos los que aquí estamos. De ahora en adelante no habrá tiberios ni peleas, ya que se ha muerto el vicepretor, dejando el pleito en el testamento.

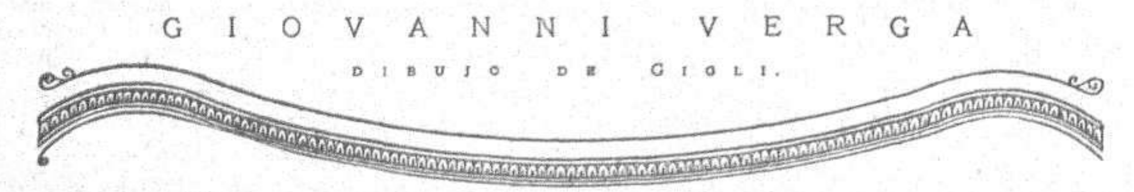
— Sí, haremos la fiesta por los muertos — sugirió con mofa Nino.

— Y tú, ¿estás vivo por San Roque acaso?

— ¡Queréis acabar de una vez! — interrumpió Saridda. — ¡A ver si va a ser menester otro cólera para hacer las paces!

G I O V A N N I V E R G A

DIBUJO DE GIOLI.





De Villa Luro



Concurrentes al te danzante ofrecido por la señorita Paulina Alberti Martín a sus relaciones festejando un acontecimiento íntimo.

LOS HORRORES DE LA GUERRA

El «Daily Mail», *edición de París*, cuenta la conmovedora visita que el príncipe de Gales hizo a un hospital en donde se hallaban 36 heridos de la guerra tan horrendamente mutilados que no podrían salir de allí jamás. Tan pronto como el príncipe recorrió todas las salas, preguntó sorprendido: «Se me había dicho que había 36 enfermos. No he visto más que 29». Se le contestó entonces que los otros siete estaban de tal manera desfigurados que no se habían atrevido *a mostrárselos*. El *príncipe quiso* verlos y habló con cada uno. Pero solamente eran seis. ¿Dónde estaba el séptimo? El séptimo era imposible presentarlo: ciego, sordo, amputado, con el rostro reducido a una masa informe, sin semejanza humana ya, el desconocido vivía en un cuartito obscuro. El príncipe quiso que se le condujera hasta el enfermo. En la sombra de aquel cuarto, trágico como una tumba (cuenta un testigo ocular) el príncipe avanzó hacia el lecho del desgraciado. Pero a su vista empalideció y largos momentos permaneció con la cabeza inclinada delante de aquel hombre que no podía ni verle ni oirle y a quien él no le reconocía forma humana. Después puso un beso dulcemente sobre aquella masa informe y se retiró.

Miss Gladys Cooper, célebre estrella del teatro inglés, Revela Algunos Secretos de Belleza.

ULTIMAMENTE he sido solicitada para indicar algunas recetas de toilette, sencillas, y de las que pudiera dar fe, sea por haberlas experimentado personalmente o por tenerlas de fuente fidedigna, debiendo ser característica de estas recetas la de estar constituídas por substancias que puedan obtenerse en cualquier farmacia bien surtida. Esto último es de una capital importancia en una época en que están de moda los tratamientos costosos. De modo que se me ha solicitado una lección de economía al mismo tiempo que un recetario de belleza. Pero he de declarar que lo que yo recomiendo, sin descuidar lo primero, más que todo tiene en cuenta lo segundo. Afortunadamente no sufro de casi ninguno de los defectos que mencionaré en este artículo, pero, no obstante ello, puedo garantizar la eficacia de los tratamientos y substancias, que, accediendo al pedido héchome, paso a señalar.

Renovación del cutis del rostro.

DE acuerdo con los informes suministrádomes por los expertos en dermatología, he tenido noticia de la constante renovación en que se halla nuestro cutis, renovación que se opera por la diuturna caída de las partículas envejecidas de la piel, lo que facilita la aparición de nuevas capas, que, surgiendo de las profundidades de la epidermis, salen a la superficie, proporcionando de esta manera un cutis de aspecto siempre lozano y juvenil. Pero si este proceso natural de renovación viene a ser obstaculizado por una causa cualquiera — edad, cansancio, enfermedad — el rostro adquiere inmediatamente un aspecto desagradable, amarillento, áspero, arrugado. En este caso es necesario ayudar al cutis a recuperar su poder de constante renovación, haciendo que se normalice la función regeneradora, debiendo seguirse como único tratamiento racional el de la aplicación de cera pura mercolizada. La cera mercolizada se aplica como si fuera cold-cream, extendiéndola por la noche sobre el cutis de la cara y retirándola por la mañana con un poco de agua tibia. Siguiendo este procedimiento durante unas cuantas noches se notan de inmediato sus benéficos resultados, pues la piel vuelve rápidamente a adquirir su anterior tersura y ese aspecto juvenil que muchas mujeres creen haber perdido para siempre, pero que, en cambio, es tan fácil poder recuperar.

Cómo debe prepararse un shampoo.

MUCHAS mujeres no conocen aún la forma verdaderamente indicada para preparar un excelente shampoo haciendo uso del stallax. Resulta que, si una cabellera no es naturalmente algo aceitosa, a veces puede acontecer que el stallax la deje algo seca. Este inconveniente se evitará con la aplicación de un poco de aceite de oliva al cabello, antes de efectuar el lavado de cabeza (shampoo). Procediendo de este modo, el stallax, aun en los casos de cabelleras excesivamente resecas, viene a dejarlas suaves, sedosas, onduladas y deliciosamente frescas, con un perfume que encanta y seduce.

Gladys Cooper.

Miscelánea de tocador.

SE me ha dicho, y lo he comprobado por los resultados obtenidos por diversas amigas, que, para eliminar del rostro los horribles barrillos que lo afean, basta pasarse una toalla empapada en una solución que se prepara disolviendo una tableta de stymol en agua caliente.

Para dar a la cara un sonrosado colorido natural no es conveniente aplicarse rouge, carmín o colorete, porque estas substancias se notan demasiado; en cambio, lo que bajo todos los puntos de vista resulta más conveniente y apropiado es un ligero toque de rubinol.

Para el cuidado de las manos es de uso imprescindible el parsidium, que tiene la virtud de evitar paspaduras, arrugas y demás defectos del género.

El vello, el bozo que tan mal sienta en un rostro agraciado, desaparece instantáneamente y sin dolor alguno con la aplicación de un poco de porlac en pasta sobre las partes afectadas.

Gladys Cooper

De San Fernando y San Isidro

Autoridades locales y distinguidos miembros de la colectividad francesa que asistieron al banquete organizado por la sociedad «La Gauloise» en conmemoración del 14 de Julio.



Aspecto de la sala del Real Cine durante el festival organizado por la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos a beneficio de la Caja Social de la misma.



Un triunfo de
la industria
nacional.
AVENA BLANCA ARGENTINA
COMPRIMIDA Y ESTERILIZADA
MARCA
"HOZ" OATS
Es un alimento nutritivo completo y el mejor sustento para adultos, convalecientes, personas delicadas del estómago, madres que crían y para el desarrollo de los niños. La AVENA "HOZ" contribuye a la formación de los músculos y de los huesos, nutre los nervios y proporciona energía, salud y vigor.
Es la más substanciosa que se conoce. En su higiénica elaboración se emplea la mejor avena argentina debidamente esterilizada. Es igualmente fácil de digerir, tanto para los niños como para los adultos. Con la AVENA "HOZ" pueden prepararse diversos platos deliciosos y de gran poder alimenticio.
Es de un valor inapreciable para todo hogar.
Se vende en todos los buenos almacenes y despensas
ELABORACION ARGENTINA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS
L. AUBERT y Cía.
3443, Jorge Newbery, 3461 — Buenos Aires
AVENA BLANCA
Arrollada
"HOZ"
OATS
ELABORACION ARGENTINA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS
L. AUBERT Y Cía
JORGE NEWBERY 3443-61 BUENOS AIRES

LOS TRIBUNOS DE LA REVOLUCION FRANCESA

DANTON

En medio del ciclón de odios, pasiones y elocuencia revolucionaria que ruge y estremece las memorables sesiones de la Convención, en los días trágicos del Terror, ninguna figura más siniestramente sublime, ni más simpática, al mismo tiempo, que la de Dantón.

Es, de los representantes del pueblo, el que más poderosamente sugestiona a la barra con la aureola de su prestigio y la potencia de su voz. Desde los prolegómenos de la Revolución se le ve aparecer como uno de los predestinados a subyugarla con el trueno de su acento y el torrente de su oratoria. Tiene la fealdad de Mirabeau en su rostro, es chato como un perro dogo, desfigurado por las viruelas, con el cabello rebelde sobre la frente despejada; Cormenin dice que asemejábase a un alano... ¡pero también algo al león! Sin embargo, en la tribuna transfigurábase como en un Tabor. En su retórica no existían los truenos bíblicos de Marat ni el frío dogmatismo de Robespierre, pero encarnaba la imagen de los tribunos de la Grecia clásica.



Cuando Luis XVI, confiado a la vigilancia de la Guardia Nacional, intenta su famosa evasión del reino, la efervescencia popular se levanta como una marejada terrible que afluye sobre la Asamblea. En el Club de los Jacobinos, Robespierre encara la situación y termina su discurso, diciendo: «*Hice el proceso de la Asamblea, que haga ella el mío...*» La indecisión se revela en todos los semblantes. Todavía no se concibe la república sino como una teoría utópica. Y el rey falta. Y Francia aparece como un cuerpo sin cabeza. Temiendo la traición por todas partes, los Jacobinos en masa — trescientas personas — acompañan a Camilo Desmoulins y repiten a Robespierre: «*¡Moriremos todos contigo!...*» Entonces penetran en el recinto los ministros y diputados de la Asamblea, que ante el peligro común venían a buscar el apoyo de sus compañeros del 89. Entre ellos Lafayette, siempre austero, y sereno aun ante la responsabilidad enorme que pesaba sobre su frente como un acta de acusación, dada la fuga del rey y su cargo de comandante de la Guardia Nacional, encargada de vigilarle.

Dantón, un momento antes terminaba de decir, con fogosa expresión: «*¡Señor presidente: si los traidores se atreven a presentarse ante nosotros, yo me comprometo solemnemente a perder mi cabeza sobre un cadalso, o probar que la suya debe rodar a los pies de la nación que han vendido!*»... Entra Lafayette, y Dantón se lanza a la tribuna. El general republicano siente la maza de Hércules suspensa sobre su cabeza. «*¡Debo de hablar,* ruge Dantón, *y hablaré como si grabase la historia para los siglos venideros!*»... Habla, formula terribles acusaciones contra Lafayette... «*Cuando aparecéis en esta asamblea,* le increpa, *¿no buscáis en ella vuestra condenación?... El pueblo necesita venganzas; está cansado de ser despreciado unas veces y vendido otras; si mi voz queda ahogada aquí, si nuestras consideraciones siempre débiles con los enemigos de la patria la ponen perpetuamente en peligro, yo apelo al juicio de la posteridad; ¡ella es quien debe juzgar entre vos y yo!*»

Y Lafayette, anonadado, después de vacilantes disculpas, tuvo que retirarse de los Jacobinos ante aquella tempestad hecha hombre, que le acusaba de su fracaso. Nunca tuvo Dantón más audacia, ni nunca fué más grande su victoria. El glorioso general no volvió a poner jamás los pies en el club del barrio Saint-Honoré.

Cuando Dantón, arrastrado por la Revolución, subió al cadalso con sus partidarios, la murmuración puso en tela de juicio su vida privada, no encontrando talón de Aquiles en el revolucionario, para herir su memoria. Se le acusó, por los adversarios de su tiempo, de todas las maldades y todos los vicios. Sobre todo de su venalidad. Si en esto pudieron argumentarse pruebas, el historiador de los Montañeses, Esquirós, vindica al tribuno con el siguiente párrafo: «*La Regencia había corrompido la nobleza y ésta había transmitido la corrupción en un instante a las clases inferior y media: los vicios de Dantón tenían el carácter de las borrascosas circunstancias y turbaciones en que había vivido: fogoso, arrebatado por sus instintos de artista... fué más que un grande hombre: ¡fué su época!*»

Efectivamente, si Dantón tuvo alguna falta fué su ambición. Pero, ¿qué grande hombre no ha sido ambicioso?... Si fué venal, también lo fueron todos sus contemporáneos, a excepción de unos pocos que no por cierto lo superaron en virtudes. Sin embargo, en Dantón existía un corazón sentimental, noble y generoso. La muerte de los Girondinos angustió su mente; pero no pudo evitarla; haberlo intentado, hubiera sido caer junto con ellos. El desengaño de aquel tribuno debió ser enorme, cuando, después de haber sido el más brillante defensor de los hombres-nada (*gens de rien*), dijo un día: «*¡Es preferible ser un humilde pescador a tener que gobernar a los hombres!*»

La vida privada de Dantón ha sido justificada por Alfredo Bougeart y el doctor Robinet, en dos obras documentadas, y en la «Historia de la Revolución», por Villiaumé. Aquel hombre atlético, imponente, ante cuyo retrato terminado exclamara el pintor David: «*¡He aquí Júpiter Tonante!*», fué buen marido y buen padre: adoraba tanto a su primera mujer, que, después de muerta, hizo desenterrar su cadáver para abrazarla por última vez. Dice Quinet que Dantón era la realidad y Robespierre la utopía. Cuando la guillotina cayó sobre Dantón, los partidarios del último respiraron. El solo contrapesaba en la Montaña la influencia de todos los demás... Y entonces empezaron a calumniarle, a acumularle crímenes. Ya no estaba allí su palabra mortífera. Dijeron que era un vicioso: sus amigos, contentáronse con responder: «*¡Qué importa! ¡También Catón era un borracho!*»



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

A través del guante

la mano, perfumada por el uso del Jabón Heno de Pravia, exhala el intenso y persistente aroma característico de ese jabón de tocador. El Jabón Heno de Pravia perfuma deliciosamente las manos que lo usan y éstas comunican á los guantes su perfume, que permite apreciar la distinción y el gusto refinado de su dueña.



Heno de Pravia

Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones de ningún género. Su inconfundible perfume se mantiene tan intenso al final como al principio de la pastilla. La espuma, ligera y abundante, presta suavidad, aroma y blancura á la piel. Si compra Vd. una caja de tres pastillas observará, al consumir la tercera, que con el tiempo ha mejorado en dureza y fragancia. El fallo del público es unánime en reconocer estas buenas cualidades.

De venta en los principales establecimientos de América.

Perfumería Gal.-Madrid

Representante General para Argentina y Uruguay, Jorge E. Chadwick, ESMERALDA N.º 132, Buenos Aires.

Enlaces



Señorita Amalia Bianchi con el señor F. Humberto Caracozzi. — Capital.



Señorita Jacinta Ormaechea con el señor Pedro Alberdi. — 9 de Julio.



Señorita Gregoria Chavarry con el señor Angel Miranda. — General Villegas.



Señorita Ermelinda Gabardini con el teniente Juan Elies. — Resistencia.



Delménico-Lugano. — Lomas de Zamora.



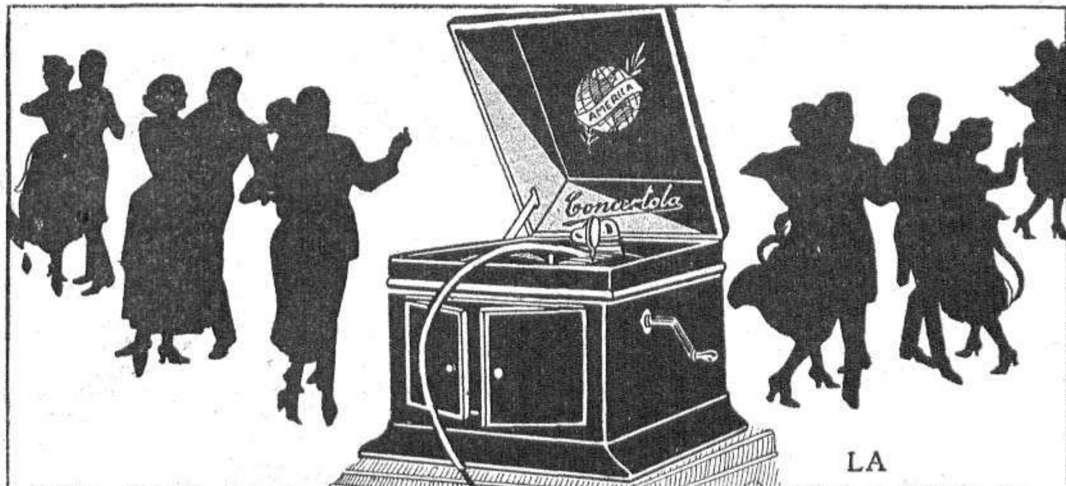
Malta
PALERMO



Concurrentes al picnic realizado por los miembros de la sociedad ferroviaria La Fraternidad conmemorando el 36.º aniversario de su fundación.

UN MARIDO... DEMASIADO LISTO

Media docena de bellas mujeres importadas de la Siria e instaladas en una villa señoril de los alrededores de París, por un comerciante enriquecido que había decidido gozar dentro de la patria de los tesoros que había podido acumular en dos años de permanencia en el oriente, son ahora objeto de una interesante cuestión jurídica que ha tenido la virtud de apasionar al público parisiense. La mujer del comerciante — cuenta «La Tribuna» — llegó a tener noticia de la existencia de tales señoras y se convenció de que no eran seis candidatas a intérpretes en la próxima «Exposición de Siria» que el marido estaba organizando, sino otra cosa muy distinta. Un grupo de agentes se presentó, en efecto, de pronto, y sorprendió al marido en el momento propicio, es decir, cuando el propietario de la villa se comportaba de la manera más correctamente oriental, fumando una suntuosa pipa y circundado por sus odaliscas. El marido, sorprendido por la presentación de una demanda de divorcio, y alarmado por la frecuencia con que en su casa, desde el día de la sorpresa, volaban hacia él los platos de la vajilla, decidió adoptar un sistema de defensa doble o con dos aspectos. Una defensa material, abandonando el hogar conyugal y atrincherándose en la villa; y otra defensa jurídica con una elaborada memoria en la cual afirma que él, en otro tiempo, en Siria, abjuró de la religión católica romana y se convirtió al mahometanismo. De manera que la co-existencia de aquellas esposas orientales no debe de ser motivo de escándalo, porque está de acuerdo con el orden y la moralidad islámicas, y los tribunales franceses son incompetentes para juzgar el asunto. Veremos qué contesta la justicia a ese marido sutil.



HE AQUI LAS ULTIMAS NOVEDADES EN DISCOS BAILABLES.

Estos discos reunen toda la gracia encantadora, la belleza indescriptible y el ritmo delicioso que caracteriza a esta clase de música.

Discos VICTOR, de 25 ctms., $ 3.— cada uno

Orquesta Típica FLORES

73859 **Pomona.** Tango. / **De todo corazón.** Id.	73799 **En el llano.** Tango. / **Carta Blanca.** Tango

Orquesta Típica COBIAN

73860 **La Machona.** Tango. / **Sea Breve.** Tango.	73862 **Plata vieja.** Tango. / **Shusheta.** Tango.

Orquesta PAUL WHITEMEN

19007 **Mister Gallagher and M. Shean.** Fox Trot. / **Parada de los soldaditos de madera.** Fox Trot.	18865 **Cutie.** Fox Trot. / **Lonesome Hours.** Fox Trot.

Discos NACIONAL, de 25 ctms., $ 3.— cada uno

Orquesta FIRPO	Orquesta CANARO
6191 **¡¡Mamita!!** Schottisch / **Una sombra.** Tango.	6915 **Nubes de humo.** Tango / **Paramount.** Tango.
6189 **Cap. Aracena.** Tango. / **La perjura.** Tango.	6916 **La Bayadera.** Shimmy / **La fractura.** Tango.

Por la célebre orquesta MAREK WEBER

Discos dobles, de 30 ctms., $ 4.— cada uno

P 1327 **Mamie.** Fox Trot. / **Coal black Mammy.** Fox Trot.	P 1391 **Babette, Babette.** Shimmy. / **Ta bouche** «Esta es una cosa». Shimmy.
P 1429 **Ka-lu-a.** Shimmy. / **Mazzantini.** Paso doble.	P 1385 **Birmania.** Shimmy / **Vení a bailar el Shimmy.** Shimmy.
P 1312 **Decimelo con música.** Shimmy. / **Big-Ben.** Shimmy.	P 1333 **No llores.** Fox Trot. / **Affi.** Shimmy.

Pidan catálogo N.º 22, conteniente todos los discos de las mejores marcas del mundo, enviando $ 0.20 en estampillas.

TOCANDO CON PUA

TOCANDO SIN PUA

LA

CONCERTOLA

es el instrumento ideal para improvisar toda clase de bailes.

Tenemos aparatos al alcance de todos.

ALGUNOS MODELOS RECOMENDADOS

N.º 351. — **Elegante CONCERTOLA,** con 6 piezas y 200 púas.................. $ **45**

N.º 310. — **Bonita CONCERTOLA,** con puertita. Con 6 piezas y 200 púas.... $ **55**

N.º 327. — **Hermosa CONCERTOLA** en nogal o caoba, con puertitas modificadoras del sonido. Con 6 piezas y 200 púas..... $ **75**

N.º 341. — **Rica CONCERTOLA** en nogal o caoba, con tapa y puertitas modificadoras del sonido. Con 6 piezas y 200 púas... $ **99.50**

N.º 4. — **Magnífica CONCERTOLA,** igual al dibujo, rica madera roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas reforzadas. Con 6 piezas y 200 púas........... $ **125**

N.º 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA.** Regio mueble en roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas......................... $ **150**

N.º 5. — **Regia CONCERTOLA,** mueble serio y elegante, con armario guarda discos. Rica madera de roble o terminación caoba, gran motor de dos cuerdas. Con doce piezas y 600 púas......................... $ **250**

EMBALAJE GRATIS

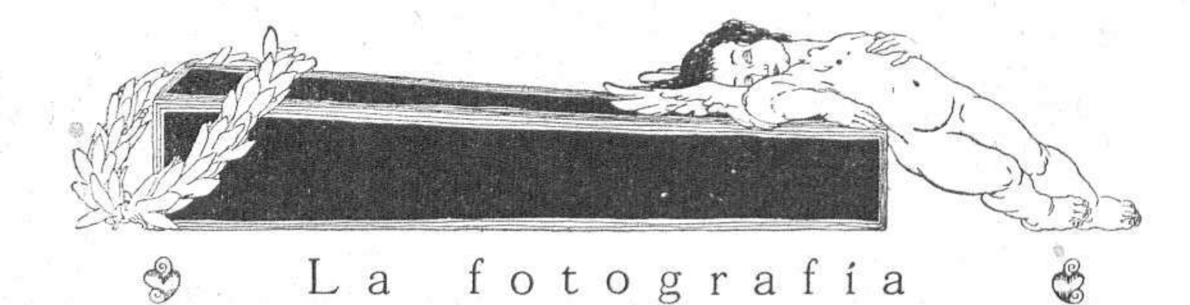
Otros modelos desde $ **35** hasta $ **1.150**

Pidan catálogo N.º 21 de Grafófonos, Concertolas y Victrolas, enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Av. DE MAYO, 979 - NO TENEMOS SUCURSALES. NO CERRAMOS LOS SABADOS. - BUENOS AIRES



La fotografía

JOAQUÍN LARA tenía en aquel entonces dieciséis años y muchos granitos en la barba. Era un muchacho tímido y silencioso; estaba por terminar el bachillerato y no se le conocía un amorío oficial. Sus amigos burlábanse de él, especialmente Arturo Montes, quien afirmaba que Joaquín, a instancias de la madre, leía todas las noches un capítulo del Nuevo Testamento. La afirmación de Montes provocó en mí un sentimiento de lástima hacia Joaquín. ¡Cuán equivocado estaba yo en aquellos tiempos! Hoy, si Joaquín viviese, pediríale perdón y le rogaría que comentase las parábolas de San Marcos. ¡Cómo cambian nuestras ideas! Seguro estoy de que ayer defendía heroicamente lo que hoy niego y que mañana negaré lo que hoy afirmo.

Joaquín rara vez compartía nuestros juegos; su poco desarrollo muscular no le permitía realizar esfuerzos violentos. Manifestaba que era débil y que moriría joven. Durante los recreos apartábase de nosotros y pedía permiso al celador para permanecer en el aula. Intrigado por su actitud, decidí espiarle.

Un día, sigilosamente, me deslicé por entre la doble fila de pupitres y me acerqué a él. Al advertir mi presencia lanzó un grito, se sonrojó y guardó en el bolsillo interior de la americana un papel doblado en cuatro.

—¡Ah, señor curita!... — le dije, con sorna.

—¿Por qué has hecho eso? — me preguntó avergonzado. Luego me prometió: — Cuando salgamos a la calle te contaré todo.

Recuerdo que las horas de clase transcurrieron largas y monótonas. De vez en cuando Joaquín me miraba, como queriéndome decir: «No cuentes nada a nadie; te lo diré todo». Yo sonreía, imaginando la gracia que le causaría a Montes la confesión de aquel muchacho tímido y puro. Pero, de pronto, pensé: «No contaré nada a Montes; es un animal; sería capaz de divulgar un hermoso secreto. Montes, como todos los muchachos de recia contextura, carece de sensibilidad exquisita y no sabría valorar los estados de alma de un sensitivo; además, quien sabe si lo que ha de contarme Joaquín no es la confesión de un atormentado». Y dejé de sonreir.

«Es la fotografía de una artista. No sé cómo se llama ni en que época lució su bella voz. La encontré entre las páginas de un libro que perteneció a mi padre, un viejo ejemplar de «La Ilíada»; me gustó, y desde entonces la llevo conmigo. Necesitaba amar a alguien y me enamoré de esta fotografía, de esta sombra. Tú sabes que soy tímido y que las mujeres gustan de los hombres audaces, acaso porque ignoran en donde residen los tesoros de ternura.

«Quizás pienses que en este amor he sido el único engañado y no te equivocas. Alguien afirmó que no hay peor engaño que el que uno se hace a sí mismo. El que eso dijo estaba equivocado. Al amar el retrato de una mujer sabía que me engañaba, pero tanto se aferró en mí la idea de ese amor que, en mi imaginación, le dí forma, doté de cuerpo al fantasma y esperé todos los días su aparición. Si un amigo me hubiese dicho: «esa mujer te es infiel», hubiese sufrido atrozmente, porque aquel engaño de los primeros momentos habíase transformado en la razón de ser de mi vida.

«Debido a este amor languidecí; rehuía las conversaciones de mis padres y mis amigos; buscaba los lugares solitarios y me entregaba a la meditación. Mis padres, al verme melancólico y taciturno, temiendo por mi salud, obligáronme a abandonar los estudios, a lo que me negué, y a someterme a un régimen de alimentación especial. Por lo general, estas cosas del alma dependen del estómago.

«— La lavandera — anunció mi madre — te traerá huevos frescos todos los días.

«Llamábase Marieta la lavandera y era acogida en mi casa con la más cordial de las sonrisas. Permitíanla entrar a mi aposento y quedarse a conversar conmigo.

«— Joaquín — solía decirme, — tienes que alimentarte mucho y distraerte. Hace muchos años, estuve enferma de lo que tú estás ahora: de no se qué. Te aseguro que es la peor de las enfermedades.

«Aquella mujer de cabellos grises me causaba gracia. Sus conversaciones me parecieron las más pintorescas, tanto que, por momentos, llegaba a olvidarme de mi retrato, de mi sombra. Un día me detuve a contemplar los ojos de la buena mujer; eran obscuros y tenían una expresión semejante a los de la otra. Esta observación me impresionó vivamente y se lo comuniqué; ella, en lugar de envanecerse, contempló el retrato y rió estrepitosamente.

«— Esta mujer era una cantante — me dijo —, yo la conocí; después de un año de éxito, fracasó. ¿Por qué guardas este retrato?

«— Qué sé yo.

«— Rómpelo; hoy existen artistas mejores.

«La miré indignado y le rogué que me dejase solo, pues no tenía ganas de conversar con nadie. Avergonzada, se retiró. «Esto me pasa — pensé — por ser liberal con los ignorantes». Desde ese día no la vi más; venía a mi casa, dejaba los huevos, sin cobrar nunca un centavo, preguntaba por mi salud y se marchaba sin verme. Pronto me olvidé de ella. Volví a entregarme al amor de mi fantasma. Una mañana mi padre me comunicó:

«— Marieta murió anoche.

«— ¡Pobre! — exclamé, creyendo que la muerte es una desventura.

«— ¡Era muy buena! — sentenció mi padre.

«Y asumió una actitud melancólica. Luego se detuvo ante mi pequeña biblioteca y comenzó a leer los títulos de los libros.

«— Este ejemplar de «La Ilíada» es mío — me dijo de pronto. — ¿Y cómo se

explica, entonces, que se encuentre en tu poder?

«— No sé.

«— La he buscado durante largo tiempo... Dime, ¿no había una... un papel entre las páginas?

«— No lo he visto — respondí con voz temblorosa, mientras apretaba la fotografía contra mi pecho.

«Cuando volví a quedar solo fuí víctima de atormentadoras ideas. Tomé de nuevo la fotografía, la miré detenidamente, evoqué los ojos de Marieta, recordé sus conversaciones, la actitud de mi padre frente al viejo ejemplar de «La Iliada» y...»

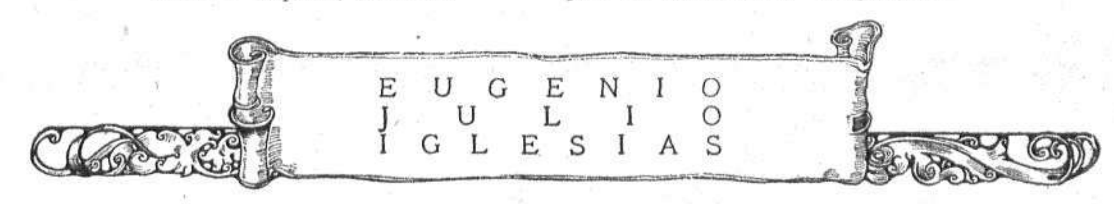
Aquí Joaquín se detuvo y me miró a los ojos, para preguntarme:

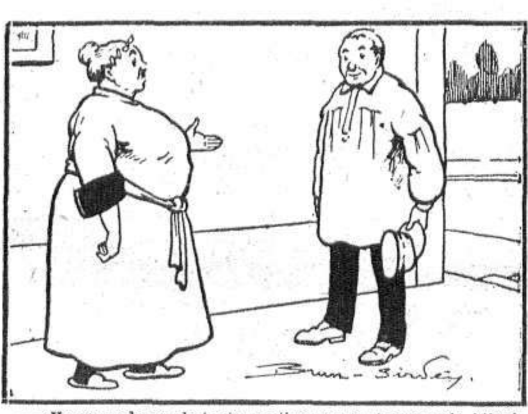
— ¿No te parece que en todo esto hay algo de misterio y que mi amor es terriblemente trágico?

— Hombre, yo no entiendo de estas cosas — respondí, sonriendo.

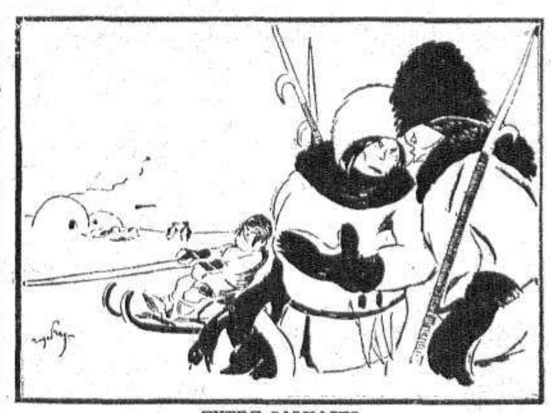
La verdad, a mí no se me ocurría nada. Eso sí, me extrañaba que a un muchacho de dieciséis años y con la cara llena de granitos le asaltasen pensamientos tan descabellados. Yo creo que jamás me hubiese enamorado de un retrato de mujer ni prestado oídos a las opiniones de Marieta, a pesar de los huevos frescos. Lo que más me llamaba la atención era la actitud del padre de Joaquín frente al viejo ejemplar de «La Iliada». Hoy, ni eso siquiera. ¿Acaso no utilicé, en cierta ocasión, para señalador, un retrato de Alfonso, el Sabio? Recuerdo que ese día pensé que los reyes servían para algo. Con toda seguridad el señor Lara utilizó el retrato de una artista de teatro parecida a Marieta animado por la misma intención que a mí me impulsó a emplear la efigie del rey de España.

Joaquín, q. e. p. d., había sido siempre un formidable imaginativo.





— ¡Yo no puedo, por lo tanto, partirme en cuatro por mis hijos!
— Sin embargo, señora, a cada uno le tocará un buen pedazo.



ENTRE SALVAJES

— Ella tiene cuatrocientas focas de dote, un trineo y muchos perros... ¿y no te quieres casar?
— Pss... ¡Si ni siquiera es fotogénica!



— Pero con sus teorías feministas, ¿cómo ha dado usted limosna a un hombre?
— Es verdad... pero me llamó «señor»...

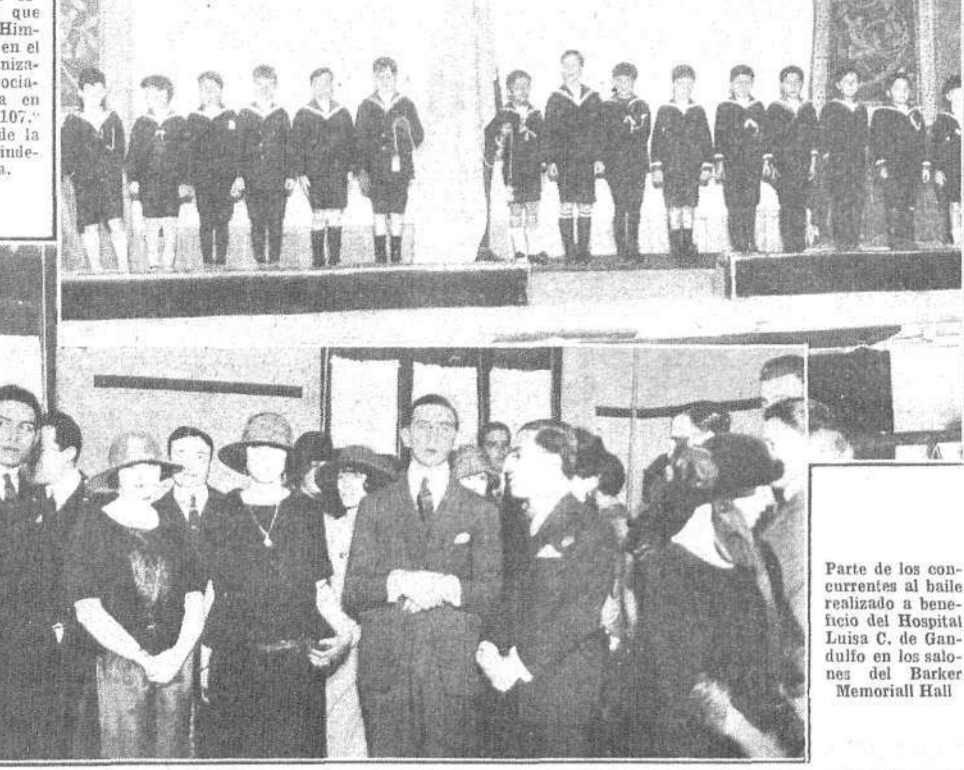


LA MODA

— ¡Qué chic es este tapado!... ¡Pero estoy deseando que llegue el verano para podérmelo quitar!

De Lomas de Zamora

Niños de la escuela N.° 1 que cantaron el Himno Nacional en el festival organizado por la Asociación Patria en el día del 107.° aniversario de la jura de la independencia.



Parte de los concurrentes al baile realizado a beneficio del Hospital Luisa C. de Gandulfo en los salones del Barker Memoriall Hall



Una cabellera hermosa atrae e inspira simpatía.

El cabello es el atractivo más precioso que la naturaleza confiere al ser humano. El embellece las delicadas facciones femeninas y realza la figura de todo hombre, dándole ese aire de simpatía que tanto atrae,

Para poseer una cabellera abundante, sedosa y brillante, libre de canas y de caspa, use Vd. metódicamente el afamado



Esta sabia preparación científica hecha a base de vegetales, estimula el ejercicio del cuero cabelludo, tonifica las glándulas oleosas y las mantiene en saludable actividad. Los millares de pequeñas células y glóbulos rojos llevan este alimento nutritivo a todas las partes del pericráneo, dando así vida y vigor a sus músculos.

De hecho elimina la caspa y no sólo evita la caida del cabello sino que lo hace crecer abundante, sedoso y pletórico de vida. Las canas recobran en poco tiempo su color natural sin necesidad de tinturas.

Usando el Específico **BENGURIA**, quedará Vd. asombrado del resultado tan eficaz y rápido. Escriba al doctor Rafael Benguria B. pidiendo detalles sobre su notable Específico.



UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1239 — Buenos Aires — Unión Telefónica 5753, Rivadavia

AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO

En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. — En Mendoza: Casa Riba, San Martín, 1456. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDE PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA

De Lanús



VILLA OBRERA. — El intendente municipal, señor Nicanor Salas Chaves, rodeado por distinguidas familias de esta localidad durante el lunch servido al realizarse la innauguración del alumbrado eléctrico en esta progresista zona.

AFORISMOS DE LA FISIOLOGÍA DEL GUSTO, DE BRILLAT-SAVARIN

I. Lo único que vale en el Universo es la vida; todo lo que vive se nutre.

II. Los animales se sacian; el hombre come; sólo el discreto sabe comer.

III. El destino de las naciones depende del modo que tienen de nutrirse.

IV. Dime lo que comes y te diré quien eres.

V. El Creador, obligando al hombre a alimentarse, lo invita por el apetito y lo recompensa por el placer.

VI. La golosina es un acto de nuestro juicio por el que concedemos preferencia a las cosas que nos son agradables al gusto.

VII. El placer de la mesa es de todas las edades, de todas las condiciones, de todos los países y de todos los días; se asocia a todos los demás placeres y es el último que nos permanece fiel y nos consuela de la pérdida de los demás.

VIII. Los que se indigestan o se embriagan no saben ni comer ni beber.

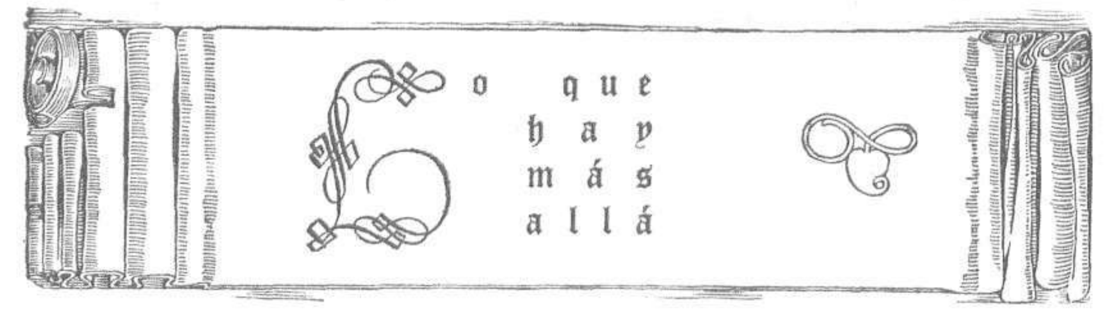
IX. El orden de los comestibles es: de los más sustanciosos a los más ligeros. El de las bebidas: de las menos embriagantes a las más aromáticas.

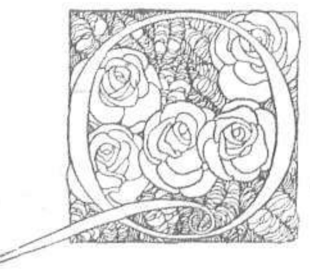
X. La cualidad más indispensable del cocinero es la exactitud. Debe serlo también del convidado.

XI. Esperar mucho tiempo a un invitado es falta de cortesía a los que están ya presentes.

XII. La dueña de casa debe asegurarse de que el café es excelente. El dueño, de que los licores son de primera calidad.

XIII. Invitar a alguien es encargarse de su dicha durante todo el tiempo que permanezca en nuestra casa.





UIZÁ recuerdas ¡oh rey! una cosa que sucede algunas veces en los días de invierno, cuando estás sentado a la mesa con tus guerreros: Tu fuego arde y tu sala está caliente, mientras fuera reinan la lluvia, la nieve y la tempestad. Llega un pajarito y atraviesa la sala, entrando por una puerta y saliendo por otra. Esos cortos instantes que pasa allí le son gratos, pues en ellos no siente el frío ni la lluvia; pero acaban pronto. El ave se marcha, y vuelve al invierno. Tal me parece la vida de los hombres sobre la tierra, comparándola con el tiempo ignorado que hay más allá. Dura un momento; pero ¿que viene después, y qué había antes? ¡Lo ignoramos! Y por esto digo que si la nueva doctrina puede enseñarnos algo del gran misterio de la existencia, bien merece que la adoptemos — aconsejaba sabiamente un súbdito a su monarca, incitándolo a abrazar una religión que les hablaba de las cosas eternas e inmutables.

Pensándolo bien, el soberano accedió.

Mas, como era un rey prudente, y como él también sentía dentro de sí el parpadeo de esa llamita inquieta que abrasaba a su vasallo, quiso conocer a fondo, por sí mismo, la nueva teoría. Y vino a saber que existía un ser Omnipotente, Omnisapiente e Infinito; dueño y señor de cuanto fué, de cuanto es, y de todo cuanto existir puede en el tiempo; origen y fin, substancia, ego. Y que los hombres, la tierra, las estrellas, el infinito, no eran sino polvo y menos que polvo ante su grandeza sin orto y su inmensidad sin ocaso.

Supo igualmente que esa Absoluta Potencia, ese Inmutable Principio, ese Divino Creador, al cual sólo con epítetos superlativos y altisonantes se podía designar, premiaba con una eterna dicha en un lugar celeste y rosado, fuera del mundo, a aquellos hombres que, haciendo renuncia de sí mismos, se daban a adorarle, flagelándose el cuerpo, torturándose el espíritu, absteniéndose a toda hora, en todo instante, de todo cuanto no estuviera acorde con los gustos del Amo Intangible que exigía de ellos una absoluta, fatalista sumisión a sus inexcrutables designios y a sus obscuras sentencias, resplandecientes de sabiduría.

Y supo también que ese Altísimo Serenísimo no sólo premiaba a los buenos, sino que, implacable, castigaba a los malos con torturas eternas. Y eran malos para él los que amaban el mundo, los que se aferraban a la carne y a la tierra, los soberbios que pretendían negarle y los pobres de espíritu que proclamaban llevarlo dentro de sí y ser ellos mismos unos Páter Divinitas.

De este modo, estudiando con seso la nueva doctrina que había impuesto a sus súbditos, pudo el rey convencerse de cómo era ella en verdad.

Pero he aquí, que su corazón magnánimo, asaltado por incesantes dudas, le reclamaba plena luz en esas tinieblas de cosas revueltas y contradictorias. Mandó venir entonces al magnate que le había aconsejado, y cuando estuvo entre sus manos, le dijo:

— ¿Os habeis preocupado de la nueva religión?

— Si, majestad.

— Y ¿cuál es vuestra opinión?

— ¿Mi opinión, sire?...

— ¡Sí, dádmela sin temor!

— Al amparo de vuestra real seguridad, creo ¡oh augusto! que la nueva teoría no se distingue en gran cosa de las restantes, antiguas o contemporáneas. Legisla, morigera las costumbres, sirve para llevar la paz a los espíritus mediocres o inferiores, que con cualquier cosa se contentan, con castigos a veces; pretende crear algo superior, divino, apresar en límites una partícula o todas las partículas, de lo Intangible, de lo que existía ya antes de nosotros y existirá después de nosotros; se esfuerza desesperadamente por librarse de los rudos lazos de la torpe materia, por batir sus alas en lo azul, por transmontar la lumbrareda del sol, la pálida luz de las estrellas y la áurea inmensidad del polvo de los astros, para internarse en el mundo no visto, no soñado, en la virgen infinitud de lo desconocido; pero todas esas agitaciones no pasan de vanas tentativas; y la nueva religión nada nos dice, en suma, del más allá, nada agrega a lo que ya sabíamos o ignorábamos, y de ese modo nos deja siempre obscuro, siempre igual, siempre inabordable y trémulo el eterno problema.

El rey guardó silencio durante largo tiempo, y al cabo, con voz lenta, brillándole los ojos, habló:

— Pero, he aquí, vasallo, que tus inquietudes han venido a prenderse en mi corazón como las gotas de la lluvia en las hojas de los árboles; mas no para refrescarle, sino para abrumarlo con su peso. Por obra de esos extranjeros y por culpa de tus palabras agradables y sonoras a las cuales me digné prestar oídos, he aquí, vasallo, que el pájaro del desasosiego ha hecho su nido en mi corazón y allí se agita sin darme punto de reposo. Para calmar esa desesperación del alma, dime, pues, tú que



eres sabio, vasallo; tú que has dejado caer de tu cabeza esa rubia cabellera que tantas manos perfumadas y tantos ojos brillantes acariciaron en tu juventud; tú que has dejado encanecer tu barba y arrugarse tus mejillas; tú que has perdido el resplandor de tus pupilas y has cerrado tus oídos a las claras voces de las turgentes mujeres que hacen bailar de dicha el corazón, todo por apresar entre tus manos el fugitivo rayo de la sabiduría; dime, ¡oh tú!, ¿son iguales todas las teorías, entonces? ¿Van a parar a lo mismo todas, al fin?

— Sí, majestad. Las unas en una forma, las otras en otra, inventando símbolos o creando palabras, forjando raciocinios enredados, brillantes, hermosos algunos, o perdiéndose en las incongruencias de la silogística, de mil y un modos y por diversas vías, todas van a caer en lo mismo: a la imposibilidad de descubrir lo que hay más allá; y a la manía de asirse a ello, mintiendo saber lo que no sabe, para legislar; creando así en las sociedades clases prepotentes que luego han de sostenerse en ellas más por su astucia o por su fuerza que por su bondad.

El soberano habló:

— Está bien. Ya que eso es así, y puesto que habéis abominado de ellas, vos ¿qué habéis pensado sobre el gran problema? ¿A qué conclusiones habéis llegado al fin?

— Muy largo sería el explicaros ¡oh rey! todos los esfuerzos que he debido realizar en estos sesenta años de investigaciones; pero debo deciros, señor, en suma, que he meditado largamente en todo cuanto es susceptible de meditación. He estudiado las cosas pequeñas y las cosas grandes. Me he detenido en el amibo, en la araña, en la abeja, en miles de seres para nosotros pequeños y deleznables, pero los cuales tienen como nosotros una inteligencia, una voluntad e impulsos que les hacen obrar; seres que poseen a veces cualidades y ventajas de que los hombres carecemos, y lo que es más, sienten, reaccionan ante ciertos fenómenos de la naturaleza, y por sus actitudes diríase que en esos instantes se despiertan en ellos conciencias, inquietudes latentes, manifiestas interrogaciones acerca de lo que hay más allá de la órbita de su propio mundo, o del mundo relativo en que se agitan.

«Me he lanzado al infinito después, mentalmente, y con la ciencia, he recorrido planetas, vías, espacios, y siempre más allá, más allá, más allá, y en todas partes las mismas expresiones de vida y los mismos, idénticos, fenómenos y leyes del mundo.

«Y por último, mentalmente también, o de visu, o por instinto, me he internado en lo profundo de los seres y en lo misterioso de las cosas. Y cuanto más he ahondado, cuanto más he querido saber, más me he convencido de mi ignorancia, de mi pequeñez, de lo limitado de mi inteligencia.

«Por eso muchas veces estuve triste y huí del trato de los hombres. Estuve enfermo, majestad, enfermo de ansias, de dolor. Enfermo de impotencia, porque mientras mi voluntad me decía: «¡sigue! ¡continúa! ¡adelante!», mi inteligencia, mi razón, mis sentidos se detenían llegado un límite, y entonces empezaba aquella lucha, aquella tortura, aquel desasosiego enloquecedor.

«Pero hoy — prosiguió el vasallo — todo eso ha cambiado. Ya sé al fin lo que hay más allá, lo que había antes, lo que habrá después, lo que ha existido siempre.»

— ¿Vos?

— Sí, majestad. Ya sé lo que había siempre, lo que habrá siempre.

— ¡Decídmelo, os lo ruego!

— ¿Queréis saberlo verdaderamente, señor?

— Sí, quiero saberlo a toda costa!

— Bien. Venid conmigo entonces, ¡oh rey!

Y vestidos de peregrinos emprendieron la marcha y abandonaron el reino. Durmiendo al raso, llevaron una vida de mendigos. Recorrieron pueblos, visitaron gentes, vieron aspectos nuevos de la tierra y del cielo, otras plantas, otros animales, otras costumbres, y dejando día tras día al borde de los caminos los fragmentos del antiguo orgullo hecho pedazos ahora, llegaron al fin ante el ancho océano, sobre una áspera costa. Treparon a la roca. Era un acantilado a pico. A su frente se extendía el inmenso mar, cuyas olas encrespadas venían a quebrarse en mil gotas de cristal contra la piedra, con ronco sonido, para recogerse después, arrastrándose, medrosas, enrojecidas por el sol que en el horizonte, a ras de piélago, semejaba un gran disco de fuego.

Con un rotundo ademán de su brazo que abarcaba toda la extensión del mar y del cielo, el vasallo prorrumpió:

— Y bien, sire; he ahí la inmensidad; y henos aquí a nosotros que la interrogamos. De la ciencia de los hombres nada nos queda ya por aprender, puesto que hemos recorrido el mundo a lo largo y a lo ancho, hemos visto todas sus grandezas y todas sus miserias y hemos escuchado todas sus palabras sabias y todas sus palabras necias. Sintetizadlo todo, señor, vivo y trémulo en este instante decisivo, y cerrad un ojo.

— Ya está.

— ¿Cuánto veis?

— La mitad de lo que antes veía.

— Cerrad el otro. ¿Y ahora?

— Nada con los ojos; pero veo con la imaginación.

— ¡Cerradla!

— Oigo aún.

— Tornaos sordo.

— Siento el aire del mar y percibo su olor.

— Cerrad esos sentidos también.

— ¡Vibra aún la sangre!

— ¡Detenedla!

— Bien — contestó el rey y poco a poco fué perdiendo el color, fué quedándose rígido, insensible, sin un solo pensamiento, sin un solo sentimiento, sin una sola percepción. Era un muerto, un no existente.

Mas, de inmediato, y ayudado por su vasallo, el rey despertó. Volvió a la vida. Y vió la luz sobre el mar, y escuchó su son, y aspiró su perfume, y sintió su fresca caricia en la mejilla.

El vasallo le interrogó:

— ¿Y ahora sabes, que hay más allá?

El monarca se quedó silencioso. Y al cabo de una hora de meditación, respondió lentamente:

— Sí, amigo, ya sé lo que hay más allá, lo que ha habido siempre, lo que habrá hasta el fin para los hombres: NOSOTROS, hermano, NOSOTROS; nuestras inquietudes, nuestras esperanzas, nuestros dolores, nuestras alegrías; NOSOTROS, hermano, los hombres, las criaturas, eso es lo único que existe, eso es lo único que importa!

Entristecido, el vasallo, miraba hacia el horizonte, más allá del confín.



Ciro Torres López

Concurrentes al banquete ofrecido por los RR. PP. Salesianos en los salones de la parroquia de Nuestra Señora de la Guardia en conmemoración del glorioso aniversario patrio.


LOS ALMACENES MEJOR SURTIDOS DE SUD AMERICA
EN NUESTROS ALMACENES
ACTUALMENTE
LIQUIDACION
GENERAL DE INVIERNO.
Todos los departamentos presentan, por tal motivo, sensacionales ocasiones de precios.
204
204.—SOMBRERO forma cloche, de rico terciopelo y fantasía de pluma, y otros modelos forma toca, de terciopelo o combinado con seda, para señoras, a $ 12 50
35
35. — VESTIDO de fino Velour Gamuza (varios modelos englobados), adornado con fina piel y lindos bordados, para jovencitas hasta 15 años, a
$ 29 80
31
31. — ESTOLA de piel de Loutre Colombia, muy en boga, tamaño grande, con forro de seda, a $ 49 00
40
40. — ABRIGO de «Breitschwanz», con cuello y puños de Castor «Rassé», todo forrado de seda, para señoras, a
$ 95 00
GRANDES ALMACENES
TIENDA SAN JUAN
CIBRIAN Hnos (S.A.)
BUENOS AIRES



Parte de los asistentes al baile organizado por la Comisión Pro fiestas Patrias en honor de la comisión auxiliar de señoritas que con tanta eficacia contribuyó al éxito de las mismas.

LA MODA EN RUSIA

En Moscú, con una población de cerca de un millón doscientos mil habitantes, hay, según dice el corresponsal del «Vossisch Zeitung», a pesar de todas las restricciones impuestas por el gobierno, cerca de 220.000 empleados, de los cuales 115.000 pertenecen al sexo femenino. Para tener una idea de esta enorme masa de empleadas basta observar el espectáculo de las calles a eso de las diez de la mañana, que es la hora de entrada en las oficinas, o a las cuatro de la tarde, que es la hora de salida. Las jóvenes empleadas ocupan puestos secundarios. El trabajo no es mucho y los sueldos en estos últimos tiempos han mejorado. Una contadora gana de 100 a 600 millones de rublos de papel mensualmente, más el alojamiento a costa del gobierno y la comida del medio día a precio reducido. Esta población femenina, alegre y elegante, sacrifica todas sus economías a la moda. Se explica así la siempre creciente prosperidad de esta clase de tiendas. ¿Cómo es la moda en Rusia?... No se puede aún hablar de un estilo ruso. Por lo que hace al corte, se procede mucho a la fantasía, porque faltan de un modo absoluto las revistas parisienses, y se ignoran todas la reglas. Antes de la guerra prestaban ese servicio las publicaciones parisienses, berlinesas y londinenses; pero de 1914 a la fecha en Moscú rigen las leyes del año de la guerra. El bloqueo contra el papel impreso no deja pasar ni para manifestaciones tan lejanas de la política como la moda. Solamente en estos últimos tiempos alguien logró introducir algunas publicaciones parisienses y las presta para la lectura cobrando una compensación nada despreciable. Tanto así, que la propiedad de tres o cuatro ejemplares de *periódicos* de moda dan para ir viviendo.



DISCOS DOBLES NACIONAL
ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Disco Doble «NACIONAL», de 25 ctms., a $ **3.25**

18074
- **Alma porteña.** Tango. Solo Gardel. Vicente Greco.
- **La danza de las libélulas.** Canción de la Gigolette. Solo Gardel. F. Lehar.

ORQUESTA ROBERTO FIRPO

Discos Dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ **3.00**

6187
- **Mano a mano.** Tango. Gardel-Razzano.
- **Ah! les femmes!** (¡Ah, las mujeres!). Shimmy. Guerama.

6188
- **Mala seña.** Tango. V. Passarello.
- **Kiti-Kiti.** Shimmy. Pérez Freire.

6190
- **La veleta.** Tango. Antonio Buglioni.
- **Mentías.** Tango. J. de Dios Filiberto.

ORQUESTA TIPICA F. CANARO

6915
- **Nubes de humo** (Fume, compadre). Tango. Manuel Jovés.
- **Paramount.** Tango. F. Canaro.

6916
- **La Bayadera.** Shimmy. E. Kalman.
- **La fractura.** Tango. R. Petillo.

6917
- **Iain't Nobody's Darling.** Shimmy. (Randall-Jazz-Band). R. King.
- **Sol mío** (My Sun). Shimmy. J. Willys.

JAZZ-BAND
(Dirección: MAESTRO GUERRERO)

9159
- **La Montería.** Fox-Trot. J. Guerrero.
- **La Montería.** Marcha de los monteros. J. Guerrero.

TOMEY

ALMA PORTEÑA
TANGO



PROYECTOR CINEMATOGRAFICO
PARA EL HOGAR

Tan perfecto como los mejores grandes.
Sin su peso ni desplazamiento.
Sin las complicaciones de su manejo.
Funciona con un simple toma-corriente.
Tiene la eficacia de un proyector grande.
Con un repertorio extenso de films.

PRECIO: $ **125.—** m/n

PIDA FOLLETO Y CATALOGO DE FILMS

UNICO CONCESIONARIO:
MAX GLÜCKSMANN

Notas Sociales

Han abierto mi balcón de par en par, pero es menester cerrar apresuradamente los cristales: llueve silenciosa, desconsoladamente... Por la calzada desierta no cruzan los autos matinales, y no se oye tampoco en el parque vecino la ruidosa algazara de los gorriones, de los niños...

La lluvia invita al ensueño, al recogimiento... Y a veces, como hoy, me sugiere ese egoísta anhelo de cerrar nuevamente los ojos a la vida que nos llama, nos impulsa, nos arrastra en ese vértigo inexorable que dilapida todas nuestras horas... Pero advierto que en la mesita ratona, al lado de la taza de te recién servida y de los periódicos del día, hay algunos paquetes sellados con lacre rojo y profusión de estampillas: ¡libros, seguramente! Y con esa curiosa expectativa del envío que nos llega — ¿quién sabe de quién ni de dónde? — rasgo esas cubiertas prometedoras de alguna impresión nueva e interesante...

Llueve silenciosa, desconsoladamente; pero el día se me antoja cálido y luminoso merced a la mágica sugestión de las páginas que saboreo intensamente, o de las que me prometen nuevas y profundas emociones... El correo de este día tan brumoso, tan opaco, atesora para mí un maravilloso caudal: entre los libros que se amontonan a mi lado los hay enviados por la mano amiga que desde muy lejos ¡al pie de la nevada cordillera! recuerda mi anhelo de conocer «Ames Dormantes», la obra de la admirable mujer que nos enseña y nos guía, asegurándonos que espera mucho de nosotras, porque nos está reservada una actuación de tal importancia en el porvenir que debemos prepararnos para ella... Al lado del célebre libro de Dora Melegari con sus páginas plenas de esas anotaciones que evocan la mano amiga, subrayando los párrafos que han de ofrecerme mayor interés, están otros destinados a la cronista desconocida y amiga a la vez, envíos anónimos, que han vagado muchos días antes de llegar a mi poder, pero que llegaron por fin a pesar de los errores de dirección... Alguno de ellos trae la cariñosa dedicatoria de su autora, cuyo nombre vela el pseudónimo; otros me fueron enviados sencillamente porque alguien comprendió que su lectura habría de ser un verdadero deleite para mi espíritu...

Y elijo inmediatamente el libro exquisito que nos revela una nueva y grande escritora que, para orgullo nuestro, es argentina... Breves líneas acompañan al elegante tomo, que encierra un verdadero breviario espiritual. Dicen los erguidos rasgos: «La autora de Mirra desconfiaba de sí misma... Para extender sus alas quiso alejarse del propio nido y fué muy lejos, rumbo del amado solar de nuestra raza... En su primer ensayo, sin vacilación alguna, hendió el espacio con el vuelo magnífico del águila... El más lírico de los poetas hispanos, Eduardo Marquina, ha querido prologar su libro, y nos dice que los versos de nuestra compatriota *gimen, palpitan, iluminan, anhelan*... que en ellos se siente la religiosa emoción de la presencia viva!»

Añade la ignorada amiga a quien debo este don inapreciable algunos datos sobre la interesante y aristocrática figura femenina cuya personalidad literaria surge hoy como una antorcha de luz y de belleza... No tuve jamás oportunidad de conocerla, pero sí, como dice Eduardo Marquina, «al leer y gozar de su obra gozamos siguiendo en ella el temblor de la mano que labra», al leerla yo ahora comprendo que el inexorable crisol de la vida nuestra ha exaltado en ella el dolor hasta labrar una obra acabada de belleza y de sentimiento... El poeta ha encerrado toda el alma en sus estrofas, y hay jambién en ellas fragmentos de nuestra propia vida...

No puedo resistir al impulso de ser más indiscreta que nunca, lectoras amigas; es tan difícil obtener el libro editado en la Villa y Corte de las Españas, libro en cuyas páginas florece y vibra ese espíritu de mujer que ha querido ser fuente sellada en su propio ambiente...

CHOPIN

Rompen la monotonía de la noche
los arpegios dolientes de un preludio,
al que, en la más amarga de sus horas,
el genio de Chopin supo dar vida,
y nuestras mudas voces interiores
despiertan, al clamor de sus hermanas...

Y parece muchas almas que lloraran,
y parece muchas otras que gozaran;
que es el alma un compuesto
de infinitas variedades
y no son notas, *pero un alma entera*
la que va por las notas sollozando!

La noche está encantada de luz!...
La luna, como novia desolada que vagara
en busca del amado, va curioseando
con mirada albina, cada rincón del parque...
Las luciérnagas, amigas de la noche
cantan en amorosa zarabanda,
salpicando de luz las pocas sombras...
¡Esta es la hora en que al azahar
y al mirto se entrelaza el suspiro...!
El poeta parece que un momento
se ha detenido a contemplar la noche;
¡noche de ensueño y remembranzas tiernas
para el poeta de las notas suaves...!

....

Indudablemente, mi correo matinal ha llenado de luz las horas grises, intensamente brumosas de este día de julio. El encanto persiste aún, porque después de «Mirra» he querido hojear el libro de paisajes que firma *Marifel*, con el título «En la Pampa»...

Como el canto de la alondra, vibran las notas que leo al azar: Primavera, Regreso... La delicada y juvenil personalidad de esta escritora que se inicia ha recibido preciados dones para el camino elegido: imaginación, gracia, firme voluntad... y como fuerza inspiradora, esa entrañable ternura de madre, deliciosamente joven, que le hace decir: «Flores del campo, de la casa, del jardín, del huerto... no os envidio... la vida las da de sangre, de carne, de cariño, con caritas como pétalos... Hay flor natural para las madres humildes, sin certámenes, ni poesía, ni tronos ni mantenedor, ni honores, ni premios... Yo traigo una, mía, mía... con unos ojos azules de cielo...» (1)

Después de escuchar el canto de la alondra, el último de los libros que se amontonan a mi lado evoca la *música melancólica de la noche y de la soledad:* «Quena» es el pseudónimo que firma el pequeño volumen cuyas páginas no he cortado aún...

LA DAMA DUENDE.

(1) Página 80.

BODAS DE ORO

Señora Matilde C. de Carpinacci y señor Angel Carpinacci, que recientemente han festejado, con una misa en la Basílica del Santísimo Sacramento, el 50.° aniversario de sus esponsales.



PARA DISTINGUIR EL TÉ BUENO

es necesario hacerlo y servirlo bien

Librito Gratis

Pida el librito que enseña como preparar bien el te, y que contiene recetas de postres y dulces, a los Introductores de Te Sol, calle Tucumán número 345.
Sólo es necesario acompañar al pedido una de estas etiquetas que llevan todos los envases del «TE SOL».



Si, por ejemplo, usted no quiere el te cargado, haga poner un poquito menos te en la tetera. Pero déjelo reposar siempre por lo menos 5 minutos para que adquiera el sabor suave y agradable del te liviano.

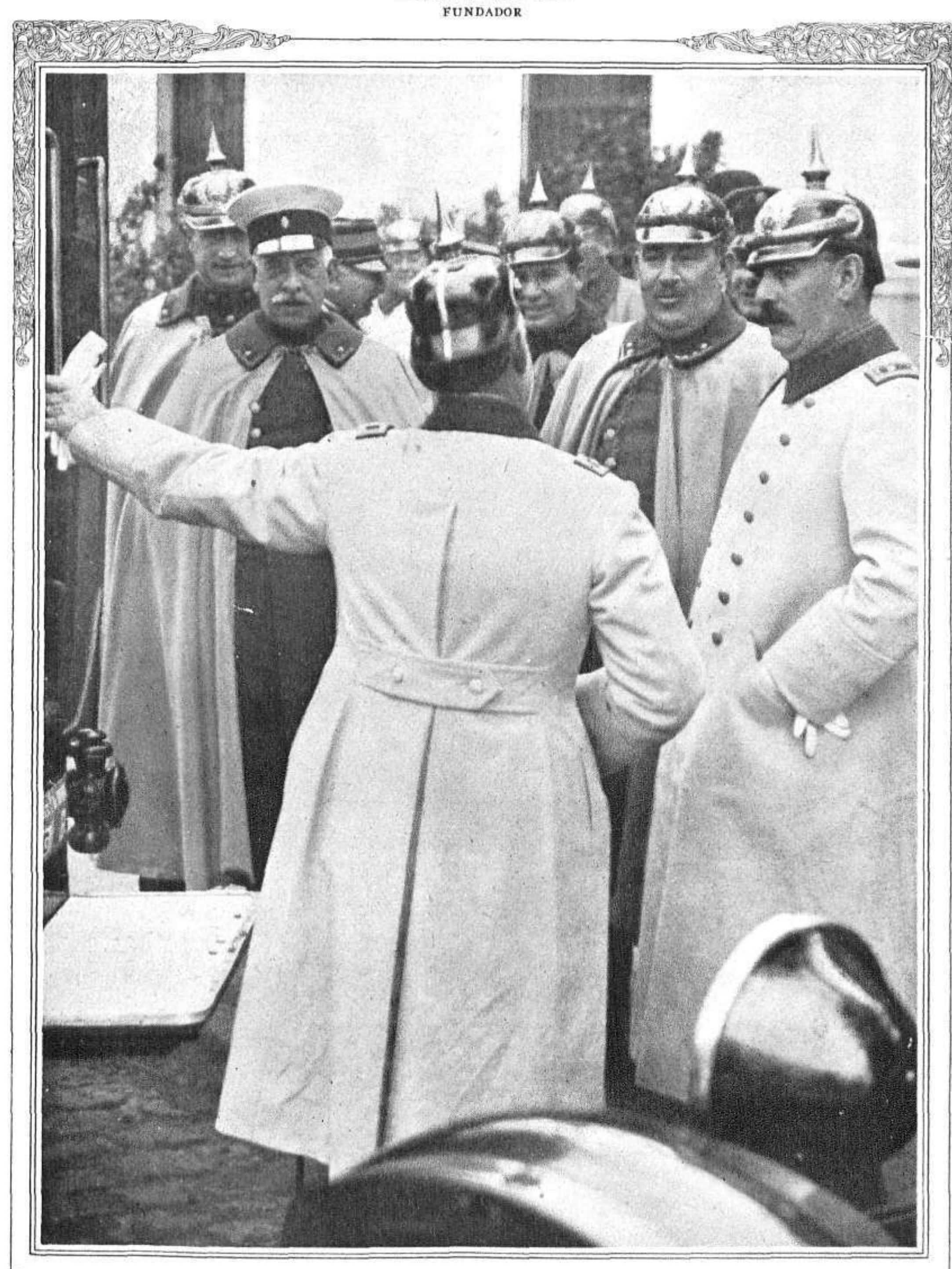
BUENOS AIRES, 28 DE JULIO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1295

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



53.º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL COLEGIO MILITAR

El ministro de Guerra, ex director de la citada institución; el general de división José F. Uriburu, inspector general del Ejército; el general Rodríguez, jefe de la segunda división; el director actual y altos jefes saliendo del edificio donde se celebró un interesante programa de ejercicios físicos y un banquete de cordial camaradería para conmemorar la grata fecha de su creación por el presidente Sarmiento.

FOTO DE ARROYO.



UNA VISIÓN DEL PUERTO DE LA CAPITAL, CUYO ABARROTAMIENTO ES UNA CONFIRMACIÓN DEL OPTIMISMO EXPRESADO POR EL ACTIVO Y COMPETENTE ADMINISTRADOR.

LA MÁS RECIENTE FOTOGRAFÍA DEL SEÑOR D. REMIGIO LUPO.

CARAS Y CARETAS *en la* ADUANA

CON *el* ADMINISTRADOR GENERAL *Don*

Remigio Lupo

La Dirección de CARAS Y CARETAS, en su deseo de seguir compulsando cada día con más esmero la gama de los grandes valores argentinos, indícanos hoy visitar a uno de los hombres públicos a quien se le ha confiado uno de los cargos de mayor responsabilidad.

Puede afirmarse que la Aduana de la capital no ha tenido un administrador más patrióticamente posesionado de sus deberes ni mejor inspirado en el bien público que el señor Remigio Lupo. Así lo hemos comprobado al acercarnos a este alto funcionario nacional y escuchar de sus labios seguros una instructiva disertación sobre los problemas que debe resolver de continuo la mente directora de ese centro administrativo, manantial que surte las arcas de la república.

Ante todo hablamos con el señor Lupo de la renta aduanera percibida desde el 1.º de enero hasta el 31 de mayo del año en curso, ascendente a $ 137.772.832,22, suma que comparada con los $ 98.720.625,64 ingresados durante el mismo lapso del año pasado, indica un aumento de $ 40.000.000...

— Este aumento prueba — nos dice el señor Lupo — que la capacidad adquisitiva del país es mayor. Estudiado con detenimiento el fenómeno, se llega a la conclusión de que el pueblo argentino mejora aun sus condiciones de vida, multiplicando sus comodidades. No se trata de medidas comercia-

Administrador de la Aduana de la Capital

Para Caras y Caretas

El movimiento actual de la Aduana permite comprobar que la crisis de que se habla es parcial, sin que afecte fundamentalmente la economía del país.

La capacidad adquisitiva de la nación nunca ha sido más fuerte, según lo demuestran las cifras con su elocuencia indiscutible.

Buenos Aires, julio de 1923.

Amigio Luff

LOS FRUTOS DE LA TIERRA, BASE DE LA RIQUEZA NACIONAL, COLMAN LAS BODEGAS DE LOS TRASATLÁNTICOS COMO UN SIGNO AUGURAL DE BIENESTAR.

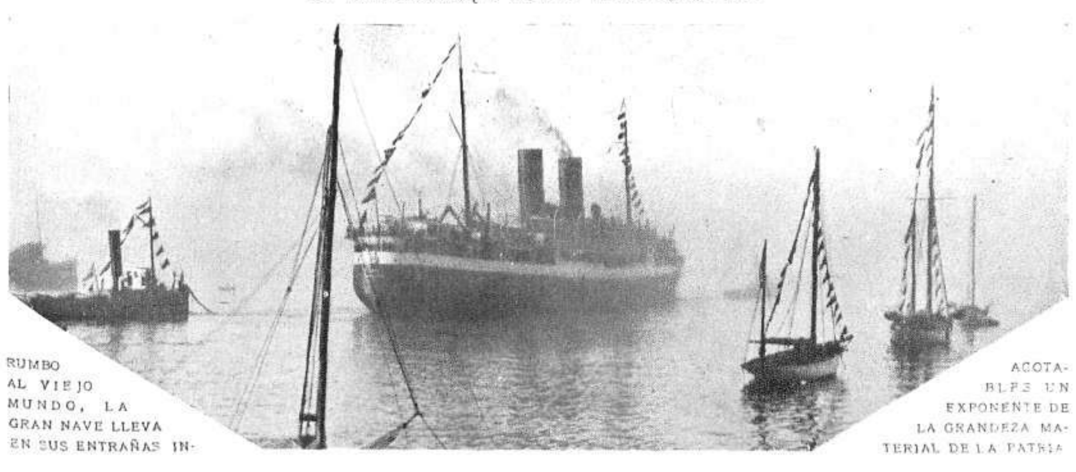
les previsoras que intensifiquen artificialmente la importación en vísperas del aumento de tarifas, pues no se producen acumulaciones anormales. Las entradas y salidas de mercaderías siguen efectuándose ordinariamente.

En cuanto a reformas de perfeccionamiento en la organización de los servicios aduaneros, es preocupación constante del activo administrador la de resolver sin demora cuantos asuntos obstaculicen el complicado mecanismo de este ramo de la economía nacional. Desde luego, algunos de esos inconvenientes son irresolvibles de inmediato, puesto que la legislación llamada a poner los servicios aduaneros de acuerdo con las necesidades de la época, deben sancionarse en las cámaras representativas. Las ordenanzas en vigor datan de 1876... Y es preciso, en consecuencia, que el administrador realice milagros para llenar vacíos y subsanar errores.

El aumento de la tarifa de avalúos, por ejemplo, llevado hábilísimamente a cabo por el actual administrador, es una laguna que se llena beneficiando considerablemente al Tesoro nacional sin lesionar los justos intereses del comercio.

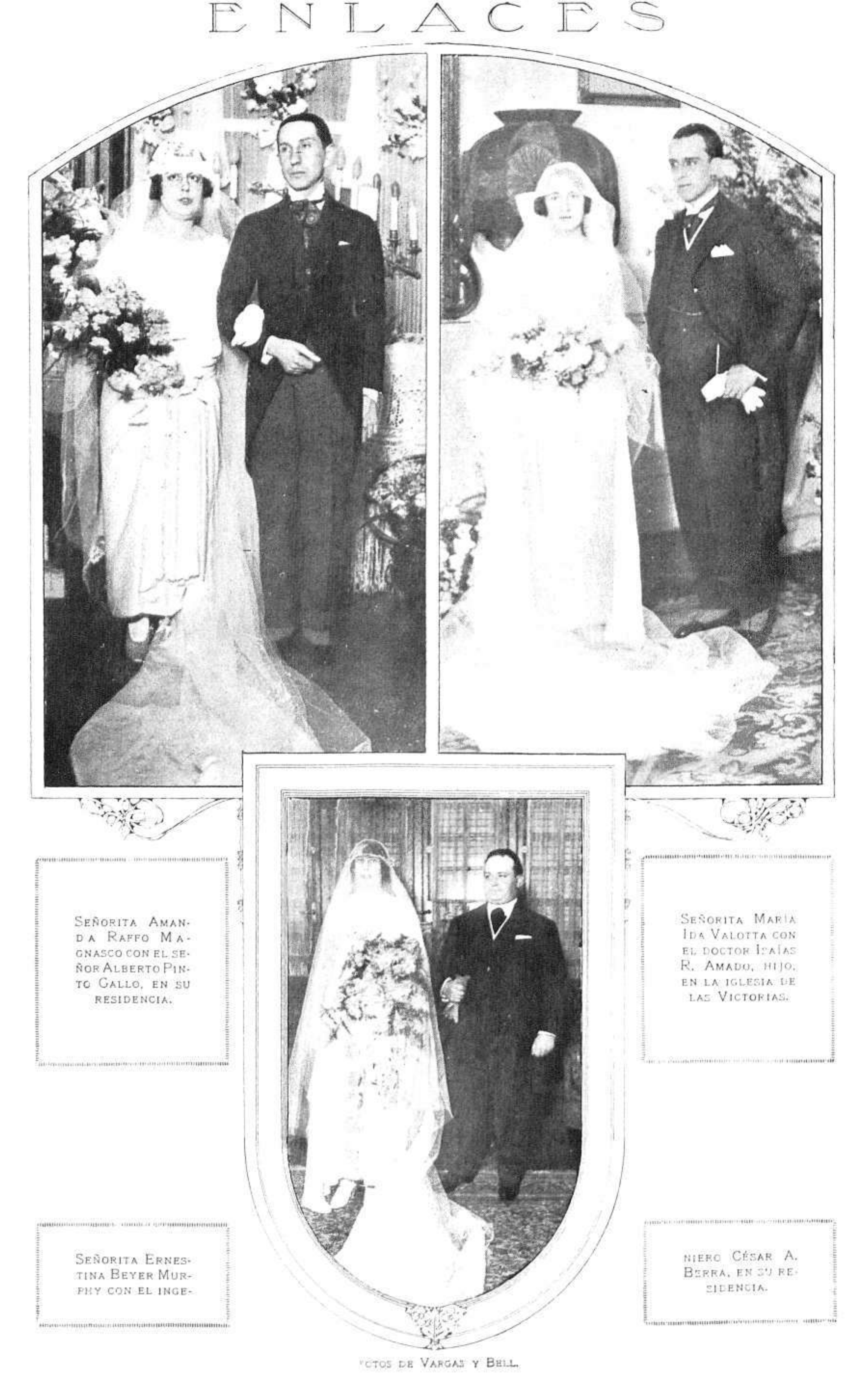
Al despedirnos de este hombre de estudio y de acción, por cuyas manos pasa la riqueza del país, tenemos la sensación neta del bienestar de nuestro laborioso pueblo.

E. CARRASQUILLA-MALLARINO



RUMBO AL VIEJO MUNDO, LA GRAN NAVE LLEVA EN SUS ENTRAÑAS INACOTABLES UN EXPONENTE DE LA GRANDEZA MATERIAL DE LA PATRIA

ENLACES



Señorita Amanda Raffo Magnasco con el señor Alberto Pinto Gallo, en su residencia.

Señorita María Ida Valotta con el doctor Isaías R. Amado, hijo, en la iglesia de las Victorias.

Señorita Ernestina Beyer Murphy con el ingeniero César A. Berra, en su residencia.

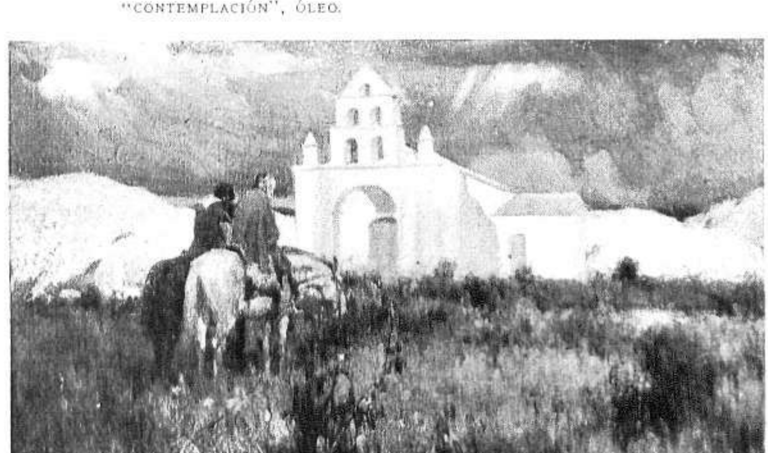
Fotos de Vargas y Bell.

"CONTEMPLACIÓN", ÓLEO.



JUAN PELÁEZ.

Recientemente se inauguró, en el salón Witcomb, la notable exposición que de sus cuadros sobre interesantes temas nacionales hace el conocido artista, mereciendo de público y crítica, como otras veces, una franca y unánime acogida.



"SOL DE TORMENTA", ÓLEO.

DE BRASIL

El ministerio en pleno y miembros del senado rodeando al doctor Jaime Darcy, a quien le fué ofrecido un banquete con motivo de su regreso a Río.

EL EMBAJADOR ESPAÑOL, MARQUÉS DE AMPOSTA, VISITANDO LOS SALONES DE LA CASA DE ESPAÑA ACOMPAÑADO POR LOS MINISTROS DOCTORES TOLEDO Y GUTIÉRREZ Y POR OTRAS CARACTERIZADAS PERSONALIDADES DE LA COLECTIVIDAD.

NOTAS GRAFICAS DE LA

LA EFEMERIDES PATRIA Y ARISTOCRATI GARON A LA CULTA SOCIEDAD EN LA CASA



GRUPO DE SEÑORITAS Y CABALLEROS QUE CONCURRIERON AL BAILE EXTRAORDINARIO CELEBRADO EN EL SALÓN BLANCO DE LA CASA DE GOBIERNO EN OCASIÓN DE LAS FIESTAS JULIAS.



ASPECTO DEL SALÓN DEL SAVOY HOTEL DONDE TUVO LUGAR UN TE DANZANTE ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA CON FINES CARITATIVOS Y COMO FINAL DE LA SERIE.



CUADRO DE «LOS ABANICOS», CREACIÓN PLÁSTICA DE LA SEÑORITA BLANQUITA VALDÉS, QUE FUÉ EXHIBIDO EN EL CONCIERTO DE GALA DEL TEATRO ODEÓN PARA CONMEMORAR EL ANIVERSARIO PATRIO, SIENDO INTEGRADO POR LAS SEÑORITAS

VIDA SOCIAL TUCUMANA

CAS FIESTAS DE BENEFICENCIA CONGRE- DE GOBIERNO Y PRINCIPALES SALONES.

DISTINGUIDAS FAMILIAS QUE DIERON LUCIMIENTO AL ANIMADO BAILE REALIZADO EN EL SALÓN ROJO DEL CASINO PARA CELEBRAR LA FIESTA PATRIA DEL 9 DE JULIO, NOTA SOCIAL QUE ALCANZÓ BRILLANTES PROPORCIONES.



LA NUMEROSA CONCURRENCIA QUE LLENABA EL SALÓN DEL TEATRO DURANTE LA FUNCIÓN DE GALA QUE CONSTITUYÓ UNO DE LOS NÚMEROS DE LOS FESTIVALES CÍVICOS.



SUSANA PADILLA, ELENA Y JULIETA COSSIO, MARÍA ELISA PEÑA, JULIETA LÓPEZ, CHECHÉ VALDÉS, MONONA ORTIZ, DORA GUASCH, YOLANDA J. FREIRE, S. POVIÑA, S. TORINO Y NIÑITAS CORITA GOROZABEL, LOLITA TERÁN Y MECHITA CAMPERO.



GRUPO DE CONOCIDAS PERSONAS QUE TOMARON PARTE EN EL TE DANZANTE DEL SAVOY HOTEL, CUYOS RENDIMIENTOS SE DESTINARON AL HOSPITAL SANTILLÁN.



Elementos civiles y militares que concurrieron al banquete celebrado en el Jockey Club en honor del comandante del 11.° de infantería, teniente coronel Giordano.



Familias de Díaz Guerra, Recagno, Rouillón y Vieira y conocidos señores en la reunión verificada despues del tedéum, en el Palacio Municipal.



El marqués de Amposta rodeado de distinguidas damas y de destacados miembros del Jockey Club, institución que dió en su honor un lucido banquete en que, una vez más, se exteriorizaron los estrechos vínculos de confraternidad existentes entre la sociedad argentina y la colectividad española.



El embajador de España en compañía de los caracterizados compatriotas que le obsequiaron con una gran recepción en el Club Español, y cuya jira por algunas provincias ha constituído una continuada manifestación de simpatía.



El diputado señor Pablo Saravia, presidente de la junta reorganizadora de la Unificación radical, con los demás miembros del comité santafesino, quien llegó a esta ciudad para presidir la segunda reunión del partido.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DON LEOPOLDO LUGONES

POR SIRIO

El público extraordinariamente numeroso que ha acudido a oír las conferencias de Leopoldo Lugones, y que con tanto entusiasmo las ha aplaudido, ha demostrado con ello que la actitud de nuestro gran poeta corresponde a sus pensares más íntimos. Con valiente franqueza, el autor de «La Torre de Casandra» ha señalado la existencia de males de aquellos que, si dejados en libertad de libre desarrollo, pueden minar aun las más fuertes organizaciones sociales, con mayor razón la nuestra, que se halla en proceso de formación. Se ha dicho que los poetas son videntes, para quienes el porvenir no puede guardar absolutamente sus secretos; Lugones ha comunicado a sus compatriotas, en sus conferencias, las dolorosas sorpresas que el porvenir nos reserva si no se curan con tiempo y radicalmente los males de cuya existencia nadie duda, pero que nadie se había atrevido a señalar con tan patriótica audacia.

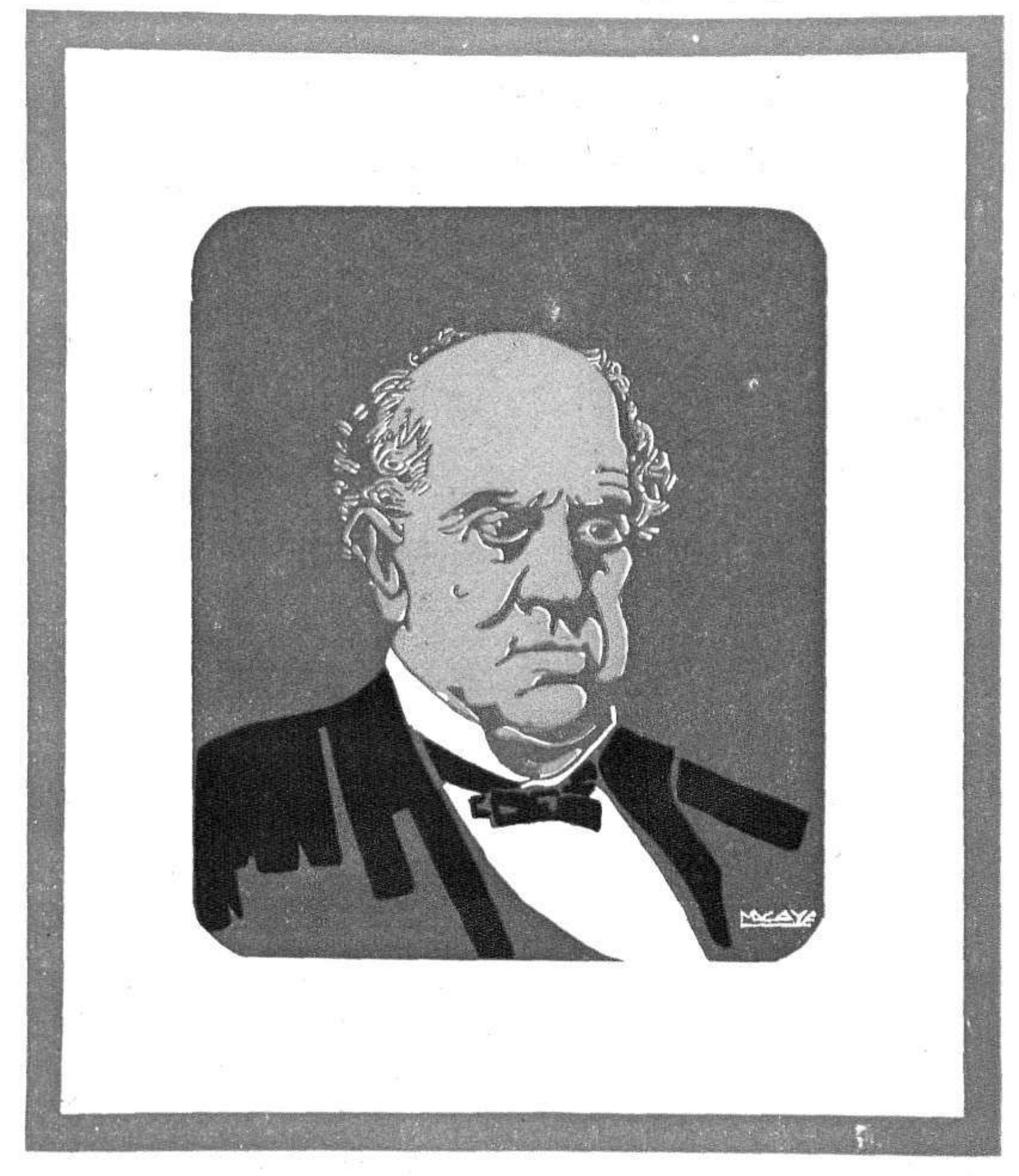


Saco de piel de topo, uno de los modelos más atractivos.

"Manteau" de seda cruda con aplicaciones de piel de mono.

Últimas Novedades de la Moda

Elegante saco de piel de armiño con cuello de marta.



HOMBRES CÉLEBRES

SARMIENTO

MESES antes de cumplirse y celebrarse el primer aniversario de la Revolución de Mayo (el día 15 de febrero de 1811), nació en San Juan uno de los argentinos que han logrado por su talento y por sus virtudes patricias ser célebre en el mundo. Descendía de una familia ilustre, pero la pobreza de sus padres le impidió conseguir fácilmente todo cuanto ambicionaba aquel muchachito. No quería dominar a la gente para explotarla halagando los bajos sentimientos de la ignorancia. En aquellas épocas todos los hombres audaces lograban distinguirse entre muchos y dirigir a las multitudes haciéndolas esclavas del capricho. Ya tú me entiendes, pequeño patriota, cuando yo te digo que en la historia argentina, como en todas las historias, figuran personajes que nada hubieran figurado si la cultura general hubiese sido mayor.

Sarmiento desde niño comprendió que la Argentina necesitaba la valiosa ayuda de los maes-

tros. El mismo era un maestro, como lo demostró a la edad de quince años al fundar una pequeña escuela en la que enseñaba a leer a varios chiquilines.

El arte de ser maestro no se aprende en los libros. Ya puede estudiar todo lo que quiera un hombre; ya pueden los tribunales de examen darle el título para enseñar. Si el que estudia la profesión del magisterio no tiene dentro de su corazón el amor hacia la enseñanza todos los títulos y estudios resultan insuficientes.

Sarmiento comenzó por enseñarse a sí mismo. Nada sabía, pero todo lo quiso aprender. Es seguro que los niños criados en las ciudades donde no hay maestros viven una vida salvaje, sin que sus parientes ni ellos mismos comprendan las ventajas de la ilustración. Sarmiento desde pequeñito comprendió que el hombre necesita cultivar sus facultades intelectuales, que sin instrucción está bajo las órdenes de los hombres astutos. Por eso aprendía sin descanso, leyendo todos los libros que pudo lograr.

Ahora es facilísimo estudiar. El gobierno te ofrece, lectorcito, escuelas donde hay maestros sabios y voluntarios que te instruyen. Entonces no. La enseñanza primaria hallábase muy descuidada. Muchos de los mismos hombres que cooperaron en la obra de la Independencia tenían aún ideas atrasadas, creyendo que los pueblos para ser manejados con toda facilidad no debían ilustrarse. Añade a esto que el territorio argentino es tan enorme que resultaba imposible llevar a todas partes el beneficio de la escuela.

Sarmiento se educó a sí mismo y se educó, ahí está su grandeza, para los demás. Por lo general el hombre que consigue una instrucción más o menos grande la aprovecha para sí mismo. Más aún, en esa ilustración funda su dominio sobre las personas ignorantes que lo rodean. Sarmiento no era egoísta. Quería que todos sus compatriotas supiesen tanto como él.

Por lo que habrás observado, yo no te cuento detalladamente la vida de este prócer de la escuela. Tus maestros ya te habrán relatado la hermosa biografía del gran hombre. Yo quiero alabar con palabras que tú entiendas la obra de ese maestro de los maestros argentinos.

Para conseguir sus propósitos necesitaba ser presidente y lo fué. Antes la ignorancia y la maldad de los hombres que querían tener al pueblo sumergido en la ignorancia y en la maldad persiguieron a Sarmiento. Tuvo que emigrar a Chile, país hermano donde fundó escuelas. En Chile se le reconoce como uno de los primeros propagandistas de la cultura.

Sin los trabajos de Sarmiento la escuela argentina no tendría ahora el buen lugar que ocupa. Viajó mucho por América y Europa estudiando los métodos de enseñanza. Escribió muchísimo, obras grandes y pequeñas, desde un silabario hasta libros que admiran los más grandes escritores del mundo. «Facundo», «Recuerdos de provincia» y otros son volúmenes que tú debes leer en cuanto te halles en condiciones de entenderlos.

Poco a poco, luchando con terribles obstáculos, fué Sarmiento dando a su país los beneficios de la escuela.

Lo sabía todo: idiomas, literatura, ciencias. Soñaba para su patria un porvenir magnífico. Durante su presidencia hizo cosas admirables.

Era un hombre de mal genio, autoritario, pero buenísimo en el fondo. Respétalo y quiérelo con toda tu alma. Estúdialo en sus libros y en su obra, porque merece que todos los argentinos vean en él al padre de las escuelas. Murió el 11 de septiembre de 1888. Tuvo enemigos políticos, pero ahora nadie se atrevería a llamarse su enemigo.

No solamente dedicó toda su energía al progreso de la enseñanza. Cuando fué ministro dió gran impulso a la agricultura, realizando obras de importancia. Al hablarte de Franklin te dije que se parecía a Sarmiento. También como el ilustre norteamericano, don Domingo tuvo que vestir el uniforme y empuñar la espada. Era hombre valiente aunque prefirió el valor cívico a la bravura militar.

Estuvo veinte años desterrado y fué uno de los que contribuyeron más principalmente a la caída del tirano Rosas.

Durante sus viajes por Europa, Africa y América conoció a los más célebres hombres de su tiempo. Tenía devoción por Lincoln, Horacio Mann y otros grandes personajes.

Su presidencia puede considerarse de enorme importancia para la cultura nacional. El creó escuelas en toda la república, elevando la dignidad del maestro. Como presidente del Consejo Nacional de Educación puso las bases de la obra que sus sucesores han realizado.

Era incansable y sabía hacerse obedecer. Sus escritos se distinguen por la claridad y la sencillez.

Amaba la verdad apasionadamente y se la decía a cualquiera sin temor ninguno. Por eso era temible como periodista, en aquellos tiempos en que hubo tan famosos periodistas argentinos. Sarmiento es célebre en el extranjero. Todos los que estudian la historia y la cultura argentina coinciden en alabar al gran educador, cuya figura se agranda con el tiempo.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

Un hallazgo de Arístides Pujol, aventurero y optimista

Llegó el tiempo en que Arístides Pujol, realizando uno de los frecuentes anhelos de su existencia errabunda y pintoresca, poseyó, para él solo y a su completo arbitrio, un automóvil con el cual recorrer los caminos del mediodía de Francia.

Era un automóvil, hay que confesarlo. Tenía dos asientos, tenía volante, tenía una apariencia de carrocería y hasta tenía ruedas.

Alguien, con más espíritu de burla que de lástima, lo llamaría armatoste, trasto viejo, carreta disfrazada, etc. Pero ¿quién hace caso de malignas murmuraciones?

El prójimo — ya es sabido — ve la paja en el ojo ajeno y no advierte la viga en el propio.

Por dentro — nos referimos al automóvil, — nadie, ni el mismo propietario, sabía cómo funcionaba aquello.

Sin embargo, si fuéramos a juzgar por las trepidaciones, exudaciones, ruidos, estallidos y sacudidas que atacaban a la máquina en los instantes de arrancar y de detenerse, cualquiera la juzgaría de una potencialidad de cien H. P. y de una resistencia de mil diablos.

Bueno; lo cierto es que «aquello» se movía, caminando por las carreteras y llevando encima a Arístides Pujol, el cual, por convenio especial — sección propaganda — con la Maison Hieropath, de Marsella, era usufructuario del mismo con la expresa condición de que anunciara en sus andanzas un callicida famoso de la casa, que llevaba a comisión, pagando él los gastos de combustible y los desperfectos que se ocasionaren.

¡Los desperfectos! Era una ironía, un pleonasmo muy francés hablar de desperfectos ante aquel «cadáver» mecánico que era movido nunca se supo por qué ocultos poderes antidinámicos.

Empero, Arístides Pujol, meridional y poeta, aceptó sonriendo las condiciones de aquellos industriales.

Está bien; el anuncio de la casa lucirá su artístico dibujo y sus letreros llamativos en la caja del carruaje.

El grito de guerra era: «¡Guerra a los callos! Probad y os convenceréis de los maravillosos efectos del específico Raboux, que en veinticuatro horas extirpa callos, juanetes y otras «concreciones» dérmicas, epidérmicas y óseas»...

Y, después de todo, ¿no significaba algo detenerse ante las fondas de los pueblos con su aparato, cuyas ruidosas trepidaciones atraían a un grupo de curiosos, y sonreír con superior amabilidad a la patrona mientras, con gentil desenvoltura, se quitaba los guantes de piel de zorro y se sacudía su peluda capotilla que hacía juego con su gorro puntiagudo en forma de casco... y luego apearse y sacudir sus pantorrillas con fuertes pisadas?

— ¡Ah! ¡La vida es varia, Dios de Dios! De sus múltiples aventuras por el mundo, las últimas que él recordaba con fruición habíanse desarrollado en Londres, donde había desempeñado el cargo de profesor de francés en un colegio de señoritas.

Algunas veces se preguntaba, con aire perplejo, rascándose la puntiaguda y rizosa barba negra que orlaba su rostro aceitunado: «¿He ascendido o he descendido en mi carrera social?»

Desde un estricto punto de vista kilometral era indudable que avanzaba, y claro se advertía su progreso, porque, como quiera que fuese, el automóvil se ha fabricado para rodar; y cuando, además, se poseen condiciones oratorias para pregonar y vender un callicida maravilloso por las plazas y mercados públicos hasta lograr un auditorio que envidiarían muchos diputados, la ventaja de su nueva profesión no admitía dudas.

Sin embargo, Arístides Pujol añoraba determinadas circunstancias de su profesorado, y más de una vez, al evocar aquellos recuerdos, suspiraba con melancolía. Hay que suponer, sea dicho sin desdoro para su dignidad, que alguna *Miss* pudo introducirse en el santuario de sus afectos. Intimidades que no nos importan ahora, seamos discretos.

Una mañana de marzo, en que las nubes, deshaciéndose, se liquidaban abundantes, nuestro héroe, montado en su máquina, se dirigía de Arles a Salón, allá por la Provenza.

Su peludo capotín y su casquete protegíanle del chubasco; su perenne buen humor no se alteraba tan fácilmente aunque cayeran capuchinos de bronce, y otras dificultades mucho más gordas atravesara con la sonrisa en los labios. Bien es cierto que ahora conducía un automóvil remolón cuyas ruedas se atascaban en los baches con bamboleos de cincuenta grados; también es cierto que el carburador o lo que fuera resoplaba como un cetáceo herido por el harpón; pero, y su habilidad, su ingenio y su sangre fría ¿no significaban nada en tales aprietos?

Las manipulaciones que verificó para que aquella enorme «caja de sardinas con ruedas» arrollara obstáculos a razón de diez kilómetros por hora, fué uno de tantos esfuerzos que se esconden al aplauso y a la repetición por realizarse en despoblado y en circunstancias excepcionales.

Arístides trasladábase a la velocidad indicada — diez kilómetros por hora — y el paisaje, pardo y desolado, iba quedando a sus espaldas en remojo.

De repente, divisó, a pocos metros de distancia, un bulto negro en medio del camino, algo que se parecía a un cajón roto y a un lío de ropa.

Maniobró rápido. Jamás cochero alguno desplazó tanta pericia para detener un tronco desbocado y rebelde a la brida, y nos valemos de este símil porque, acaso siendo de superior calidad las partes de la maquinaria, resultaba que no formaban un todo en funciones correlativas; queremos decir — y lo sentimos mucho puesto que no nos gusta atribuir defectos a nadie — que reinaba una especie de anarquía interior entre el volante, la palanqueta, el carburador, los cilindros, el pistón y

demás tubos, tornillos, piezas y émbolos dinámicos, pretendiendo cada uno funcionar por propia cuenta. Si tuviéramos la intención de hacer una frase, diríamos que en las entrañas del automóvil de Arístides Pujol se celebraba, siempre que se ponía en marcha, una sesión parlamentaria en pleno período electoral.

Su trabajillo le costó meter en jaque a las rebeldes piezas discordantes, mas, al fin, sus manos y acaso — ¿por qué no? — sus exclamaciones lograron que el aparato se detuviera no sin furiosas protestas lanzadas entre nauseabundas y espesas humaredas.

Inmóvil ya el carro, Arístides, de un salto ligero, bajó del asiento y se fué derecho al bulto.

Era una canasta desvencijada — una parte de canasta — cubierta por un trozo de manta vieja y mojada, bajo la cual — ¡por san Honorato! — algo bullía produciendo un sordo rumor.

Las manos de Arístides se apresuraron a descubrir el bulto, y ante sus ojos admirados apareció un rollito movible y pálido. ¡Un bebé!

— *¡Nom de Dieu!* — gritó. — *¡Nom de Dieu de nom de Dieu!*

Fué bastante decir; no a todas horas se tropieza cualquiera con semejantes hallazgos.

Sacó al niño de su humilde y grotesca cuna; lo aupó hasta su cuello para contemplarlo a su sabor, y por algunos instantes, sin proferir una palabra — evidente señal de su emoción — lo meció contra su pecho experimentado una singular sorpresa.

No ignoraba que los cielos, según la Historia, solían enviarnos, en forma de lluvias, maná, sangre, ranas, peces y hasta aerolitos; pero de que «llovieran» bebés no había precedente. Y no habiendo caído de lo alto, ¿quiénes tan bajos pudieron desprenderse de tan inocente criatura?

— ¡Ah! Existen seres que ni el diablo cargaría con ellos si no fuera por la voluntad de Dios — pensó nuestro hombre.

A todo esto, el bebé abría mucho sus redondos y azules ojillos, mirando con manifiesta curiosidad a su barbuda nodriza; sus bracitos se agitaron luego y los amorcillados deditos se pusieron a escarbar en la corbata de Arístides con insistentes manoteos.

Apenas contaría un año.

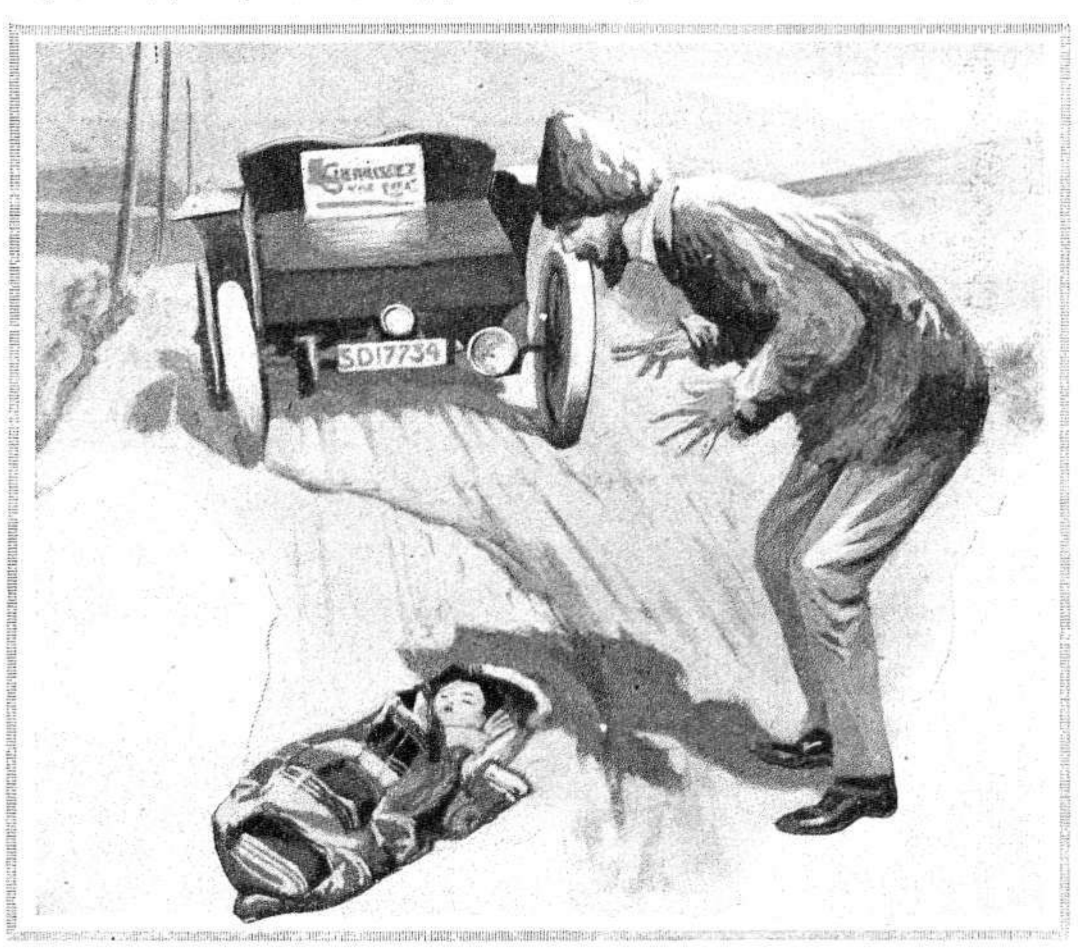
En seguida abrió la boca y se puso a chillar, enseñando dos puntitos blancos en la encía inferior.

— *¡Mon pauvre petit!* Tienes hambre, ya lo veo — dijo el improvisado padre llevándolo hacia el automóvil. — ¡Quién sabe cuánto tiempo hace que no chupas alimentos! ¡La de malas! Yo sólo tengo algunas galletas, no para tus dientes, amigo mío, y vino tinto, y los paquetes de callicidas y algunos litros de nafta. Habrá que esperar, *mon chéri*, hasta que lleguemos a Salón, donde te prometo un banquetazo de migas y leche.

Para acallar sus chillidos, Arístides hizo de perfecta niñera, zarandeando al bebé hasta que logró adormecerlo.

— ¡Admirable! Mientras se duerme, el estómago calla. Avancemos, pues.

Depositó su preciosa carga en uno de los asientos y de nuevo maniobró con la habilidad de costumbre a una velocidad «media» para que el nuevo pasajero no se molestase... cinco kilómetros por hora.



AQUEL LÍO DE ROPA EN MEDIO DEL CAMINO ERA UN BEBÉ ABANDONADO.

No había recorrido quinientos metros cuando la máquina, dando un extraño bufido de alarma, paró en seco.

Arístides se bajó para registrar el depósito de nafta. Ni una gota.

Irremediable contrariedad. Habría que esperar a que cruzara por el solitario camino otro automóvil y, entre tanto, se prolongaba el desayuno del bebé.

Lo tomó en sus brazos, y contempló sus ropitas sucias y húmedas, e, inmediatamente, con esa repentina inspiración que era la gala de su temperamento, procedió a quitarle los trapos sucios y a vestirlo con un pijama suyo, haciéndole previamente unos boquetes para enfundar su cuerpecito de un modo confortable. El niño, dándose cuenta del agradable cambio al sentir el contacto de la seca prenda, ronroneó satisfecho, aunque sus ojitos ansiosos y sus bracecitos inquietos algo reclamaban con instintiva pertinacia.

Arístides Pujol, en aquellas fechas, parecía un nuevo Robinsón Crusoe en carácter de nodriza seca.

—Esta aventura, amigo Arístides — se decía a sí mismo el circunstancial papá — puede terminar en cuanto lleguemos a Salón. Con entregarte en el torno del hospicio, habremos concluído. Pero antes que yo te suelte, *mon petit*, será preciso que caigan mil bombas o que...

Calló. No quiso distraerse con ideas pesimistas. Adelante, mientras la salud y el humor lo permitieran. «Veinticinco francos al mes — calculaba — no me faltarán para que una de mis buenas amigas de cualquier fonda te cuide con esmero.»

El crío mirábalo sonriendo divinamente, distrayendo su hambre con el parloteo que escuchaba sin entender. Era un delicioso nene sanito como una manzana.

—¡Pobrecito huérfano! — seguía monologando Arístides: — ¡buen porvenir si te metiera en el hospicio! No y mil veces no. Desde ahora eres mi hijo. ¿Te conviene, diablillo?

Una bocina clamó sus estridencias; por la curva lejana avanzaba un automóvil. El callista colocó el bebé en su sitio y alzó los brazos en la dirección del vehículo, lo que significa una señal convenida para prestarse ayuda los automovilistas en trances difíciles.

El vehículo vino derecho; dos hombres envueltos en abrigos de pieles, con anteojos cerrados y gorros hundidos hasta las orejas, se acercaron. El que llevaba el volante se apeó y preguntó, cortésmente:

—¿En qué podemos servirle, caballero?

En aquel momento el crío rompió a chillar en tono agudo.

Arístides le echó una mirada envolvente, luego otra al embutido automovilista.

—Caballero — dijo: — Supongo que no es muy corriente la pregunta, pero... ¿tiene usted alguna botella con leche o algún biberón?

—¿Se está usted burlando? — contestó furioso el del abrigo de pieles. — ¿Nos hace usted detener para molestarnos?

Arístides alzó un brazo con ademán de protesta, mirando a su interlocutor con ojos suplicantes.

—Perdone usted, caballero, disculpe... Solamente necesitaba un poco de nafta. Dispense los sentimientos de un padre. El bebé necesita leche, yo necesito petróleo, y no sé cuál de ambas cosas me es más imperativa.

Es regla establecida que el combustible no puede negarse en tales casos; así fué que el otro pasajero, silenciosamente, extrajo del tanque cierta cantidad de nafta y se la entregó, excusándose de no poder proveerlo del segundo líquido.

Al contemplar a la criatura mientras Arístides vaciaba la nafta en el depósito, el desconocido, meneando la cabeza, sonrió.

—Le hace a usted gracia el cuadro, ¿no?

—*¡Parbleu!* — exclamó el automovilista. — No es para menos. Su automóvil lleva atrás un anuncio para curar los callos y en el asiento de adelante una criatura.

—Eso — replicó Arístides — es bien fácil de comprender. Yo soy el agente comisionista de la Maison Hieropath, de Marsella, y el bebé, del cual soy padre, hace su viaje desde el lecho de su madre difunta a la casa de una tía inválida. Además, me sirve de anuncio porque yo puedo exhibir sus piececitos como prueba de la eficacia de mi callicida.

Los dos automovilistas se rieron de la salida y, montando en su máquina, se alejaron.

El bebé, cansado, sin duda, de su lloro inútil, cesó de chillar y se dedicó a chuparse el dedito.

Arrancó nuevamente el automóvil a marcha forzada.

—*Mon petit Jean* — comenzó a decir Arístides, con el mejor humor del mundo, haciéndole una caricia, — porque supongo que te llamarás Juan. Primero me harán trizas antes que yo te abandone a la Administración; no irás al hospicio, te lo juro. Te adoptaré yo, y asunto concluído.

Por fin llegaron a un pueblo frente a cuya única fonda-hotel se detuvo el automóvil. Arístides sacó el rorro ante la curiosidad de los transeúntes y, con graciosa actitud, lo depositó en los brazos de la patrona, que salió a recibirle.

—Señora — saludó, — éste es mi hijo. Lo he tomado de su madre, que ha muerto, para una tía, que está inválida. Tiene mucha hambre y yo le suplico que desde luego lo atienda.

La patrona, con ese gesto maternal propio de todas las mujeres, recibió al bebé instintivamente y penetró con él en una de las habitaciones.

Arístides la siguió.

—¡Santo Dios! — exclamó la buena mujer al ver la extraña envoltura. — En mi vida he visto crío alguno en semejantes fachas.

—¡Ah! — sonrió el callista. — Tuve que mudarle como Dios me dió a entender. El equipaje de mi hijo se ha perdido. Por otra parte, valía muy poco. En fin, yo no soy más que un hombre, señora.

—Evidentemente — replicó la mujer con cierto retintín.

Sonrióse modestamente el aludido y sacó de su bolsa de cuero un reluciente luis.

—Si usted quisiera molestarse en comprarle al bebé las ropitas que necesita, mientras yo cumplo mis obligaciones comerciales como agente de la casa que represento, se lo agradeceré en el alma.

La mujer tomó la moneda con significativa condescendencia.

—Pero, vamos a ver: todavía no me ha dicho usted quién ha vestido así a esta criatura — inquirió ella con cómica indignación.

El favorecido por el hallazgo hizo entonces un detallado y artístico relato, improvisándolo con notable facilidad.

—*¡Mon Dieu!* — exclamó la hostelera. — ¡Y pensar que hay cristianos capaces de vestir así a un bebé!

Luego se retiró con el niño para desempeñar su cometido de madre cariñosa aunque circunstancial.

Nuestro héroe respiró satisfecho. Ahora podría trabajar con desembarazo.

Almorzó bien y, en seguida, en el centro de la plaza Mayor, al lado de una mesa, oyéronse sus gallardías oratorias.

A la vista estaba, pintado sobre una especie de estandarte izado a modo de bandera desplegada, un pie salpicado de callosidades y juanetes, que él iba señalando con una varita a la curiosidad del creciente auditorio. Una serie de cajitas abiertas mostraban sendos «específicos» a la venta (cuenta aparte de la Maison Hieropath, de Marsella) tales como obleas, píldoras, ampolletas, limas, emplastos: y en tanto que con una mano, listo como un lince, despachaba los pedidos y cobraba con la rapidez de un prestidigitador, con la otra, blandiendo la vara con la energía y la solemnidad que su elocuencia demandaba, ponía de manifiesto las virtudes de su callicida.



— DESDE QUE EL MUNDO EXISTE NO HUBO CRIATURA MÁS EXTRAFALARIAMENTE VESTIDA — EXCLAMÓ LA BUENA MUJER.

Transcurridas dos horas durante las cuales su lengua incansable cosquilleó en los oídos — es una metáfora — de la concurrencia, el bolsillo de su pantalón hallábase mediado por monedas de plata y cobre.

Ya era hora. Con su mirada de psicólogo vocinglero advirtió en seguida que los curiosos disminuían, yéndose, sin duda, a sus quehaceres; y entonces, dando por terminada la sesión con un vivo repiqueteo de su campanilla, levantó el modesto tinglado y se fué a visitar sus clientes como representante de la Maison Hieropath, de Marsella.

Era de noche ya cuando un tanto fatigado pero satisfecho, regresó a la fonda en busca del merecido descanso.

La patrona, toda desleída en sonrisas, mostróle al pequeño Juanito transfigurado, pulcro, elegante y harto, enseñando, encantador y boquiabierto, los dos puntitos blancos de sus dientes inferiores.

La buena mujer invitó a Arístides para que, en la otra pieza, revisara el *trousseau* del nene. Un montoncito de ropa desconocida para el hombre. Con tales prendas estaba el bebé listo para un año, le aseguró ella, reclamándole, con apuntes a la vista, casi otro luis para completar el gasto de las compras.

Pagó Arístides, considerando, para sus adentros, lo caro que cuesta ser padre. Pero todo muy bien empleado. ¿Quién podría ahora censurar a su hijo? ¿No era una honra para su padre?

Después de cenar, con un orgullo y una dignidad admirables, Arístides paseó al pequeñuelo por las alegres calles del pueblo. Jamás padre alguno lo fué tan de veras.

En una cuna instalada a la vera de la cama del padre, reposaba el pequeño Juanito.

¿Durmieron bien ambos?

No exageremos. Veinte veces se levantó Arístides para inclinarse sobre Juan, ya requerido por los chillidos alarmantes del bebé, que rememoraba sin duda ciertas maternales lactancias, ya para contemplarlo y para cerciorarse de que dormía.

A la mañana siguiente, habiendo adquirido una cómoda y portátil canasta-cuna, depositó a Juanito entre limpias ropas... y ¡helo otra vez por esos caminos de Dios a vender el famoso callicida!

Los tumbos y los brincos de su destartalada máquina arrullaron el sueño de la criatura, que acabó por encontrarse encantada del zarandeo.

Arístides, conocido por todos aquellos contornos, se las arreglaba de modo que, en cuanto llegaba a una fonda de cualquier lugar, nunca faltaba una mujer que se encargara del «hijo».

Un día — un día nefasto — el automóvil, después de un sordo temblequeo, comenzó a resollar como si diera las últimas boqueadas. Inmovilizóse de golpe al entrar en una pequeña villa de Provenza, y en vano su conductor, como otras veces, intentó por mil medios galvanizar aquel «cadáver».

— Es inútil, amigo; ése ya no anda..., por ahora — le dijo un *chauffeur* que conocía a los dos (al automóvil y a su dueño). Hay que llevarlo a la enfermería. ¿Quiere que lo remolquemos con el mío?

— Bueno; no hay otra solución. Déjame llevar a mi hijo al hotel Mirabeau. Dos minutos.

Luego, en el *garage*, dió orden de que se lo dejaran listo para la mañana siguiente.

Mientras tanto, en el regazo de la patrona del hotel, Juanito era la admiración de un círculo compuesto de varias niñas, una anciana sonriente y dos simpáticas inglesas, madre e hija al parecer.

— Aquí llega el padre — exclamó, al divisar a Arístides, la maternal hotelera.

Y el llamado padre, por centésima vez hubo de contar, con laconismo espartano, la «historia» del bebé.

— Señoras — dijo sonriendo con su natural gracejo: — se trata de mi hijo. Yo lo tomé del lecho de su madre, que ha muerto, para llevarlo a una tía, que está inválida. Mucho les agradeceré que cuiden de sus necesidades mientras yo me ocupo de mis negocios.

De esta manera sabía Arístides introducirse entre las damas. La impresión que causaba era excelente, iniciando en seguida agradables conversaciones.

— ¡Pensar — murmuró la mayor de las inglesas —

que este riquísimo *baby* viaja constantemente en un automóvil abierto!

— Está aprendiendo su vida, lady, la vida de su padre — respondió Arístides en perfecto inglés.

La aludida miró con grata sorpresa al hombre. Era una dama bien parecida, cuarentona. Su hija también prestó atención, sonriéndole.

— Yo pensé que era usted francés — dijo la primera.

— Lo soy, señoras. Provenzal de Provenza, meridional del Mediodía, marsellés de Marsella.

— ¡Oh! Pero usted habla el inglés perfectamente.

— He vivido muchos años en vuestro hermoso país.

— ¡Ah! Tiene usted un lindísimo nene — cumplimentó agradecida la señora.

— ¿Puedo yo tomarlo un momento? — solicitó risueña la señorita.

El pequeño Juan pasó de los robustos brazos de la hotelera a los delicados de la rubia inglesita, que lo meció y lo besó placenteramente, haciéndole tiernas caricias.

— Mi hija — explicó la dama — es loca por los niños.

— ¿Y usted? — inquirió sonriendo Arístides.

— Más, si cabe, caballero.



LA CRIATURA ERA LA ADMIRACIÓN DE TODOS, CHICOS Y GRANDES.

La «historia» del pequeño Juan fué conocida de todo el pueblo y todos lamentaban su orfandad.

Aquella misma noche Arístides fué invitado a tomar café con las damas inglesas.

Hablaron de muchas cosas y luego la conversación recayó acerca de la criatura.

De repente, Arístides se quedó pensativo. Su rostro, de ordinario resplandeciente de buen humor, tornóse serio.

— Señoras — exclamó: — yo vengo representando una pequeña farsa con las patronas de los hoteles en que me hospedo... una farsa necesaria. Pero con ustedes ya es diferente. No quiero ocultarles la verdad. Juan no es mi hijo e ignoro quiénes son sus padres y parientes.

— ¿Que no es su hijo? — exclamaron ambas mirándolo incrédulamente.

— Les explicaré a ustedes... en confianza — habló él.

Y relató, punto por punto, la verdadera historia del nene, a quien no quería meter en el hospicio.

Madre e hija se emocionaron. Ana, la señorita, le tendió la mano en un arranque de noble simpatía.

— ¡Ah! ¡Qué bueno es usted! — murmuró con sincera generosidad.

— Sus palabras colman de gratitud mi corazón, señorita — dijo, como si rezara, el impresionable meridional.

Y con un galante gesto de caballero francés, puso sus labios en la punta de los dedos de la mano que se le tendía.

II

Al otro día, de mañana, Arístides entraba en el *garage* y preguntaba al mecánico:

— ¿Y bien?

— No hay nada que hacer, caballero.

— ¿Qué quiere usted decir?

El interrogado, encogiéndose de hombros, soltó esta letanía:

— Su automóvil, caballero, necesita un nuevo carburador, nuevos cilindros, nuevos circuladores para el agua, nuevas válvulas, nuevo pistón, nuevas palanquetas... En una palabra, caballero: no es reparable su máquina.

Arístides se quedó perplejo.

¡Su hermoso, su cómodo, su práctico automóvil irreparable!

Parecía imposible. Pero el mecánico, en un cuarto de hora de demostración, lo convenció con exceso.

— ¿Conque nada... nada se le puede hacer? — casi imploró con insinuante voz.

— Absolutamente nada, caballero. Cincuenta francos le puedo dar por el material.

El brusco golpe que recibía con la pérdida de su automóvil le dejó atontado. Sin embargo, aun supo sonreír y saludar al grupito de señoras que festejaban a Juanito, a quien daba el biberón miss Ana.

— Bueno — dijo con voz natural: — mi automóvil está inservible, y yo, entre tanto, iré a Marsella para visitar a mis representados de la Maison

Hieropath. Media hora de tren. A la tarde estaré de vuelta.

La inglesita, muy contenta, se apresuró a contestarle:

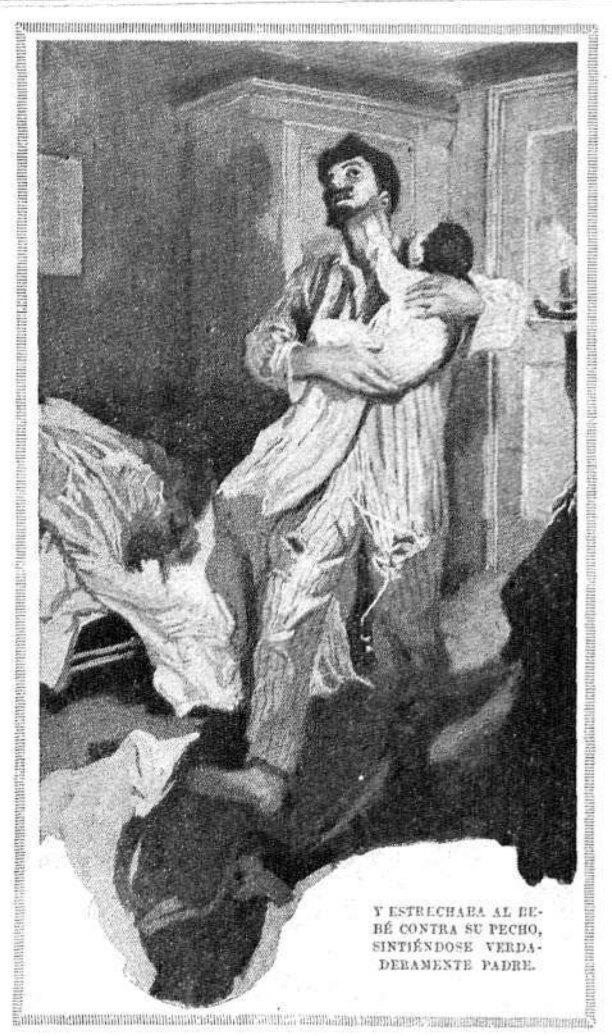
— Vaya usted y despache sus negocios, míster Pujol; yo me encargaré del cuidado de Juanito.

III

LLEGÓ nuestro hombre a aquel puerto y se entrevistó con sus patronos, contándoles el percance del automóvil y pidiéndoles su ayuda para continuar, en otra máquina, sus andanzas comerciales.

Mas aquellos manufactureros, almas de cántaro, y, por lo visto, con tantas callosidades en el corazón como paquetes de callicidas fabricaban, se encogieron de hombros ante las pretensiones de su agente, cuyos servicios ya no necesitaban.

— Perfectamente — se dijo Arístides para consolarse cuando se despidió de sus pétreos ex-representados: — al diablo con todos ellos y... a otra cosa.



Y ESTRECHABA AL BEBÉ CONTRA SU PECHO, SINTIÉNDOSE VERDADERAMENTE PADRE.

Fué toda la oración «fúnebre» que les dedicó. Durante toda aquella tarde en vano buscó, visitando diversos establecimientos, alguna digna y productiva representación. Nada. Los negocios andaban mal, le replicaban fríamente, y Arístides, sumido en sus perplejidades, regresó al pueblo ya de noche.

Antes de entrar en su habitación, miss Ana le aseguró que había pasado el día más feliz de su vida atendiendo y festejando al *petit Jean*.

— ¡Ah, señorita! Estoy encantado. Yo también... yo también...

Sonriendo con un donoso gesto para ocultar sus verdaderos sentimientos, saludó a la inglesita y se dirigió hacia su habitación.

Como un bendito de Dios que ignora las luchas que se suscitan en este sucio mundo, viviendo en el limbo de la infancia, así dormía Juanito, con la boquita en forma de *o*, tal como si, en sus sueños, asistiera a un deslumbrador espectáculo de angelitos mofletudos atiborrándose de leche.

Largo rato le contempló su generoso padre en silencio. Luego, desvistiéndose, iba a meterse entre las sábanas cuando, con un repentino movimiento de retroceso, volvió al lado de la cuna y con la delicadeza de una madre sacó al dormido y lo recostó sobre su pecho. Sus labios rozaron la frente del bebé, y entonces éste, como si esperara tal acontecimiento, se dignó abrir los ojos, asombrarse un poco y sonreír satisfecho durante algunos segundos y... nada más. En seguida volvió a dormirse en los brazos de su protector.

¡Impresionante escena sin palabras y de conmovedora ternura!

Súbitamente, pero con sumo cuidado, Arístides depositó al nene en la cunita, y con un semblante de penosa gravedad extrajo varios papeles de su cartera y escribió en uno estos renglones:

«Mi pequeño Jean:
» Es preciso, para tu bien, que te abandone. Aquí te dejo la mitad de toda mi fortuna y, además, veinticinco francos para pagar las notas del hotel de tu afligido padre en bancarrota.
» ¡Adiós, mi chiquitín! *Je t'aime, bien, tu sais.* No me reproches! — *Arístides.*»

IV

CERCA del amanecer, miss Ana fué despertada por unos agudos chillidos. También la señora hubo de interrumpir su sueño cuando la joven le preguntó:

— ¡Janet! ¿Oye usted?

— Un niño que llora en una pieza cercana, me parece.

— Yo creo que es Juanito.

— ¿Por qué? Será alguna criatura de otro huésped.

Pero ya Anita, dándole vuelta al botón de la luz, saltaba del lecho y se ponía sus zapatillas, dirigiéndose hacia la puerta, que entreabrió, mientras los chillidos continuaban.

En el pasillo, delante de la puerta de Arístides, vió la cunita de Juan y vió a éste, que pataleando destapado, chillaba como un diablillo, pidiendo alimentos.

En un instante la cunita fué transportada a la habitación. Entre las ropas miss Ana encontró un sobre abierto.

Aquel breve poema arrasó sus ojos en lágrimas.

— ¡Oh, Janet! ¿Por qué no nos lo habría dicho?

Y ambas abrazaron al niño como si abrazaran a su inocente y noble padre.

Mientras tanto, ya en las afueras del pueblo, Arístides Pujol, tocado con su gorro puntiagudo y luciendo su saco-capotín, la valija en una mano y la frente alta, caminaba bajo la lluvia, otra vez en busca del esquivo fantasma de la Fortuna... caminaba firme, con la intuición de haber asegurado el porvenir de su «hijo»; pero — como suele decirse — con el corazón en un puño.

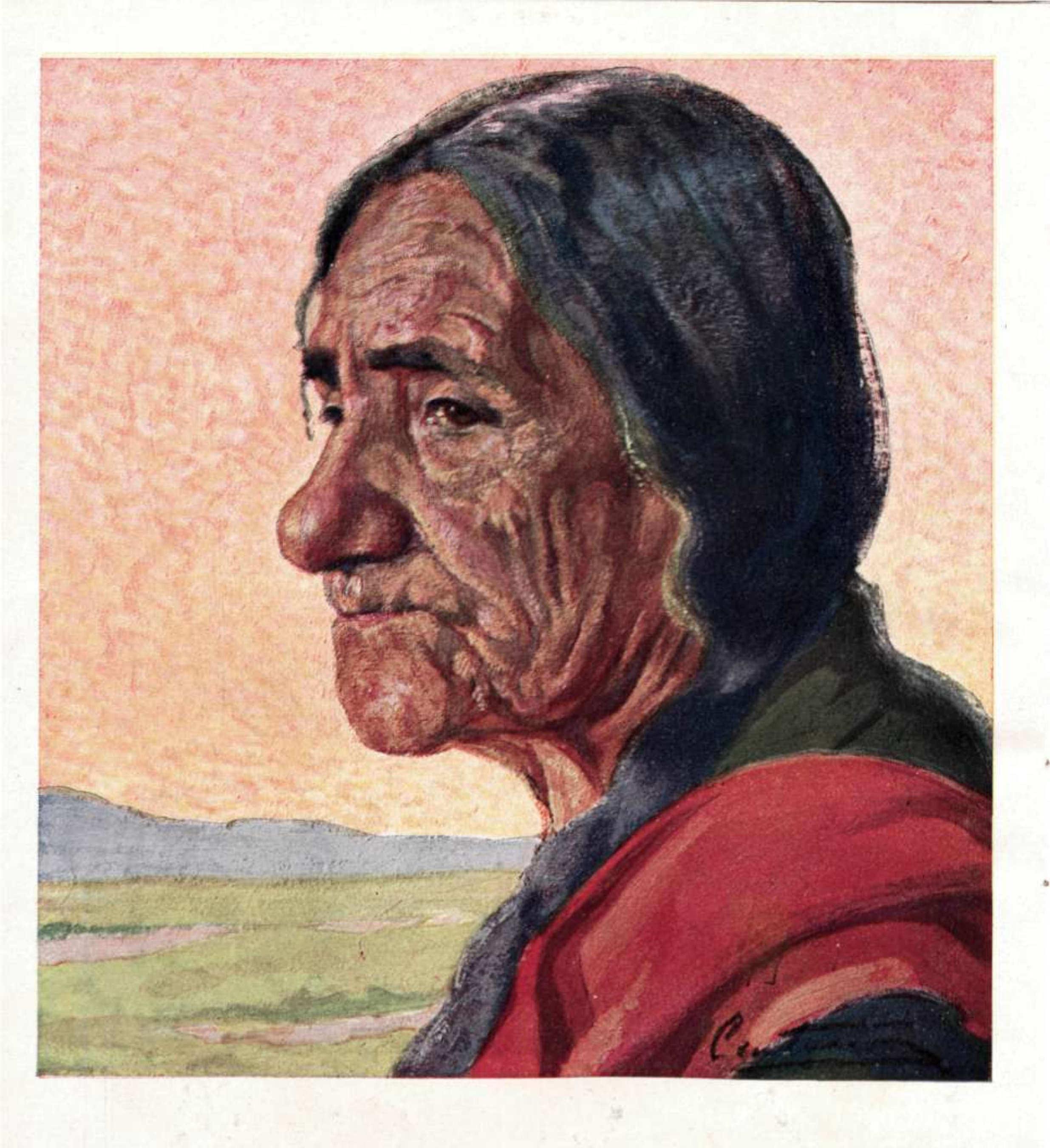
William J. Locke

Página Infantil

Beatriz Lucrecia Magnoni P.

Roberto Raúl Moltoni

Juan Carlos Olmagaren Bazzalupo



"C O Y A"

TEMPLE DE CENTURIÓN

ESCENA DEL ÚLTIMO ACTO DE LA OBRA QUE CON TANTO ÉXITO SE REPRESENTA EN EL TEATRO ODEÓN.

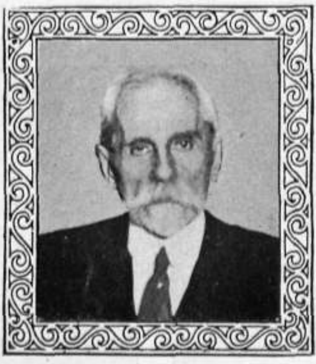
CAMILA QUIROGA, LA NOTABLE ACTRIZ, EN EL PAPEL DE MANUELA ROSAS EZCURRA.

LA DIVISA PUNZÓ

La intensa expectativa que el estreno del drama «La Divisa Punzó» había logrado despertar en los centros intelectuales y artísticos, se vió ampliamente satisfecha con el éxito rotundo alcanzado por él. Ha conquistado el ilustre director de la Biblioteca Nacional un nuevo lauro para su vasta e inestimable obra de historiador y de erudito.



ENRIQUE ARELLANO, PRIMER ACTOR DE LA COMPAÑÍA.



SEÑOR PAÚL GROUSSAC, AUTOR DE «LA DIVISA PUNZÓ».



HORTENSIA ZAMORA, PRIMERA ACTRIZ.

Nuevo edificio de "La Razón"



Fachada de la futura casa de nuestro prestigioso colega en la Avenida de Mayo, 729. La construcción de este hermoso edificio significa un progreso más para la citada empresa, que "Caras y Caretas" se complace en poner de relieve.

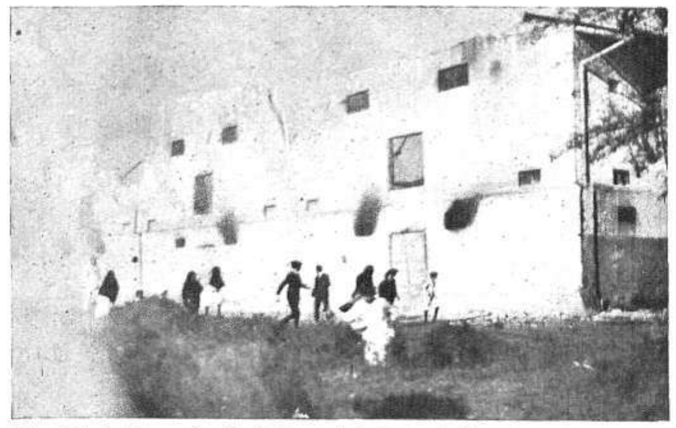
Recientes episodios de la revolución en el Paraguay



Voluntarios gubernistas dirigiéndose a ocupar sus puestos en los cantones para repeler el ataque de los revolucionarios.



Mujeres del pueblo frente al local de la Asistencia Pública, indagando por sus parientes enseguida que cesó el tiroteo.



El depósito de tabaco y algodón del Banco Agrícola, que fué incendiado por los rebeldes, y cuyas pérdidas se calculan en veinte millones de pesos nacionales. Esta fotografía sorprende a un grupo de curiosos huyendo de un inminente derrumbe. El siniestro constituyó uno de los destrozos de mayor consideración causados por las huestes insurrectas en su frustrado ataque a la ciudad.

De Montevideo



Conocidas personalidades que asistieron al banquete celebrado en el hotel del Prado para conmemorar la fecha francesa del 14 de Julio.



Miembros de la colonia francesa y de la sociedad uruguaya en el festival patriótico que se verificó en la legación de aquel país con asistencia del cuerpo diplomático extranjero.



Caballeros que componen la comisión nacional que se formó para socorrer a las víctimas de la tormenta.



Autoridades de la Seccional 2.ª repartiendo ropas a las familias que perdieron su hogar a consecuencia de la inundación.

DICHO Y HECHO

POR ALVAREZ



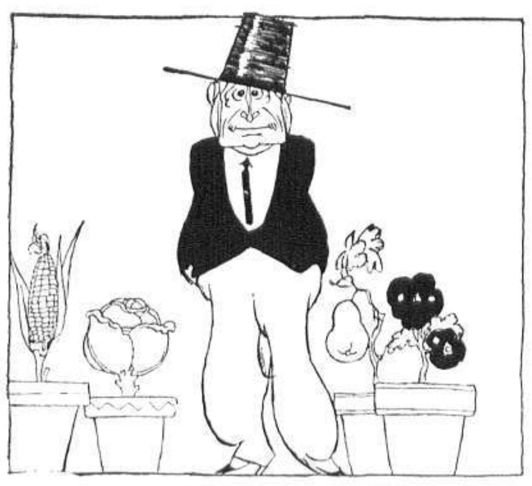
"LA DIVISA PUNZO"

El terrible mazorquero
(Cantilo)



EL ORIGEN DEL HOMBRE

Alvear. — ¿Qué me dice de «El origen del hombre»?
Matienzo. — Lo único que sé del Hombre es que sigue viviendo en la calle Brasil.



"EL NIÑO DE ORO"

(Dr. Le Breton)



UN CHISTE DE HERRERA VEGAS

Loza. — ¿Esa es «La madre del Cardenal»?
Herrera Vegas. — No; esa es la madre del cordero.



EL HOMBRE SANDWICH"

(Elpidio)

Iniciación de la temporada de football de la Asociación Amateurs

PLATENSE v. DEFENSORES DE BELGRANO



El centrehalf-back de Platense, después de desbaratar un avance contrario, pasa la pelota a uno de sus forwards



Interesantes instantáneas obtenidas durante el partido jugado en la cancha del primero de los citados, que terminó con la victoria local por tres goals a uno.

GALERIA DEL TURF



CORONADORA

POR MOJINETE Y LADY BEAUTY

GANADORA DEL CLASICO JUAN SHAW

Distancia: 1.800 metros. — Tiempo: 1'52''3/5. — Sport: $ 14.55 y 6.80.

Pancho Villa fué asesinado.

El general Francisco Villa en su época revolucionaria, cuando, por las quebradas tierras norteñas de su patria, que conocía palmo a palmo, guerreaba sin cuartel, siendo apodado el Atila mejicano.

TRÁGICAMENTE acaba de terminar la existencia de uno de los caudillos que más atrajeron sobre su persona la atención de su país y del mundo entero. Guerrillero audaz y valiente, con sus hazañas, pintorescas unas o intensamente dramáticas las otras, Pancho Villa conmovió el sentimiento patriótico de sus connacionales, y de ahí el inmenso prestigio de que gozaba. Asesinado a balazos murió en brazos de los que le acompañaban en una jira de automóvil.

El famoso ex guerrillero, con su hijo Agustín, en su hacienda de Canutillo, que obtuvo del Gobierno del general Obregón, cesando desde entonces en sus rebeldías armadas.



El ayer caudillo popular, símbolo del arrojo y también de la ferocidad, arando la fértil y vasta tierra de su finca. Al arrojar las armas para empuñar la reja del arado, Pancho Villa se dedicó por entero a sus labores agrícolas, amplió y sostuvo una escuela elemental moderna y tuvo su capellán y su capilla como cualquier "rico-home" de los tiempos coloniales. Ultimamente el pueblo y la prensa solían nombrarle "El señor de Canutillo".

NOTAS GRAFICAS DE LA CRONICA POLICIAL

Homicidio cometido por una terrible banda de asaltantes


Domingo Cambrilla.


Eladio Pérez.


José Raimondi, la víctima.


Demetrio Carmona.


Juan Buscaglia.

Individuos de pésimos antecedentes que formaban parte de una peligrosa gavilla de malhechores, cuyas fechorías tenían alarmada a la población de los alrededores de los Mataderos de Liniers, y que fueron capturados por la policía a raíz del asalto cometido contra José Raimondi, el cual falleció a consecuencia del balazo que le hiciera uno de ellos, al haberse éste negado a entregar el dinero que poseía.

Sangrienta obra de un demente


Rosa Damianovich de Gaichons, herida gravísimamente.


El cadáver de Mateo Gaichons.

Presa de un ataque de enagenación mental, Mateo Gaichons atacó a su infeliz esposa en su domicilio de Piñeyro, golpeándole furiosamente el cráneo con un martillo e infiriéndose, después de consumada su inconsciente acción, ocho profundas puñaladas en el abdómen que le causaron la muerte.

Intenso drama en un hogar


El cuerpo de Juan Simal.


Benjamín Bugallo, el homicida

En un humilde hogar de Avellaneda, un obrero, en estado de ebriedad, hiere de un balazo a su esposa Ramona Bugallo, y entonces su yerno y vecino contiguo, indignado ante la brutal escena, interviene para defender a la atacada y le da muerte al agresor disparándole un tiro de revólver.

Derrumbamiento que causa varias víctimas


Restos del edificio situado en la avenida Alberdi y la calle 18, en Rosario, que se hallaba en construcción y cuyo techo, al derrumbarse, ocasionó un muerto y cuatro heridos.


José Quatrocchi, muerto por el derrumbe.


Salvador Gazzo, constructor, herido grave.

Rafael Sturacchio, albañil, herido.

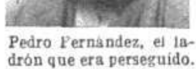
Felipe Rosalia, peón, grave.


Pascual Bevacqua, obrero, con lesiones graves.

Anciana muerta accidentalmente

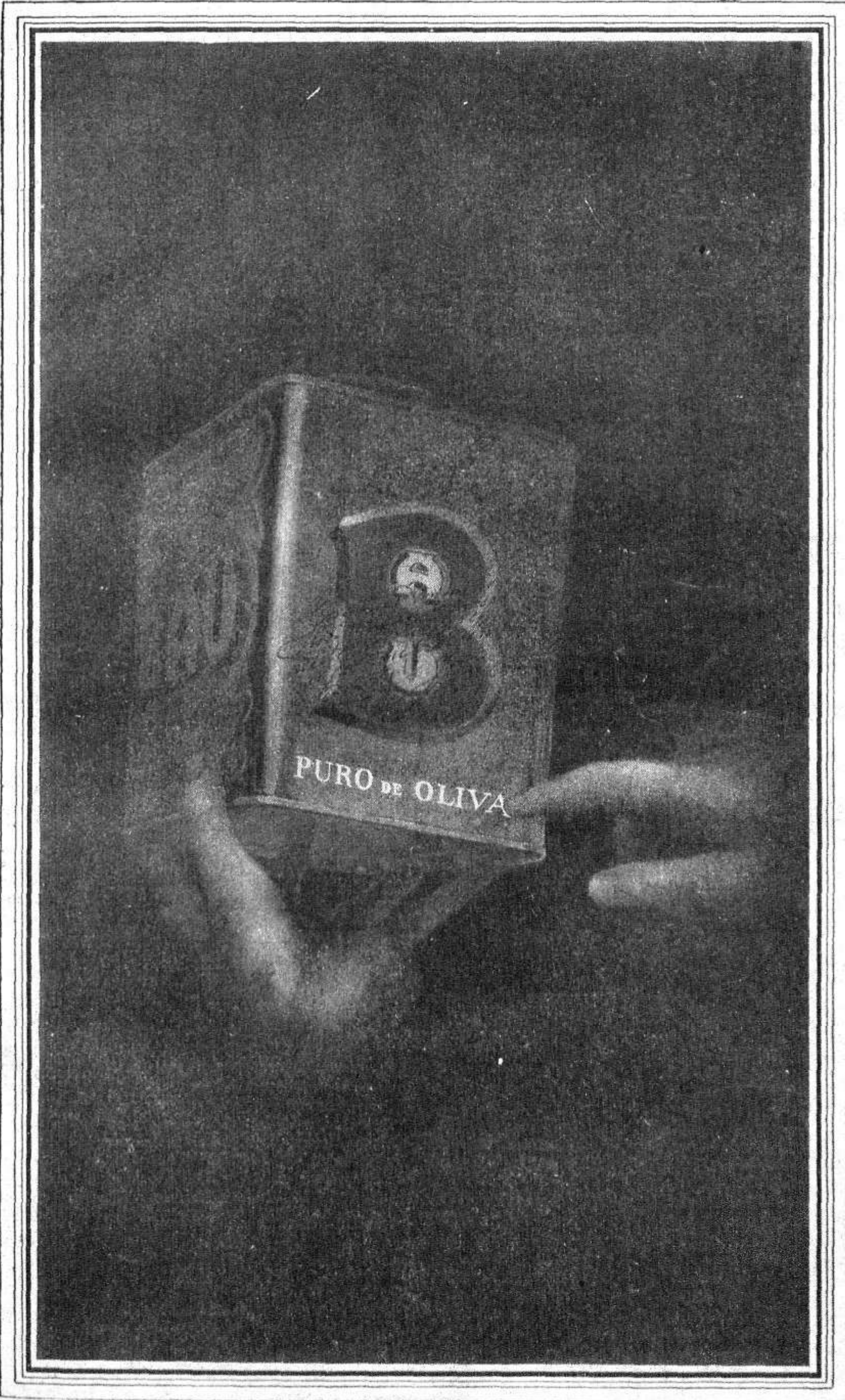

Pedro Fernández, el ladrón que era perseguido.


El agente Angel Córdoba, autor del accidente.



Persiguiendo a un ladrón que huía, el vigilante número 1158 disparó dos veces su revólver para atemorizarle, hiriendo uno de los proyectiles mortalmente a la anciana Rosa Zárate.


El cadáver de la desdichada señora, poco después de ser recogido de su casa Sarmiento, 2369, en Rosario.


PURO DE OLIVA



EL CARACOL Y EL ROSAL

Alrededor del jardín había un seto de avellanos y fuera el campo con sus vacas y cabras; pero en medio había un rosal en flor, y a su pie se arrastraba un caracol.

— Esperad que mi día llegue — decía. — Entonces haré algo más que dar rosas, avellanas o leche, como las vacas y las cabras.

— Yo espero mucho de usted — le respondió el rosal. — Pero ¿me atreveré a preguntar cuándo será eso?

— Yo me tomo mi tiempo. Usted tiene demasiada prisa.

I

Un año después el caracol tomaba el sol casi en el mismo sitio que el año anterior, y el rosal, lleno de botones, daba otra vez más rosas, siempre nuevas y frescas.

El caracol sacó la mitad del cuerpo fuera de la concha, alargó los cuernos y los volvió a encoger.

— Lo mismo que el año pasado. No se ha adelantado un paso. El ro al continúa con sus rosas; no da más de sí.

Pasó el verano y llegó el otoño.

El rosal aun tenía rosas y botones, cuando le sorprendió la primera nevada y los días fríos y húmedos. Entonces dejó caer sus ramas, y el caracol desapareció en la tierra.

II

Vino otro año, y las rosas volvieron a florecer y el caracol a sacar los cuernecillos.

— Ahora es usted un rosal viejo — le dijo, — que pronto se secará. Ha dado usted al mundo todo lo que ha podido. Si ha sido algo útil, eso es otra cuestión de la que no tengo tiempo de ocuparme. Pero es cosa evidente que usted no ha hecho nada para su desarrollo interno; si no, otra cosa hubiera sido. ¿Entiende usted lo que le estoy diciendo?

— Me asusta usted — respondió el rosal. — Nunca he pensado en eso.

— Eso es una verdad; usted ha pensado poco. ¿Se ha dado usted cuenta, siquiera alguna vez, de por qué florecía y cómo florecía? ¿Por qué así y no de otro modo?

— No — dijo el rosal. — Florecí en la alegría, porque no podía menos. El sol era ardiente, el aire muy puro; bebía el rocío transparente, y la lluvia sacudía con fuerza mis hojas, respiraba y vivía. Sentía una fuerza de la tierra, sentía una fuerza de allá arriba, una felicidad siempre nueva, siempre grande, y por eso tuve que florecer; era mi vida y no podía menos.

— Ha llevado usted una vida muy cómoda.

— Sin duda. Todo me ha sido concedido. Pero cuán mejorado ha sido usted, que es uno de esos seres profundos y pensadores, uno de esos talentos que han de admirar al mundo.

— No será esa mi intención; porque a mí ¿qué me importa el mundo? ¿Qué tengo yo que ver con él? Tengo bastante con mí mismo.

— Pero, ¿no debemos todos en la tierra dar nuestra mejor obra y ofrecer a los demás lo que podamos? Yo sólo he dado rosas; pero usted, usted que tanto recibió de arriba, ¿qué dió al mundo o qué le da?

— ¿Qué le di? ¿Qué le doy? Me río yo del mundo. No sirve para nada, ni me importa que no sirva. Eche usted rosas, ya que no puede hacer otra cosa; dejemos a esas plantas dar nueces y a las vacas y a las cabras leche. Esas tienen su público. Yo tengo el mío en mí mismo y así estoy bien. El mundo poco me importa.

Y el caracol se metió en su concha y cerró la puerta.

— ¡Qué pena! — pensaba el rosal. — Con la mejor voluntad no puedo concentrarme en mí mismo; tengo siempre que salir, que brotar en rosas. Mis hojas se caen y el viento se las lleva...; sin embargo, una de mis flores la he visto poner en el libro de misa de mi ama, otra se la prendió una mujer en el pecho, y la otra la besó un niño en santa alegría. Esos son mis recuerdos, esa mi vida.

Y el rosal siguió floreciendo en su inocencia, y el caracol arrastrando su casa por la tierra, sin ocuparse para nada del mundo.

Pasaron años.

El caracol es tierra en la tierra, el rosal tierra en la tierra; también la rosa del recuerdo, la del libro de misa, ha pasado... pero en el jardín florecen nuevos rosales, y à su pie se arrastran otros caracoles, que se meten en su casa sin preocuparse del mundo.

III

Empezamos otra vez el cuento?

Porque siempre ha de ser el mismo.

H. C. ANDERSEN

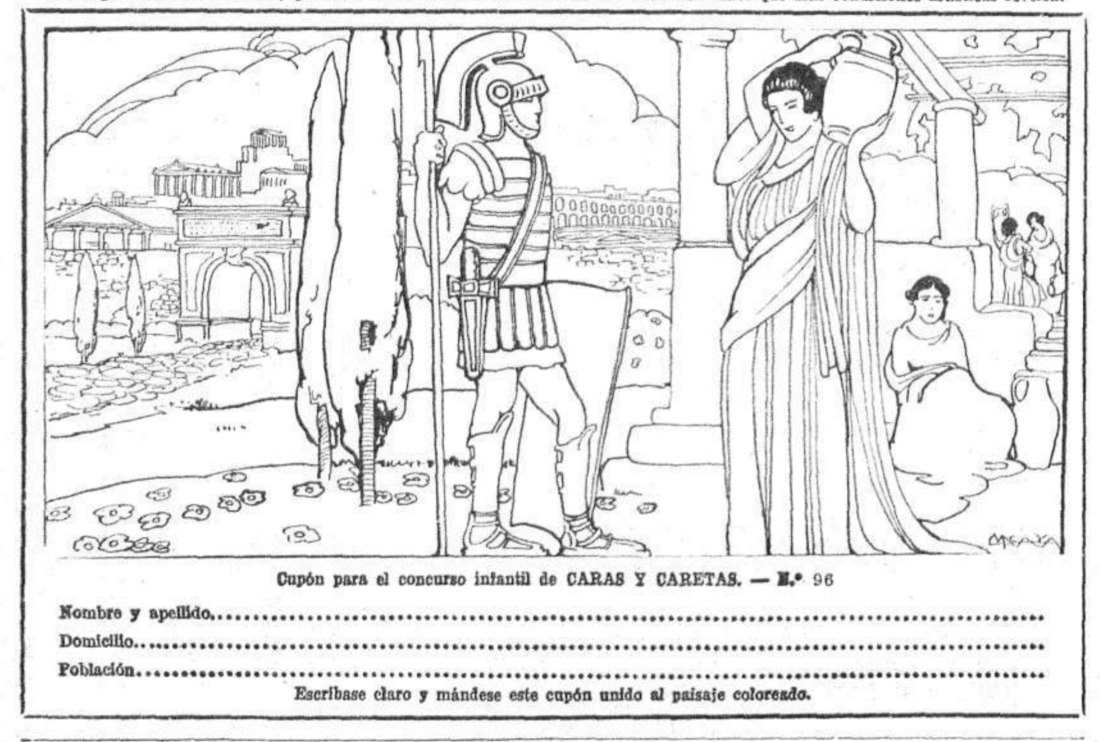
DIBUJO DE F ORAVANTI



—¡Que imbécil se ha vuelto Pérez! ¡Desde que hace acrobacia en la bicicleta no saluda cuando pasa!

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la *siguiente dirección:*
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



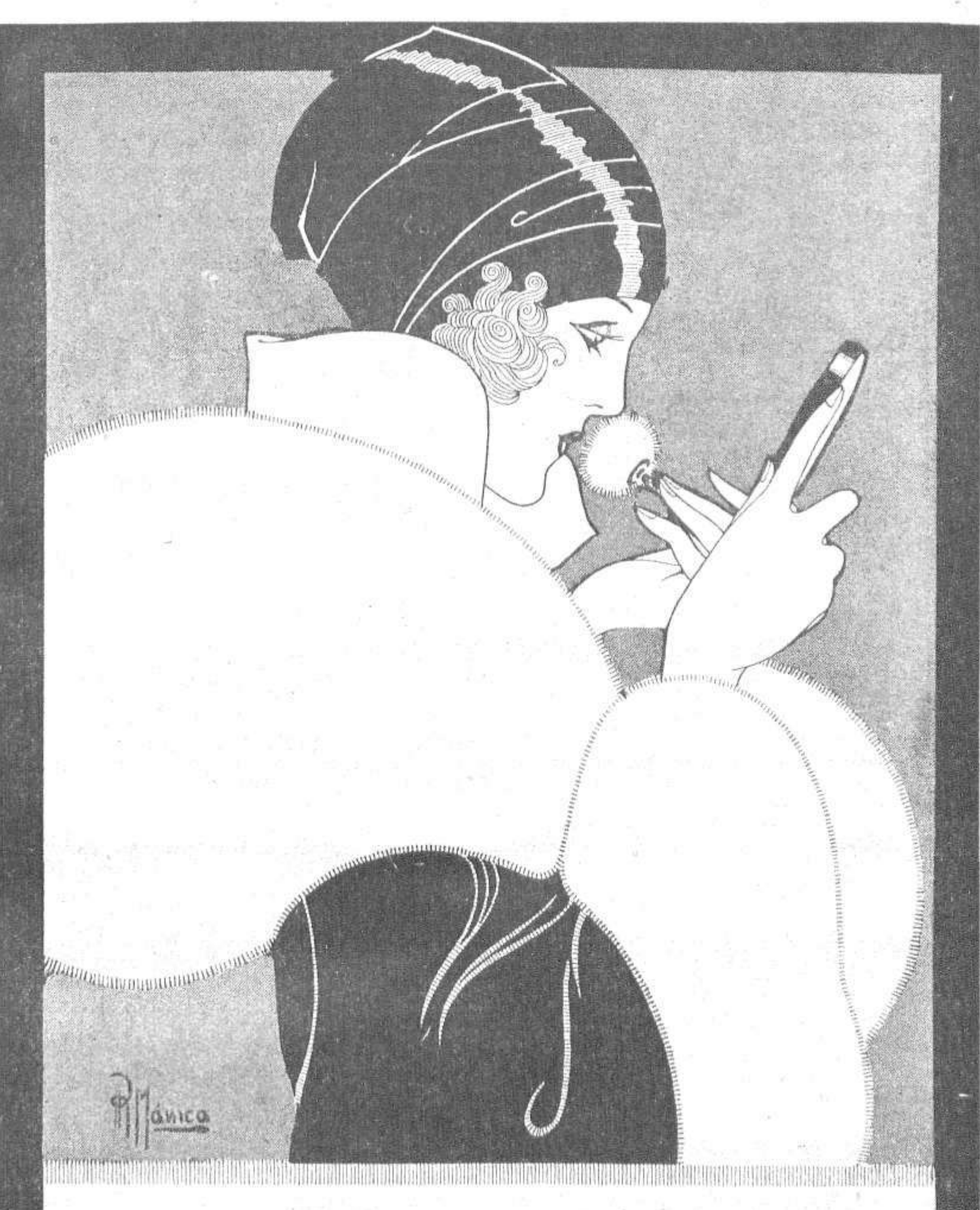
Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 96

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

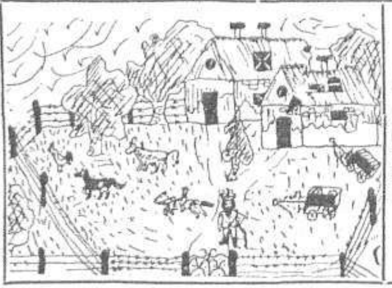

R Mánica



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



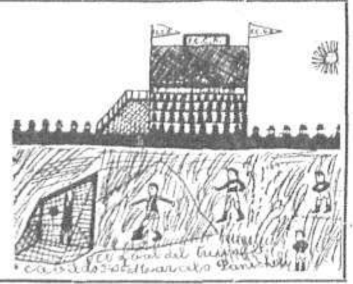
1464 — En la chacra.
ERNESTO E. FAUNA.



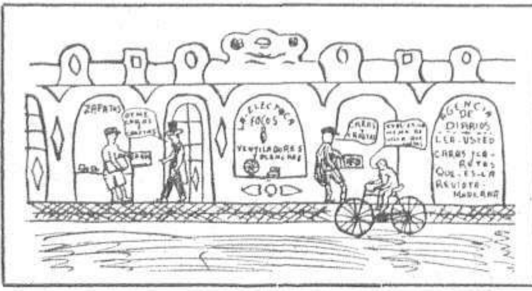
1465 — Comprando CARAS Y CARETAS.
LYDIA DONNET
FIRMAT.



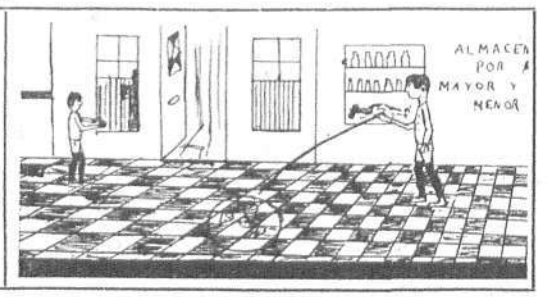
1466 — Totó está enfermo.
CARLOS M. MORAND.



1467 — El goal del triunfo.
MARCELO PANICHELI.



1468 — Venta de CARAS Y CARETAS en una calle comercial.
NUMA GONZÁLEZ.



1469 — Jugando al trompo.
ENRIQUE SABBATINI.

BRONQUIOL DEL Dr BERGER



Dr. BERGER

Concluirá por desgarrar su pecho...
esa **TOS** que Vd. descuida.

No espere ni un minuto más; tome

BRONQUIOL
del Dr. BERGER

el remedio científico que extirpa en poco tiempo y radicalmente la **Tos, Catarro, Asma, Grippe, Bronquitis** y toda afección de las vías respiratorias.



La prueba más convincente de las altas cualidades curativas del **BRONQUIOL del Dr. Berger** es que infinidad de médicos de reconocida reputación lo recomiendan.

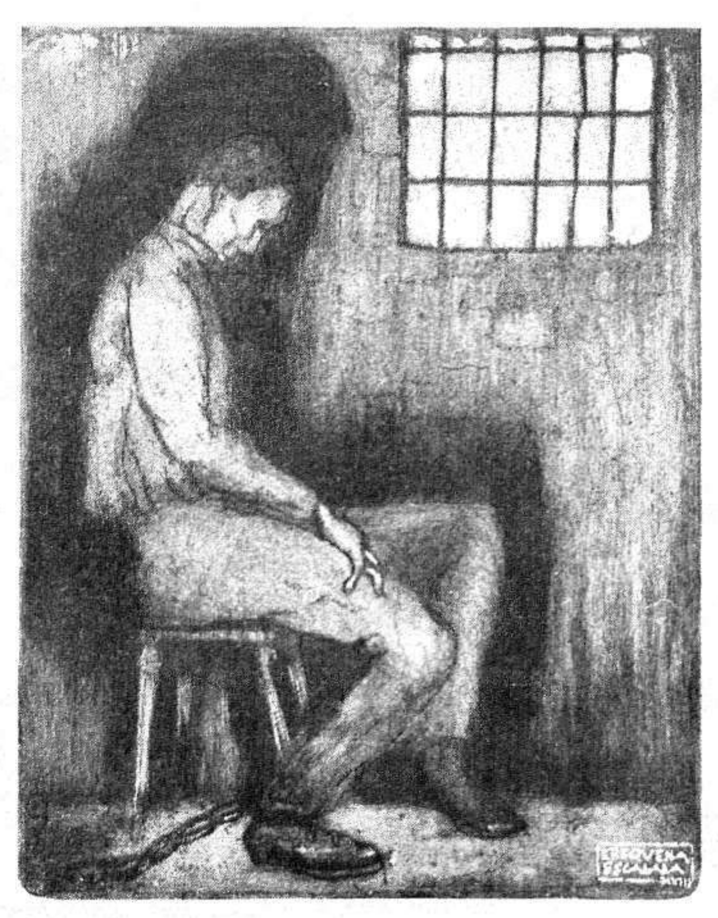
Tómelo y en las primeras cucharadas notará sus benéficos resultados.

PRECIO DE VENTA: $ 3.—
más 0.30 de franqueo para el interior.

Pida en todas las farmacias **BRONQUIOL del Dr. Berger,** única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

DEPOSITARIO GENERAL:
FARMACIA DEL LEON
ENRIQUE H. SPINEDI
Sarmiento, 902, esq. Suipacha - Buenos Aires

LA PROFECIA DEL PRISIONERO



En una sombría prisión de carne venimos al mundo, amigo y hermano mío. Y apenas fuera de ella, queremos edificar una prisión nueva, una prisión más terrible, una cárcel del espíritu. De muchachos crecemos contribuyendo con nuestras manos impacientes a hacer más altos los paredones; cada día amontonamos las piedras; cada lágrima nos sirve de cemento; cada dolor nos hace más solitarios, y cada descubrimiento nos aleja más. Con ojos de sueño, nos cerramos y apretamos más en nosotros mismos, como en una casa amiga.

Llegamos a la adolescencia: nuestra prisión, nuestra fortaleza está concluída. Solamente la Madre o la Amada procuran, con el extravío de sus ojos, penetrar en nuestra mudez. Y comienza la vigilia dolorosa. Crecen las alas de nuestro espíritu a medida que su espacio se reduce. Inclinaos sobre alguna de estas almas y sentiréis su agitación subterránea, inútil y furiosa. El ojo se acostumbra más a la luz, pero la luz se va debilitando poco a poco. La voz explora las primeras armonías, pero a su alrededor nadie la comprende ni la escucha más. Las lágrimas descienden lentas de nuestros ojos: nadie las recoge. Desátanse las iras, y nadie se espanta de las iras.

El cerco se va estrechando, las heridas se cicatrizan, la fortaleza se ahonda, y llega el momento en el que se nos antoja una caverna. Entonces estamos encadenados y atenazados en aquesta prisión y fortaleza. Ninguna ventana y ninguna puerta, ningún cielo que no sea soñado, ninguna luz que no te venga de golpear tus pupilas con tus manos. Estás encerrado como una momia. Eres secreto como una tumba. Mudo como un gatazo viejo que ha dejado de creer en la inteligencia de los hombres.

Y en la obscuridad, en el silencio, una voz te repite constantemente:

—Nadie dirá aquello que quisiste decir. Nadie sabrá aquello que tú has sabido. Ninguno te acompañará a la hora de la *muerte*.

Y la voz de la vileza te servirá de consejera en nuevas bajezas y temblará detrás de tus paredes. Querrás hacer una buena escapatoria, y caerás en las garras de tus enemigos. Y te adornarás entonces y te ataviarás. Relucirá en tu puño, como llamarada de antorcha, tu bandera más hermosa. Te cubrirás con tus vestidos más chillones, tus plumas más ondulantes, tus bordados más frágiles y tus más bruñidas armas. Querrás salir al sol, a la tierra, a la luz, a la libertad. Te encenderás en fuego mesiánico y se agitará en tu pecho el profético espíritu de Ezequiel y de *Joaquín*. Y querrás hablar a tus hermanos, y les llamarás a tu hogar, como mujerzuela perdida, y les lisonjearás con tus sonrisas y telas. Y sentirás por todos un gran amor desconocido, un sentido loco de ternura maternal, una zozobra que, cuanto más tratas de aquietarla y calmarla, se exaspera más y más. Y entonces moldeará tu rostro la máscara cristiana espontáneamente, como cera blanda, sin que tú la fabriques ni la busques. Querrás revelar la verdad, la bondad, la grandeza, la riqueza. Las palabras bajarán a tu garganta como nubes de llanto y te desbordarán de la boca como aguas vivas. Sabrás la dulzura que hace palidecer y el apóstrofe que hace rugir. Tus manos se elevarán al aire como troncos que prometen sombra, a pesar de su desnudez; tus cabellos se agitarán como una multitud ansiosa; tu cuerpo se elevará como si quisiera dominar la montaña y extenderse sobre la cruz.

En aquel tiempo vendrán a tu cabecera nocturna las sombras sacerdotales de los antiguos videntes. Verás a Moisés, aun tembloroso, en el zarzal ardiente del que surgieron las leyes terribles. Verás a Cristo que llora lágrimas de vileza bajo los olivares extenuados. Verás a Mahoma cabalgar en el desierto, con la esperanza terrible en el corazón. Y todos te parecerán hermanos, y desearías, como ellos, incendiar un pueblo, emborrachar de ideales a una raza, destruir un mundo.

Y tus pies hollarán las cumbres, y tu voz hallará eco en las gentes y querrás ser solo y creador. Te parecerá que contigo empiezan tiempos nuevos y leyes nuevas; mirarás sonriendo las imágenes de los antiguos y querrás romper tú mismo las viejas tablas resguardadas en los santuarios.

Sentirás todo esto cuando tu alma esté colmada, cuando la caverna donde te hiciste te re-

sulte harto mezquina; cuando dés en la flor de imaginar que de tu tiniebla solitaria ha surgido la luz. Te sentirás entonces semejante a Dios, y dirás que tú eres hijo de Dios, cuando acaso te hurga la comezón de acogotarlo.

Así saldrás al mundo, caballero alado, adulador, cargado de brazaletes y de gualdrapas, fiero como un rey, pródigo como un cortesana, alegre como un bufón de corte.

* * *

Sobre todo, un loco, ¡oh, amigo y hermano mío! Y sobre todo como un bufón de corte.

Tu salida será tu catástrofe. Darás a los otros tanta luz, que tú quedarás deslumbrado. Y estarás más sólo, todavía más solo, porque sabrás que más allá de la fortaleza «no hay nadie», mientras tú esperabas y deseabas una multitud, hermano y amigo mío. Y un día, después de haber hecho resonar tus cascabeles, después de haber prodigado todas tus palabras, después de haber soleado todas las vestiduras, después de haber agitado todas tus banderas al viento y soplado en todas las trompas, quedarás solo, abandonado, dolorido como un sacamuelas, que abandonó en un momento dado la gentuza en la plazuela. ¡Y vendrá el día del llanto, el día del grande, del profundo, del silencioso llanto, hermano y amigo mío! ¡El día del «descubrimiento del desierto!»

Y te despojarás de las vestiduras, y cada palabra se te antojará un sonido vacío, miserable, ridículo, una cáscara añeja, una piltrafa inmunda, un escamoteo inútil. Y tus banderas caerán en el fango, y tus trompas enmudecerán a tus resoplidos, y únicamente los viejos arbolucos, danzando bajo la ira del viento, te parecerá que mueven la copa compadeciéndote. Estarás desnudo como un mendigo, perdido como un vagabundo en la estepa, desesperado como si estuvieras condenado a la vida eterna. Todo lo habrás dado y todo lo habrás perdido. Ni el sol te calentará, ni el agua apagará tu sed. El aire se escapará de tus pulmones y recordarás entonces la trágica desaparición de los padres, la de Moisés, que se moteja el llamado de Dios y desaparece, sin que lo vean ojos humanos, hacia la soledad a llorar la inutilidad de su obra; la de Cristo, que solloza la noche terrible, no por el martirio que se acerca, sino porque presiente la infecundidad de su misión.

Y sabrás entonces que quisiste dar lo que no poseías: la verdad; que intentaste regalar al que carecía de vasos donde recoger tus dones; de no haber comprendido lo que quisiste decir.

Y vendrá el día último. Tu espíritu será como una ciudad destruída, como una torre en ruinas. Y todavía querrás excavar en las capas profundas de ceniza para encontrar en el corazón del mundo una llama escondida. Mas todo se apagará y enfriará; ninguna chispa brotará en las ruinas, ningún hogar abierto se mostrará de lejos al peregrino. Todo habrá muerto y tú habrás muerto también. ¡Y ni siquiera tendrás el valor de cavarte una tumba bella!

* * *

Ahora, amigo y hermano mío, una sola cosa te queda: tu vieja caverna, tu guarida misteriosa, aquella tu fortaleza cerrada que abandonaste el día de la plenitud. Recuerdas todavía los paredones altos y negros, los laberintos subterráneos, las tinieblas tentadoras. ¡Torna, mendigo moribundo, a tu cueva de muchacho! Ten el coraje de encerrarte de nuevo en tu clausura, cerrado con siete llaves, sellado con siete sellos. Sé tu prisionero y tu carcelero. Aprende — como los pájaros de las montañas — a morir solitario entre las rocas.

Y detrás de ti, en la antesala, esos enigmáticos fantasmas que tú llamabas «los demás». Si quieres ser «tú», no les llames «semejantes tuyos». Para ser semejantes a ellos, tienes que ser otro, tienes que ser distinto de ti mismo, tender amarras, enmascararte con extrañas caretas, recubrirte con sucias vestiduras. Y piensa — ¡horrible es pensarlo! — que tal vez todos harán aquello que tienes que hacer tú forzosamente; que todos se envilecerán para conocer a los bellacos: se ocultarán para topar los escondidos; se enmascararán para reconocer a los histriones. Y entonces, no rías tu locura, ni odies tus discursos, ni maldigas tus empresas. Aun hay tiempo para el bien morir. En tu fortaleza te sentirás desnudo; pero ¡cuánto más fuerte será la desnudez presente comparada con la riqueza antigua! Habrás tirado a la calle aquello que te pesaba más: todas tus apariencias y esperanzas engañadoras. Aquello que te apretaba y que te devoraba, ya no te devora ni te aprieta; lo perdiste entre la maleza que hollaste y en las fangosas aguas de los ríos que atravesaste antaño.

Antes querías «decir», y ahora sabes que nadie puede «decir», sino «cantar» únicamente, en los viejos tiempos; quieres penetrar en las almas ajenas, y ahora sabes que cada alma está sola, que es inaccesible, que es hermética como la tuya, amigo y hermano mío. Y si querías dominar, has aprendido que nada puede ser tuyo, ya que «todo es tuyo».

Y pensando eso, y cavilando eso, la caverna a la cual has vuelto desde el destierro chillón no se te antojará estrecha ni obscura. Cada día se alargará y ampliará, como si algún gigante quisiera romper con rabia sus paredes. Y dejarás las disquisiciones bíblicas de la luz y de las tinieblas. No comprenderás lo que te dijeron de adolescente y sobre el día y sobre la noche. Habrás pasado las fronteras de las escolásticas parejas. Y la caverna se disolverá poco a poco, como una corona de niebla, como una muralla de fantasía, y un mundo que tú no sabes ni conoces, que no conocerás, pero que vivirás, será tu trampa real. Y un día, en este mundo de vida silenciosa, una enorme serpiente incitante y voluptuosa te mostrará la boca abierta para enseñarte su lengua rota. Serán vencidas la vieja debilidad y la vileza antigua.

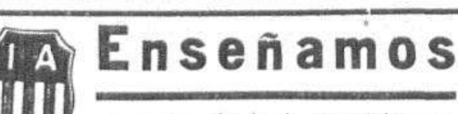
Eva morirá, no tentada por la palabra insidiosa ni nutrida por las manzanas morales del avaro horticultor judaico.

¡Y no compongas himnos para celebrar tu victoria!



Los esposos Almirón-Etchevers rodeados por sus hijos en el día que conmemoraron el 25.° aniversario de sus bodas.






Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
La obra magna que realiza la Sociedad Anónima Viñedos y Bodegas "Arizu" expendiendo unicamente vinos de calidad, es compensada con el justiciero apoyo que el público le dispensa.
Sus vinos son proclamados en todas partes.
Esmeradamente embotellados llevan como distintivo la marca "Arizú", estampada en sus etiquetas, cápsulas y corchos.
Exíjalos a su proveedor.
Pinot Blanco
Vino Semillon
Mendoza
Recommandé
Mendoza
Clarete Especial
Mendoza
Medoc Reserva
Vino Malbec
Mendoza
Blanco Arizu
Mendoza
Vino Rioja
Mendoza
Pinot Tinto
Soc. Anón. Viñedos y Bodegas Arizu
Avda. de Mayo 1035 - Bs. Aires - Rivadavia 1032
Sarmiento 561 - Rosario - Moreno 931



Concurrentes al baile organizado por el Círculo "Ocean" a beneficio de la caja social de la misma entidad.

TRANVÍAS CON UN SOLO EMPLEADO

En Norte América funcionan tranvías eléctricos que se denominan «one man cars» (carruajes con un hombre) y también «safety cars» (carruajes de seguridad). Tranvías análogos prestan servicio en Kiel y recientemente en Arnhem (Holanda). Los viajeros suben a estos carruajes sólo cuando están parados, y por la plataforma delantera, donde se halla el conductor, único empleado del vehículo; en esta plataforma hay una caja registradora donde cada pasajero ha de depositar el precio del billete antes de penetrar en el vehículo. Una vez que ya han subido todos los pasajeros, el conductor maneja la manivela de un aparato de aire comprimido, que cierra la puerta de comunicación entre la plataforma y el interior del carruaje, y levanta el estribo, de modo que mientras marcha el vehículo es imposible que suba o baje ningún pasajero. Por esta disposición, que evita el gran número de accidentes que ocurren en otras clases de carruajes, se llaman éstos, «carruajes de seguridad.»

Para prevenir las consecuencias que podrían resultar de algún accidente ocurrido al conductor, hay un botón de contacto en la manivela, y en el momento en que ésta deja de ser, voluntaria o involuntariamente, manejada por el conductor, como por ejemplo, en el caso en que sobreviniera a éste algún síncope, el botón interrumpe la corriente eléctrica y hace funcionar los aparatos de aire comprimido, de modo que obran los frenos y se detiene el carruaje, y al mismo tiempo se abre la puerta y se baja el estribo.

Estos tranvías tienen las ventajas de disminuir el número de accidentes y de ser más económicos, tanto por el menor consumo de corriente como por el limitado personal que necesitan, pero sólo pueden ser destinados a recorrer trayectos uniformes, en que todos los viajeros hayan de satisfacer igual precio.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!


3 1 2

S. M. EL PLISSE

Por

LUZ Y SOMBRA

El bordado en seda y en lana, con excepción de algunos casos especiales y muy cortados, ha encontrado en los nuevos géneros de fantasía al inesperado adversario. Cierto es que el precio de estos géneros es casi siempre superior al precio de un bordado hecho a mano, aunque éste también no esté siempre al alcance de todos los bolsillos; pero los primeros son más novedosos y la combinación de uno de ellos con otro género liso resulta de un efecto que ninguna obra de arte de bordadora podría obtener. Sin tener en cuenta que ciertos crepe y voile finísimos enteramente trabajados pueden sólo salir de los perfectísimos telares modernos.

Los géneros bordados han señalado la renovación de la época de los boleros y de los «jabots». Ellos permiten hacer maravillas con el máximo de la sencillez, como supo hacer cierta señora, desconocida, pero de indudable buen gusto, que admiramos en un palco de la Opera hace unas semanas. Llevaba sobre el vestido negro — cuya uniformidad otrora elegantísima no sería hoy de acuerdo con la moda — un pañuelo de esos cachemires que tanto nos recuerdan los atavíos de nuestras abuelitas. El cabello blanco, recogido a la italiana, era un marco de plata que hacía resaltar el cutis fresco y la belleza bien conservada. Era precisamente este aspecto casi juvenil, confirmado por el porte de dignidad, lo que hacía agradable la resurrección de aquellas cosas viejotas.

La juventud, deportiva e inquieta, ama los géneros de fantasía acoplados con el plissé, el cual ha vuelto de moda para desquitarse del olvido en que lo habían echado, y se desquita tanto, que es difícil encontrar un lindo vestido moderno sin plissés.

4

Hay el modelo enteramente plissado, sobre el que se abre el crepe de fantasía o la puntilla, como en el grabado 2, que reproduce un modelo de Madeleine en crepe verde plissado con puntilla plateada.

Hay el plissé como complemento del volado: véase el modelo de Worth reproducido por el grabado 1. Se ven con frecuencia estas disposiciones irregulares de los volados, lo cual constituye una novedad que no carece de seducción.

Otras forma de usar el plissé con el volado es la indicada en el grabado 3, en ese modelo parisiense de marroquí negro con rayas azules y coloradas. Sobra decir que esa creación es un poco demasiado excéntrica para tener pretensiones de popularidad.

Mas encontramos en la figura del grabado 4 el plissado en pleno campo deportivo, donde hasta ahora parecía no tener más aceptación que una sencillez confinante con la uniformidad. Este vestido para tennis se compone de una pollera de marroquí blanco ribeteada de colorado, y de una blusa de foulard estampado verde, blanco y amarillo, terminando con un nudo del lado opuesto al bolsillito. Hay, naturalmente, otras infinitas aplicaciones del plissado: pequeños tablones plissados y fijados alrededor de un cinturón en carácter, para sobreponer a un vestido túnica; las polleritas plissadas con blusa lisa, pequeños volados de plissé alternados con volados lisos, o plissés de dos géneros, uno liso y el otro de fantasía, alternándose, y, por fin, las capitas que aparecen en los modelos de la nueva estación.

El adorno de plissé es novedoso y encantador como ningún otro. En los vestidos primaverales para siluetas jóvenes de señoras y señoritas y en los vestidos de garden party son insuperables.

Véase el modelo del grabado 5, en taffeta verde a tablones, adornado por cinta plissé de taffetas orange.

¿Y quién no imagina todo el encanto de este vestidito de niña, en taffetas blanco ribeteado con igual tela color cereza?

Vestidito de estilo, que da resalte a la gracia y al corte de estas deliciosas Evas en miniatura.

¿El porte?

Por segunda vez me viene hoy al borde de la pluma como una tentación.

Tendremos que hablar de él con un poquito de examen de conciencia.

¿No es verdad, queridas lectoras mías?


6


5

De Bahía Blanca



El profesor Rodolfo Senet, acompañado por un núcleo de señoritas pertenecientes a la Sociedad de Maestras Normales, después del te que le fuera ofrecido por el brillante éxito obtenido en las conferencias que bajo el patrocinio de la Asociación Cultural pronunciara en el teatro Odeón.

SE INTENTA AISLAR EL "BACILO DE LA FELICIDAD"

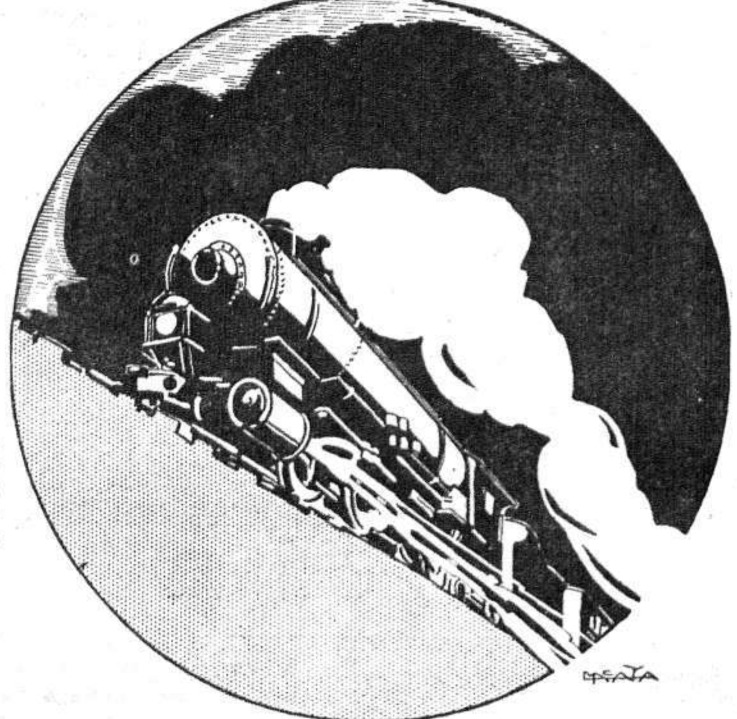
La doctoresa Catalina Davis, de la oficina de Higiene Social, de Nueva York, ha tratado, según ella misma dice y lo cuenta el «Daily News», de aislar el «bacilo de la felicidad». A tal fin formuló un «cuestionario íntimo», invitando a las mujeres casadas a revelar si eran felices o si no lo eran, y a explicar las razones de la felicidad o la infelicidad conyugal. También quiso que hablasen de los amores o flirteos que tuvieron de solteras. Fueron interrogadas mil mujeres, el sesenta por ciento de las cuales eran ciertamente «cultas, educadas y normales». Ochocientas setenta y dos declararon sin reservas que eran felices. Pocas dieron una respuesta precisa. Ciento diez y seis declararon que eran felices, si no totalmente, al menos en parte. El veinte por ciento de las mujeres interrogadas carecían de hijos, pero sólo cuatro dijeron que su infelicidad tenía por causa la falta de descendencia. Para catorce la infelicidad dependía de razones económicas. Para otras, de razones de salud alterada después del matrimonio. Para otras de insuficiente conocimiento fisiológico tenido antes del matrimonio. Para otras, de los amorios (o algo peor) anteriores al matrimonio. Parece que en los Estados Unidos se flirtea de un modo alarmante antes del matrimonio. 972 señoras (es decir, casi todas) confesaron que habían flirteado de un modo muy intenso antes del matrimonio.



FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
Via Broletto N. 35, vicino alla Chiesa di S.
Si prende in ogni ora.
FERNET BRANCA
Fll Branca, Milano
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD
FERNET-BRANCA
"Se toma por el bien que hace a la salud y en
"cantidades muy reducidas a la vez. No vale la
"pena pues — por querer ahorrar algunos pocos
"centavos por día — envenenarse con falsificacio-
"nes o bebidas dudosas en general. Yo he tomado
"siempre el verdadero FERNET-BRANCA y
he prolongado mi vida."
Importadores: HOFER & Cía. — BUENOS AIRES


Autoridades locales y demás concurrentes al lunch oficial con que se festejó el aniversario de la jura de nuestra independencia.

Núcleo de distinguidas señoritas que asistieron al baile organizado por la Comisión Directiva del Club Español en conmemoración del aniversario patrio.



EL TREN 018

Cuento fantástico de MARCEL SCHWOB

DESDE este apacible retiro donde escribo ahora algunos recuerdos de mi mocedad, aquella gran tragedia de mi vida paréceme algo lejano y fantástico. Soy un viejo empleado, jubilado hace ya unos años, que arrastro mis cansinas piernas por el césped del jardín de mi pequeña morada. Y, en estos instantes, al rememorar aquellos años, me pregunto si en realidad he sido yo — si soy yo mismo — el que hacía el duro servicio como maquinista en la línea de P.—L.—M., admirándome aún de no haber muerto repentinamente aquella noche del 22 de septiembre de 1865.

Puedo asegurar que conozco muy bien aquel servicio entre París y Marsella. Aun hoy conduciría la locomotora, con los ojos cerrados, por las pendientes y los terraplenes, los cruces de vías, los desvíos y los cambios, las curvas y los puentes de hierro. De fogonero de tercera clase pasé, al cabo de los años y los sacrificios, a maquinista de primera. Si yo hubiera poseído un poco más de instrucción habría llegado a sub-jefe de depósitos. ¡Pero, qué! En las locomotoras uno se embrutece. Se pena en las largas y atormentadoras horas de la noche y se descansa durante el día. En mi tiempo no había reglamentos como en la actualidad. Los equipos de maquinistas aun no estaban formados: no habíamos tenido tiempo de regularizar nuestras tareas. ¿Cómo estudiar? ¡Y, yo, sobre todo! Había que tener la cabeza muy bien puesta para resistir semejante sacudida.

Mi hermano había optado por la marina. Era maquinista en un transporte y se había enrolado antes del año 1860, cuando la campaña de China. Terminada la guerra, yo no sé cómo se las arregló para permanecer en el celeste imperio, en una ciudad denominada Cantón. Los amarillos, según parece, le habían tomado para que condujese sus máquinas de vapor. En una carta que de él recibí en 1862, decíame que estaba casado y que tenía una hija. Yo apreciaba y quería a mi hermano: aquello me hizo comprender que no le volvería a ver más. Nuestros padres tampoco quedaron muy conformes con aquellas noticias. Sentíanse muy solos y abandonados en la pequeña granja provinciana, cerca a Dijón.

Por allá, por el mes de mayo de 1865, comenzamos a inquietarnos en Marsella por las noticias que se recibían del Oriente. Los transatlánticos que llegaban, cada vez lo hacían con nuevas más tristes e inquietantes. Decíase que el cólera había estallado en la Meca. Los peregrinos morían por millares. Después el flagelo ganó el Suez, Alejandría, llegando hasta Constantinopla. Se tenía el convencimiento de que aquello era el cólera asiático. Los navíos permanecían en cuarentena en los lazaretos. Todo el mundo vivía temeroso, con el ánimo atribulado por vagos y muy justificados temores.

No tenía yo nada que me ligara con la gente de la capital; aunque, eso sí, puedo asegurar que mucho me atormentaba la idea de llevar hasta ella el terrible mal. Sin duda ya estaría en Marsella; y, a París, no tardaría en llegar, oculto entre los pasajeros del rápido.

Por aquel entonces carecíamos de los timbres de alarma para los viajeros. Ahora, tengo entendido, existen mecanismos harto ingeniosos. Se oprime un botón, funciona el freno automático, y, en el mismo instante, una placa blanca, como una mano, se levanta sobre el techo del vagón indicando el lugar de donde se pide auxilio. Pero, como digo, en aquellos tiempos no teníamos nada de eso. Y, por consiguiente, sabía que si un viajero de los que yo transportaba caía entre las garras de esa peste asiática, que mata en una hora, moriría sin socorro, y mi tren llegaría a la estación de Lyón, en París, con un cadáver azulado...

En los comienzos del mes de julio, tal cual me lo barruntaba, el cólera estaba en Marsella. Decíase que la gente caía como moscas. Morían en la calle, en el puerto, en todas partes. El mal manifestábase terriblemente: dos o tres convulsiones, un vómito sanguinolento y todo había concluído. Desde el primer ataque, se quedaban las víctimas frías, como un trozo de mármol; y los rostros de los muertos aparecían marmolados, cubiertos de manchas del tamaño de una moneda de un franco.

Los pasajeros salían de la sala de fumigaciones cu-

biertos aún de vapor, con las ropas humeantes. Los empleados de la compañía abrían bien los ojos. Y, así, en nuestro triste oficio, teníamos una inquietud más.

Julio, agosto y la primera quincena de septiembre transcurrieron en tal forma. La ciudad estaba desolada, pero nosotros íbamos recobrando la confianza. El 22 de septiembre, por la tarde, me hice cargo de la máquina 180, acompañado por Graslepoix, mi fogonero.

Durante la noche los viajeros dormían en los vagones. Nuestro trabajo, en cambio, consistía en velar, ojo avizor, a lo largo de la vía. De día, para preservarnos de los rayos solares, usábamos gruesas anteojeras, encastradas en nuestros casquetes. Nos servían para preservarnos del mistral. Por la noche, las subíamos sobre la frente. Entonces, con nuestras bufandas, las orejas cubiertas por las orejeras de las gorras, y los gruesos capotes, teníamos todas las apariencias de diablos cabalgando en extrañas bestias de ojos rojos. La lumbre de la hornalla iluminaba y caldeaba nuestros vientres; la brisa nos cortaba las mejillas; la lluvia nos fustigaba el rostro, y las trepidaciones nos sacudían en forma que, a veces, ni respirar podíamos. Así cubiertos, con medio cuerpo fuera de la cabina, hundíamos los ojos en la obscuridad en busca de las señales rojas. Entre los envejecidos en este mísero oficio, más de uno encontraréis a quien el Rojo ha vuelto loco. Todavía hoy, este color me obsesiona y ahoga en medio de una angustia inexplicable. De noche me suelo despertar sobresaltado, con un fulgor rojo en los ojos: espantado, anhelante, busco entonces en medio de las tinieblas — me parece que todo estalla en torno mío, — y una oleada de sangre sube a mi cabeza... Luego, aplacada la angustia, pienso que me hallo en mi lecho y me arrebujo entre las mantas.

Aquella noche estábamos apesadumbrados por el calor y la humedad. Llovía, a grandes gotas. Una atmósfera agobiadora y desesperante envolvíalo todo.

El compañero Graslepoix, del ténder a la hornalla, traspasaba el carbón con paladas regulares. La locomotora jadeaba y resoplaba en las curvas demasiado pronunciadas. Marchábamos a razón de 65 kilómetros por hora; una buena velocidad para aquellos tiempos. Reinaba la obscuridad más absoluta. Pasada la estación de Nuits, a la una de la madrugada, rodábamos con rumbo a Dijón. Yo pensaba en nuestros dos viejos que dormirían tranquilamente, cuando, repentinamente, llegó a mis oídos el silbido de una máquina que debía avanzar por la doble vía. Empero, y de acuerdo con las instrucciones recibidas al salir, no esperábamos, entre Nuits y Dijón, a aquella hora, el cruce con ningún tren.

— ¿Qué ocurre? — le pregunté a Graslepoix. — ¡Ya no podemos dar máquina atrás!

— Ni lo necesitamos... ¡Nada! Ni siquiera un petardo. El tren ese viene paralelo a nosotros, por la doble vía. Quizá convenga disminuir la presión...

Si como en la actualidad hubiéramos tenido frenos de aire comprimido... En ese preciso instante el tren que avanzaba por la vía opuesta nos alcanzó y siguió a la par del nuestro. Aun hoy, cuando rememoro aquel instante, se me erizan los cabellos.

Marchaba envuelto todo en una niebla rojiza. Los cobres de la locomotora brillaban. El vapor escapábase silenciosamente de las válvulas. Dos hombres, cuyas siluetas aparecían borrosas, agitábanse en la plataforma. Nos miraban y parecían imitar nuestros movimientos y ademanes. En una pizarra llevábamos escrito con tiza el número de nuestro tren: el 180. Frente a nosotros, en el mismo lugar, en un cuadro blanco y con caracteres negros, apareció otro número correspondiente a aquel tren fantástico: el 018.

La larga fila de vagones se perdía en las tinieblas de la noche y las ventanillas aparecían a obscuras.

— ¡Si es cosa de no creerlo! — exclamó en ese instante Graslepoix. — ¡Qué cosa rara!... ¡Aguarda, vas a ver! — Se inclinó, cogió con la pala un poco de carbón y lo arrojó en la hornalla. Frente a nosotros, en el mismo momento, uno de los hombres de silueta borrosa inclinóse y hundió la pala en la hornalla. En la bruma rojiza, precisa, cual en un espejo, vi, así, a la sombra de Graslepoix.

Entonces, una extraña luz se hizo en mi cerebro; las ideas se desvanecieron para dar lugar a las más extraordinarias fantasías. Levanté el brazo derecho, y el otro hombre — mi doble, como quien dice — hizo otro tanto; le hice un gesto con mi cabeza y él, a su vez, me replicó en idéntica forma.

Después, repentinamente, le vi deslizarse hasta el estribo y, en el preciso instante, «supe» que otro tanto hacía yo. Nos alejamos un tanto de la cabeza del tren aquel y, ante nosotros, paulatinamente, se colocó a la par la primera portezuela del coche A. A. F. 2551. Sin que pueda explicar hoy mismo cómo ni por qué, aquella portezuela se abrió. El cuadro, neto, preciso, que se presentó ante mis desorbitados ojos, era, «tenía el convencimiento» de que era la reproducción fidelísima de otro que se desarrollaba en mi tren. En aquel vagón, un hombre, acostado, tenía el rostro cubierto con un lienzo blanco. Una mujer y una niña, envueltas en exóticos vestidos de seda bordada con flores rojas y amarillas, inanimadas, yacían sobre los cojines. Yo «me vi» llegar hasta donde estaba aquel hombre postrado y, con sigilo, levantar el velo que lo cubría. Tenía desnudo el pecho. Unas placas azuladas recubrían su piel; los dedos, crispados, arrugados, estaban agarrotados y las uñas ya tenían la lividez cadavérica; los ojos, además, aparecían nimbados por círculos color violeta. Todo aquello, desde el primer instante, lo pude notar con rara e inconcebible rapidez. Y en mí hizo presa el convencimiento de que «aquel era el cadáver de mi hermano muerto por el cólera».

Cuando recobré el conocimiento estábamos en la estación de Dijón. Graslepoix me refrescaba la frente con un paño mojado, y, ante mis insistentes interrogaciones, asegurábame que yo no había abandonado la máquina. Empero, en mí, palpitaba el convencimiento de que había ocurrido todo lo contrario.

— ¡Vamos hasta el A. A. F. 2551! — exclamé.

Y, cuando hasta el primer camarote llegamos, tal cual yo lo había visto anteriormente, apareció el cadáver de mi hermano. Los empleados quedaron horrorizados. En la estación no se escucharon más que los gritos de: «¡El cólera! ¡El cólera azul!»

Entonces, Graslepoix cogió a la mujer y a la pequeña, que sólo estaban desmayadas de miedo, y, como nadie quería hacerse cargo de ellas, las colocó en la máquina, sobre la fina carbonilla, cubriéndolas con sus tapados de seda.

El día siguiente, 23 de septiembre, el cólera se desencadenaba en París, después del arribo del rápido de Marsella.

....

....

La esposa de mi hermano es china; tiene los ojos almendrados y la piel amarilla. No me ha parecido bien eso de amar a una mujer de otra raza. ¡Pero, se parece tanto a mi hermano la pequeña! Además, ya estoy viejo y las trepidaciones de las máquinas me han convertido en un pobre despojo enfermo y débil. De cualquier manera vivimos tranquilos, excepto, naturalmente, los días en que rememoramos aquella terrible noche del 22 de septiembre de 1865, cuando el cólera azul llegó de Marsella a París, en el tren 018.

TRADUCCIÓN DE E. M. S. DANERO

DIBUJO DE MACAYA.

De Villa Mauricio

LA señorita directora y personal docente de la escuela N.° 1 a cuyo cargo estuvo la organización del festival patriótico realizado en conmemoración del 107.° aniversario de la jura de la independencia.

Especialidades de la Casa América

APRENDA IDIOMAS

aprovechando el Grafófono y nuestro método LENGUAFONO, consistente en un Texto y 15 discos dobles de 30 ctms., adaptados al mismo.



Al poco tiempo quedará usted sorprendido al ver con cuánta facilidad habrá aprendido Inglés o Francés, sin esfuerzos ni pérdida de tiempo. Visítenos o escríbanos que le demostraremos, con mucho gusto y *sin ningún* compromiso para usted, la maravillosa eficacia de este modernísimo método para aprender idiomas. — Nada pierde Vd. con informarse.

SU PRECIO: $160 AL CONTADO

o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 15 cada una.

N. 101

Regio GRAFOFONO

AMERICA

con gran corneta amplificadora del sonido. Motor Suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria.

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis.

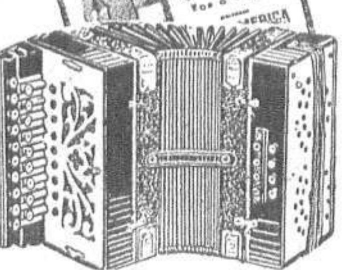
Otros modelos de grafófonos, desde

$ 35

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21.

DISCOS: Siempre grandes novedades en bailables Nacionales y Extrajeros, Cantos Populares, Operas, Música Clásica, etc., etc. — Gran Catálogo general de discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

APARECIO EL



OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$18

El método solo, $ 1.50.

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos, modelos de **"STRADELLA"**, y **Bandoneones Alemanes**, que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite en seguida gran catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

Nuestras CUERDAS ARMONICAS

darán doble valor a su guitarra.

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a....... **$ 2.70**

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta, a.. **$ 3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a....... **$ 4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente **$ 10.—** Porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

GUITARRAS "AMERICA"

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales.

N.º 3013. — En cedro, con mosaico............. $ 12.—
N.º 3045. — Modelo fino, en nogal, con cenefa.. » 17.—
N.º 3002. — En nogal, con incrustaciones de nácar. » 25.—
N.º 3021. — Guitarra de concierto............. » 36.—

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.



Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados



El doctor Luis Angel Lagomarsino, diputado nacional e intendente municipal de Merlo, rodeado por las autoridades locales y destacados vecinos después del banquete que le fuera ofrecido por su brillante actuación política.

LA FUERZA DE LOS ANIMALES

Se cree generalmente que el elefante, el caballo y otros animales corpulentos son los más fuertes, y, sin embargo, hay animalitos muy pequeños que tienen cientos de veces más fuerza que ellos.

Los insectos en general son asombrosamente fuertes con relación a su tamaño.

Un caballo puede arrastrar, no rodar, escasamente un peso igual al suyo, y hay insectos que arrastran pesos setenta y cinco veces más grandes que ellos.

Un hombre que apriete con la mano un dinamómetro desarrolla generalmente una fuerza igual a las tres cuartas partes de su peso, y un perro al morder lo hace con una fuerza igual a ocho veces su peso.

Los crustáceos y moluscos poseen aún fuerza mayor. El pellizco de un cangrejo no es cosa agradable, pues la fuerza que emplea en las pinzas es de veintiocho veces su peso.

Todavía es peor el dejarse coger los dedos entre las conchas de una almeja. La fuerza con que oprimen sus valvas es igual a 382 veces su peso.

Toda arrogante presunción es locura, y todo abatimiento de sí mismo que no se ejercita por Dios es pusilanimidad. — TIRSO DE MOLINA.

CON POCOS



MAS DE SU PRESUPUESTO LLEVE A SU HOGAR PARA LOS SUYOS Y SUS AMISTADES UN ARTICULO NOBLE

GODET

EXTRA (PAPEL BRONCE)
EL BOMBON DE LOS CHOCOLATES

OTROS GUSTOS:

GODET FINO (PAPEL AMARILLO)

GODET ESPECIAL (PAPEL VERDE)

DANIEL BASSI & Cía. — BARTOLOME MITRE, 2538-54 — BUENOS AIRES



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

Las Madres de 50 Naciones

Los habitantes de 50 naciones consumen QUAKER OATS para obtener vigor y vitalidad. En todas partes del mundo hay madres que dan QUAKER OATS a sus hijos.

Ellas saben que ningún otro alimento puede formar de la misma manera cerebros fuertes y cuerpos vigorosos.

En todas partes los inválidos y los convalecientes consumen QUAKER OATS para recuperar la salud y la fuerza.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



CONSULTORIO

N.º 1992. — *¿Cuál ha sido la partida de caza más numerosa que se ha visto en el mundo?*

DOMINGUITO TAVELLA.— La Plata.

Durante el segundo tercio del siglo pasado más de la mitad del territorio de los Estados Unidos estaba cubierto de rebaños de bisontes, algunos de los cuales no bajaban de medio millón de cabezas. La caza de estos animales no era entonces un pasatiempo, sino un negocio del cual vivían miles de almas, y para llevarla a cabo reuníanse anualmente en las praderas del Río Rojo un verdadero ejército de cazadores, organizado casi militarmente y con sus jefes correspondientes.

Centenares de hombres, todos ellos pieles-rojas y mestizos, con sus familias y numerosa impedimenta, pasaban la vida en las llanuras desde el 15 de junio al 1.º de septiembre, sin hacer otra cosa que perseguir y matar bisontes para luego vender sus pieles a los blancos. En 1840 se hizo un censo de aquella numerosa partida, y se vió que constaba de 620 cazadores, 650 mujeres y 360 niños de ambos sexos, con 1.210 carros, 586 bueyes, 655 caballos de tiro, 403 de silla, especialmente amaestrados para la caza del bisonte, y 542 perros. En los dos meses y medio que duró la expedición se cazaron aquel año 652.000 bisontes.

La partida fué aumentando después progresivamente, hasta que en 1849 llegó a ser tan numerosa que se hizo necesaria una división. Entonces se formaron dos ejércitos, el mayor de los cuales, que tenía como campo de operaciones el territorio de Dakota, se componía de 900 personas, 603 carros, 600 caballos, 200 bueyes, 400 perros y un gato. La utilidad de este último para la caza del bisonte es bastante discutible.

Desde que el mundo es mundo no se recuerda partida de caza tan numerosa como la que, antes de esta división, formaban anualmente los indios y mestizos del Río Rojo.

N.º 1993. — *¿Por qué se llama mermeladas a ciertos dulces de fruta?*

GOLOSO. — Capital.

Todos, y muy especialmente los golosos, saben lo que es una mermelada; pero no el origen de este nombre. En un principio sólo se llamaba así al dulce de membrillo, tomando la palabra del portugués, en cuya lengua se llama a dicha fruta *marmelo*.

Los portugueses, a su vez, habían tomado este nombre del latín de la Edad Media, *malomellum*, contracción del más antiguo *malum mellatum*, que quiere decir manzana dulce, o melada. Los griegos fueron muy probablemente los verdaderos inventores del vocablo, pues en su idioma ya tenemos *melimelon*, que significa lo mismo, manzana de miel.

N.º 1994. — *¿Hay algún animal cuyos ojos no estén siempre en el mismo sitio?*

PEDRO RAMOS. — Lanús.

Entre las muchas rarezas que se encuentran en el mundo de los peces, una muy digna de mención es el cambio de situación de los ojos que durante su vida experimentan el lenguado, el rodaballo, la platija y, en general, todos los peces planos que nadan de costado.

Cuando salen del huevo, y aun por algún tiempo después, estos peces tienen, como todos los demás, un ojo a cada lado de la cara; pero luego, al irse desarrollando, los huesos de la frente no crecen en la misma forma por un lado que por otro, y tomando ambas órbitas una especie de *movimiento de báscula*, quedan las dos colocadas a un mismo lado de la cabeza.

Todos los peces planos cazan a los pececillos más pequeños, poniéndose en acecho tendidos sobre la arena del fondo del mar, con la que fácilmente se confunden, y se comprenderá que les sería inútil y hasta peligroso el tener uno de los ojos al lado de que se tienden, o sea en contacto con el fondo. En cuanto al hecho de que en su primera edad tengan los ojos como los demás peces, se explica porque las citadas especies derivan de otras que los tenían en la posición normal, y es regla casi general en los animales, que cuando son jóvenes se asemejen en algo a las formas de que proceden.

N.º 1995. — *¿Cuándo empezaron a usarse las cúpulas en las iglesias?*

FUTURO ARQUITECTO. — La Plata

El empleo de las bóvedas para cubrir espacios circulares data de remota época, y quizá la más antigua de que se tiene noticia es la del Tesoro de Atreo, enclavada cerca de la acrópolis de Micenas y correspondiente al siglo XIV (a. C.). La cúpula o bóveda esférica se debe a los romanos, que la aplicaron para cubrir espacios cuadrados. Cuando se adoptó la forma de cruz para las plantas de las basílicas cristianas, el crucero fué la parte principal del edificio y de allí nació la idea de decorarle de un modo particular por dentro y de señalarle por fuera.

La primera muestra de cúpula, levantada sobre un tambor e irguiéndose a modo de torre, como todas las modernas, está en la catedral de Pisa. En la actualidad, la cúpula más bella que existe, ideada por Bramante y realizada por Miguel Angel, es la de San Pedro de Roma. También es muy bonita la de la catedral de Florencia, debida a Brunelleschi, el creador de la doble cúpula.

De Italia pasó el gusto a las demás naciones de Europa. Londres erigió la de San Pablo, París la de los Inválidos, y España la magnífica del monasterio del Escorial.

N.º 1996. — *¿Existe algún pueblo donde las mujeres tengan el "máximum" de autoridad?*

FEMINISTA. — Ciudad.

El pueblo más feminista del mundo se halla en el Tibet. La mujer tiene allí una suprema e incuestionable autoridad sobre el hombre. Nos referimos al país de los lodaks, cuya población se calcula en 140.000 almas. Las mujeres lodaks aventajan en belleza e inteligencia a sus compatriotas de otras tribus. Son pequeñitas, blancas, agraciadas, limpias, afables y algo coquetas en el vestir. Unas mujeres ideales. En cambio, no hay en toda Asia hombres más feos que los lodaks. Son bajos, rechonchos, de cabeza pequeña, frente aplastada, pómulos salientes, y por si esto fuera poco, bajo su diminuta nariz se abre una boca descomunal. Además, son sucios como ellos solos, tanto que ha sido preciso promulgar una ley imponiendo multas a los que no se lavan una vez al año, por lo menos. Con tales antecedentes, no es extraño que sea allí la mujer quien se imponga. Ellas eligen los sacerdotes, deciden las cuestiones de interés público y hacen, en fin, todo lo que en los demás países compete a los hombres.

En Lodak se practica la poliandria. Cuando una joven se fija en un muchacho, notifica a la madre que lo quiere como jingtuk (amante), y la mamá, que está deseando quitarse pronto de encima sus feos retoños, accede, y se verifica la boda con arreglo a ciertas ceremonias.

Todos los maridos de una mujer viven amigablemente, trabajando todo lo que pueden para mantenerse y para mantenerla a ella. La llegada de un nuevo esposo es siempre motivo de regocijo en el harén masculino.

MERCEDES P. RUIZ. — *Est. Beltrán.*

Agradecemos los conceptos que le merece esta sección y le aconsejamos recurra a cualquier librería un poco surtida, donde encontrará muchos libros sobre los puntos que motivan su consulta, donde en forma extensa y con muy buenos grabados satisfarán su curiosidad.

A. M. DORREGO. — *Lanús.*

No podemos contestar con la premura que usted y algunos lectores desean, porque las preguntas son evacuadas por riguroso orden de llegada, y diariamente recibimos un excesivo número de ellas.

A. SACO. — *Estación Ramallo.*

No podemos darle datos de la índole que solicita.

UN INTERESADO.

Como eso puede obedecer a varios motivos, no podemos indicarle ningún tratamiento sin conocer la causa. Si es debido a la edad, no hay nada que hacer.

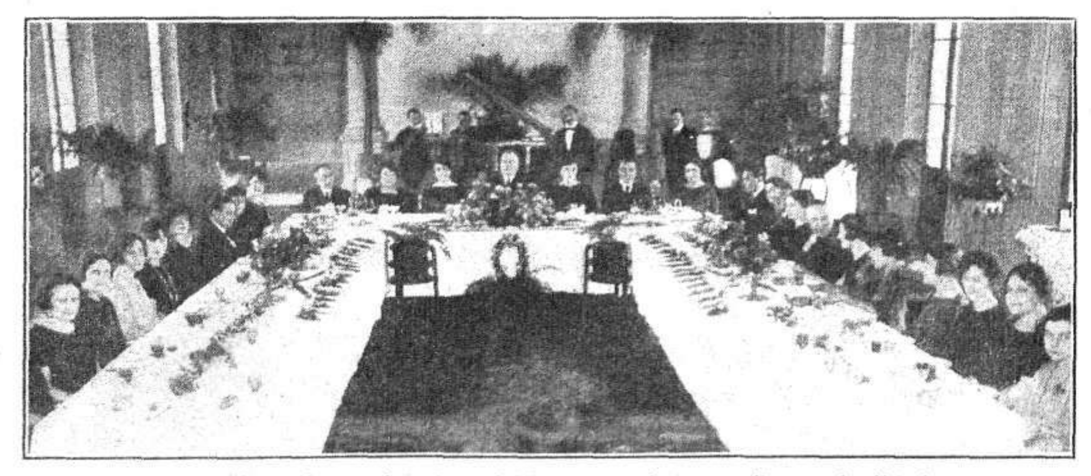


Al encontrar el reflejo
de su hermosura, María
siente una intensa alegría
y emoción, ante el espejo.

Y no es manifestación
de inmodestia o vanidad,
pues sabe que su beldad
es obra de ese jabón

tan famoso y celebrado,
cuyo nombre, en prosa y verso,
va por todo el Universo,
con prestigio bien ganado.

¡REUTER, jabón que perfuma
el cuerpo de la mujer,
y que renueva su ser
al contacto de su espuma!



Aspecto del banquete ofrecido por el cuerpo de profesores de la escuela normal mixta a su director, señor Alejo Amavet, con motivo de su traslado a la escuela Superior de Comercio de La Plata.

TEORÍAS DEL DOCTOR FERRÁN ACERCA DE LA TUBERCULOSIS

Este sabio español ha puesto en claro, con sus experimentos científicos, la causa de que muchos se vuelvan tuberculosos sin haberse expuesto al contagio.

Asegura que el ser humano desde que viene al mundo se pone en contacto con unas bacterias muy abundantes, que se encuentran por doquiera, especialmente en el suelo, y que absorbemos por millones, sobre todo en la niñez, cuando gateamos; bacterias que se adaptan muy bien a nuestro medio interno, singularmente al tubo intestinal, viviendo en estado de enemigos benévolos mientras tanto nuestro equilibrio fisiológico no se altera; pero si por cualquier cambio o transgresión higiénica perdemos la estabilidad que constituye la salud, entonces estos gérmenes, que Ferrán llama bacilus «Alfa», y que con nosotros habían convivido sin dar señales de su existencia, se transforman, más o menos bruscamente, en agentes morbosos, pasando en muchas ocasiones a la categoría de bacilos de Koch.

Esta doctrina ha tenido algunos detractores; pero hace poco el Instituto de Pasteur, por boca de un ilustre miembro del mismo, el doctor Petit, ha lanzado al mundo científico la noticia de haber sido comprobada en aquel centro de investigación la dotrina del doctor Ferrán.

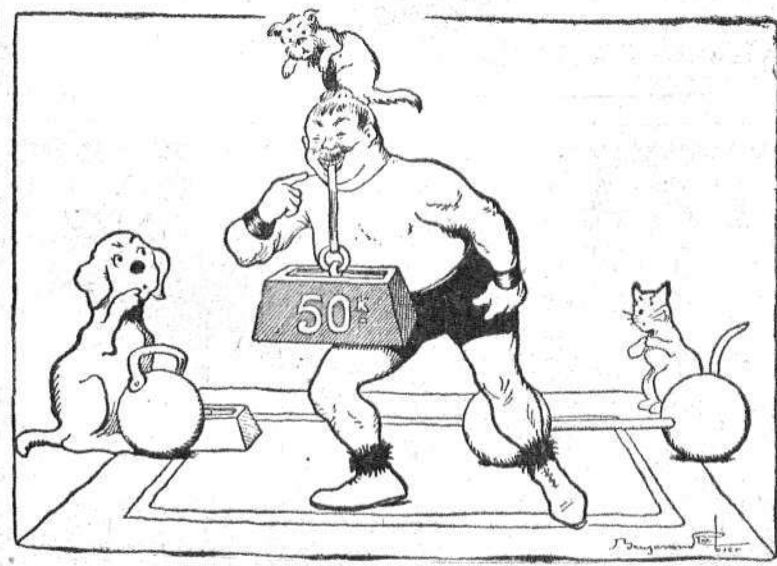
Uno que se salva corriendo



Para correr mucho se necesita aliento.
Para tener aliento son necesarios buenos pulmones.
Para tener los pulmones en excelente estado debe tomarse Alquitrán Guyot.

El empleo del **Alquitrán Guyot** tomado en todas las comidas a la dosis de una cucharadita de café en un vaso de agua, basta, efectivamente, para hacer desaparecer en poco tiempo el catarro más pertinaz y la bronquitis más inveterada. Incluso, consíguese a veces modificar y curar la tisis bien declarada, puesto que el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón, matando los microbios nocivos causantes de esta descomposición.
En interés de los enfermos, debo manifestar desconfíen de cualquier producto que se les quiera vender en lugar del verdadero **Alquitrán Guyot.** Para obtener la curación de las bronquitis, catarros, antiguos resfriados descuidados **y** *a fortiori* el asma y la tisis, es indispensable pedir en todas las farmacias el verdadero **Alquitrán Guyot.** Con objeto de evitar todo error mirad la etiqueta: la del verdadero Alquitrán Guyot lleva el nombre Guyot impreso en gruesos caracteres y su firma al bies en tres colores: violeta, verde y rojo, lo propio que la dirección: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, Paris.**

Dentadura Excelente



Emplead el Dentol y tendréis como este hombre una dentadura excelente.

El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico, está dotado de un perfume muy agradable.
Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.
El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

Señoritas y jóvenes que concurrieron al baile familiar realizado en el domicilio del señor G. Galdini en conmemoración del 9 de Julio.

CAPRICHO ORIENTAL



Y al llegar a la 237.ª noche...

Bajo el azul sombrío de un cielo en que la luna enrojecía y las estrellas parpadeaban como luces de una fiesta lejana y misteriosa, hizo su aparición en los jardines de Palacio la reina Sherezada, seguida de su hermana Dinazarda. Una tormenta había desnudado aquella tarde los rosales de Babilonia, y las hijas del Visir, al pisar aquellos pétalos aun frescos, que tejían sobre el suelo una alfombra de nácar y coral, creyeron pisotear ensueños.

Aprovechando la tardanza de su esposo el rey Shabriar, retenido en una fiesta por las mujeres del harén, la bella Sherezada abandonaba sus estancias para gustar con su hermana menor el penetrante olor de la tierra mojada y el último olor de las flores destrozadas por la lluvia.

De pronto, Dinazarda exclamó, sacudiendo al viento húmedo la caricia de sus velos amarillos:

—¡Oh, hermana mía! ¡Cuán dulces y agradables son esas historias con que todas las noches entretienes la crueldad de tu esposo! ¡Singularmente la de ayer dejó mi ánimo suspenso por el interés de la fábula y la enseñanza que de ella se desprende!

Sherezada sonrió, revelando a su hermana:

—Pues aun es más sorprendente la que voy a narraros esta noche cuando mi augusto esposo nos llame a su aposento.

—¡Por Alah sobre ti, querida mía! — replicó Dinazarda, interesada. — Anticípame algún detalle de esa maravillosa historia, mientras viene tu esposo.

—Con mucho gusto voy a complacerte — contestó la bella esposa del sultán. Y después de enlazar por el talle con sus brazos desnudos a su hermana menor, paseando con lentitud bajo el verde centelleante de las palmeras del jardín, comenzó en esta forma su relato:

—He llegado a saber, ¡oh, afortunada hermana!, que en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de los siglos, hubo un rey que murió repentinamente cuando más ocupado estaba en buscar un marido para su única hija, la princesa Luz de Oro, así llamada a causa de su extraordinaria y deslumbrante belleza. Fué preciso, pues, cumpliendo las leyes del país, elevar al trono a la hermosa joven, para que una vez soberana eligiera el esposo que con ella hubiese de regir a su pueblo.

Y cuando ya coronada reina, la princesa Luz de Oro salió de la grandiosa cámara en que se había celebrado la ceremonia, escoltada de toda su corte, en traje de gala; los ministros, semiocultos entre los pliegues de sus capas pluviales bordadas de oro y púrpura, y los soldados acorazados de hierro reluciente

al sol, se detuvo un momento erguida bajo la suntuosidad del manto real, que la envolvía en un oleaje de pedrería multicolor y fascinante. El humo aromático del incienso y el acre perfume de la mirra, las lámparas de oro que convertían la estancia en un torrente de fuego, y aquella multitud enjoyada y febril que asistió al acto, la habían enervado y aturdido. Abrió los grandes ojos entornados por el cansancio, y asomándose a un ventanal miró al pueblo que a sus pies se amontonaba sobre las gradas de piedra, a duras penas contenido por las lanzas de los guardias reales. Y la hermosa reina, que ignoraba las fealdades, la miseria y la desgracia humanas, porque no había salido hasta entonces de su palacio, donde todo era bello, sintió una sensación de repugnancia al ver aquel montón de miserables pordioseros y lisiados pululando como alimañas, empujándose, vociferando, todos a cual más sucios, harapientos, mal olientes y horribles, como monstruos de pesadilla, turbadores de la pureza de aquel día primaveral con sus horribles aclamaciones, que sonaban a amenaza. A los pies de la reina parecían aumentarse y hervir de podredumbre, como una inmensa llaga expuesta al sol. Toda la gran plaza estaba llena de aquellas criaturas andrajosas, repulsivas y entusiasmadas, que no se avergonzaban de mostrarse ante los ojos reales, y abandonaban sus tugurios satisfechas al pensar que la reina iba a cruzar entre ellas. La reina sentía arder la cólera en sus sienes, y tuvo deseos de arrojar la corona y despojarse del manto real, porque no valía la pena de reinar sobre aquella humanidad deforme y repugnante, tan diferente de las bellas estatuas blancas de sus parques y las encantadoras figuras de sus cuadros.

Pasó su mano pálida y ensortijada por sus ojos, como queriendo borrar de ellos el horror entrevisto, echando nuevamente a andar, y tras de ella descendió toda su corte por la escalera de mármol, alfombrada de magnolias, haciendo centellear gemas y vestiduras a cual más fastuosas, entre la nube azul del incienso echado en las cazoletas de cobre bruñido, que los esclavos negros hacían oscilar. Resonaban las guzlas y los panderos marcando alrededor de la reina joven una aureola de belleza y suntuosidad que la magnificó ante los ojos atónitos de los miserables andrajosos, los pordioseros repulsivos y los lisiados monstruosos.

—¡Mis vasallos, al fin!... — pensó la bella reina, con amargura, como si hubiera sido engañada.

Hizo una breve pausa la gentil Sherezada y prosiguió su narración:

—Ya era pasada medianoche, y la reina continuaba en la torre más alta del palacio, de codos sobre el alféizar de la ventana, abstraída en sus meditaciones.

La brusca visión que había tenido de la realidad y el dolor humano le impedían conciliar el sueño, y a la plácida luz de las estrellas contemplaba la ciudad dormida. Del parque real ascendía el perfume sensual de las magnolias, el delicado aroma de las rosas y la fragancia sutil de los jacintos, y la reina suspiraba con infinita tristeza viendo aquellos jardines tan hermosos ceñidos en la lejanía por mezquinas casuchas y chozas miserables. Y entonces pensó que era necesario curar su reino de toda fealdad y todo dolor, dejando sólo en él aquellas cosas y personas que conservasen la belleza. Muy lentamente, la luna se había desvanecido en un halo de plata, tornándose argentado el azul del cielo; en el extremo horizonte las montañas salían de la penumbra dibujando en la blancura del alba sus cumbres, y las tranquilas aguas del estanque ondularon acariciadas por la invisible cabellera del amanecer. Y luego, el sol, magnífico y resplandeciente, inundó con sus resplandores el valle.

Como fieles creyentes extasiados por el milagro, los girasoles volvieron sus discos de bronce hacia el sol naciente; las ramas altas de los laureles se humedecieron con el flúido oro matinal, y a lo lejos una alondra gorjeó su oración de la mañana.

Y el sol se extendió sobre los campos y la ciudad; reflejóse en las aguas muertas de los pantanos y en el claro espejo de las fuentes del parque; iluminó los áureos palacios, el fondo del río y las cabañas de los pescadores. A su conjuro, los árboles pustulosos de musgo se cubrieron de metales preciosos, y el rocío de la mañana se convirtió en diamantes. Había diamantes en el terciopelo verde de los campos y en los tejados de las chozas míseras, en los pétalos de las flores y en las orillas del río; por todas partes, a las caricias del sol, aparecieron diamantes cien veces más maravillosos que los tesoros de la reina.

Entonces ella contempló el sol y meditó.

Y he aquí que su altivez desapareció con las sombras de la noche y una suave piedad humedeció sus ojos desdeñosos. Porque había visto cuán grandes eran su crueldad y su egoísmo. Todo ser hermoso o feo, toda cosa bella o deforme, podía disfrutar de la luz del sol sin que su hermosura disminuyera por esto; toda criatura podía alabar al sol, y toda cosa gozar de su grandiosidad. ¿Y podía ella, que era uno de tantos seres perecederos, destruir las leyes del Ser Inmortal? Sintió una inefable sensación de placer ante la idea de que también ella, como el sol, podía dispersar sus tesoros por el reino, coadyuvando a la general felicidad, y sonriendo al viejo sol, que había hecho florecer en su alma la azucena de la compasión, extendió su mano pálida y ensortijada y bendijo dichosa al pueblo, disponiéndose a elegir como esposo al vasallo más pobre de su reino...

Pero al llegar a este punto de su narración, un eunuco se presentó ante las dos hermanas, suplicando a la reina Sherezada, en nombre del sultán Shabriar, que volvieran a las regias estancias.

Ambas obedecieron la orden del monarca, y momentos después se sentaban con él sobre un tapiz de Persia, para continuar Sherezada aquellas fantásticas historias que tanto cautivaban al rey, y eran luego conservadas por los escribas para asombro de las posteridades; mas la esposa del rey, para no fatigar a su hermana repitiendo la narración del jardín, prefirió enterar al sultán de las graciosas aventuras de un camellero de Bagdad, y por eso la peregrina historia de la princesa Luz de Oro no figura en el maravilloso libro de "Las mil y una noches..."



Aspecto de la sala de actos publicos del Colegio de la Inmaculada Concepción durante la esplendida fiesta a que dió lugar el homenaje tributado al sabio Pasteur.

El doctor Luis Niklison pronunciando su notable conferencia sobre la vida del ilustre biólogo.

Niños del Colegio que tomaron parte en el coro de la zarzuela "El rey que rabió", alcanzando un pleno éxito por su correcto desempeño.

GALLETITAS CUBIERTAS CON CHOCOLATE

MORENAS

En todo lunch bien servido ocupan lugar preferente por su sabor exquisito y delicado, substituyendo ventajosamente al más rico bombón.

Pruébelas Vd.



Monseñor Roneo, el Pbro. Dr. Vazquez y alumnos del Colegio Jobson que recibieron su primera comunión de manos del ilustre prelado.



¡REUMATICOS!

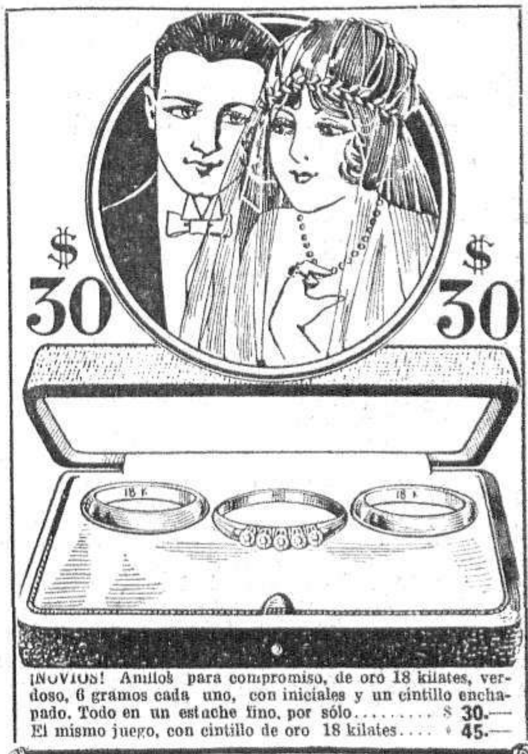
El **"PREPARADO OMAÑA"** es lo más indicado para dolor y debilidad de espalda, cintura, caderas, varices y, en general, todo dolor reumático, articular o muscular. Se aplica sobre la parte afectada y su efecto curativo comienza entre el segundo y el quinto día de tenerlo aplicado. Basta, generalmente, un solo **"PREPARADO OMAÑA"**.

Se vende en todas las farmacias del país.

Solicite prospectos.

OETKEN y Cía

Bartolomé Mitre, 2006 — Buenos Aires



¡NOVIOS! Anillos para compromiso, de oro 18 kilates, verdoso, 6 gramos cada uno, con iniciales y un cintillo enchapado. Todo en un estuche fino, por sólo......... $ **30.—**
El mismo juego, con cintillo de oro 18 kilates.... $ **45.—**

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



¿Le agradaría a Vd. poseer uñas pulcras y brillantes?

Nada más fácil y entretenido. Vd. tendrá el placer de ver transformarse sus uñas en pocos minutos, y lo que es más maravilloso aún, sin trabajo casi y **sin necesidad de cortarse la cutícula.** Use para ello las especialidades

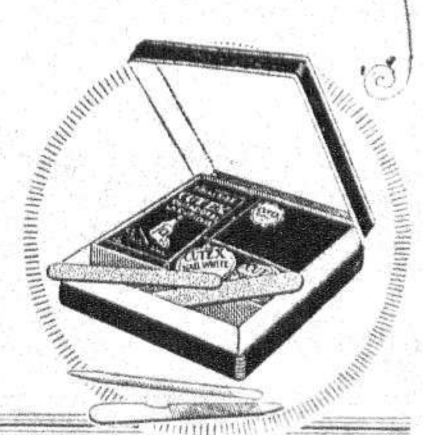
CUTEX

El bonito **Estuche CUTEX Compacto**, que ilustramos en este anuncio, contiene Líquido para remover la cutícula sin cortarla y darle elegante simetría, Blanco para el borde de las uñas, Pulimento para dar brillo, limas, palillos, etc., etc.

CUTEX es lo más perfecto que se ha creado hasta hoy para el embellecimiento de las uñas. Usándolo podrá Vd. ostentar esas uñas exquisitamente hermosas, brillantes y sonrosadas, que tanta admiración inspiran.

El Estuche CUTEX Compacto se vende en las principales Perfumerías, Farmacias y Tiendas al precio de $ 2.50 c/u. Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe en giro postal o efectivo, en carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido.

NORTHAM WARREN CORPORATION
New York, E. U. A.
Unico Concesionario: E. Herzfeld
Maipú. 533. Buenos Aires



LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

MEDITACIONES EN ROMA, *por Lucas Ayarragaray.* — Cuando era representante de la república ante el gobierno italiano el distinguido autor de este pequeño pero valioso libro, se daba a visitar las ruinas de la Vieja Roma, y sus visitas le inspiraron estas Meditaciones. La historia de Roma es, indudablemente, uno de los incentivos más adecuados para meditar sobre lo transitorio de los poderes de la tierra; sobre el fenómeno histórico que fué y sigue siendo el cristianismo, particularmente en su aspecto, diremos, romano; sobre tantas y tantas cosas, más o menos directamente relacionadas con la historia, la literatura, el arte, la filosofía, la psicología, etc.; y de ahí el peligro de que tales meditaciones concluyan por resolverse en rapsodias más o menos pedantescas de lecturas no siempre bien digeridas; pero éste no es el caso de este libro, y ello se explica fácilmente cuando se recuerda que el autor es un pensador, un literato y un escritor de relevantes cualidades. En su libro no está, naturalmente, todo lo que meditó mientras contemplaba las ruinas del Coliseo y de las Catacumbas, o pasaba bajo el arco de Tito, o visitaba las antiguas iglesias de la Ciudad Eterna, y en ello radica el valor principal de sus Meditaciones. No hay en ellas nada que no haya sido pasado por el alambique del buen gusto, nada que no haya sido ponderado en la balanza de la sindéresis, lo que motiva la singular complacencia intelectual con que se leen de punta a cabo y de un tirón, como se dice. A la valiosa, aunque no muy extensa, labor literaria del señor Ayarragaray se ha agregado, así, un número que singularmente la enriquece, enriqueciendo, también, casi no hay necesidad de decirlo, la literatura nacional.

—

EL PROBLEMA DEL ÁRBOL, *por Miguel Angel Tobal.* — Se ha atribuído a Goethe aquello de que todo hombre, para cumplir su misión en la tierra, debe tener un hijo, escribir un libro o plantar un árbol. Respecto al primer punto, nuestro país fué siempre goethiano entusiasta; en cuanto al segundo, hace tiempo que va en camino de serlo también, pues ya son pocos aquellos de nuestros conciudadanos que no han publicado un libro, por lo menos; y en lo tocante a lo tercero, plantar un árbol, están ya dando los mejores resultados los esfuerzos de hombres tan inteligentes y tenaces como el autor de este libro, destinado, muy oportuna y felizmente, a fomentar entre nosotros el cultivo de los árboles. Pocas campañas más útiles, así en lo moral como en lo espiritual, que ésa en favor del árbol, en el cual los pueblos primitivos veían, no sin alguna dosis de buen sentido, una divinidad benéfica para el hombre, o a lo menos un instrumento de esas divinidades.

—

PSICOLOGÍA DESCRIPTIVA, *por M. Rosés Lacoigne.* — Este es un libro docente, escrito de acuerdo con el programa en vigor en los colegios nacionales; pero su particular importancia puede colegirse de las siguientes palabras del autor: «Trataremos de asignar los límites, en lo posible, de dos ciencias que, aunque afines, difieren por la naturaleza misma de los fenómenos que las engendran: son ellas la Psicología y la Fisiología. Los estudios que se efectuaren valdrán en cuanto sean Psicología y en cuanto sean Fisiología; pero nada valen ni nada explican cuando tratan de armonizarse en una Psico-fisiología que no es ni Psicología ni Fisiología». Compuesto teniendo como fundamento esa sana distinción, el texto del señor Rosés toma los caracteres de una obra de importancia mayor que la de un mero texto de enseñanza, a pesar de que la importancia de éstos no es, o por lo menos no debería ser, en ningún caso, pequeña.

—

EL HOMBRE QUE VOLVIÓ A LA VIDA, *por José León Pagano.* — Del señor Pagano podría decirse tal vez que es un humanista, en el grado en que permite serlo la implacable tendencia a la especialización que en todos los órdenes de la actividad intelectual tiende a predominar en el mundo. Todas las artes le interesan y las ciencias mismas atraen su atención. Ha escrito libros de crítica y de filosofía, novelas y dramas, y ahora regala a sus lectores con una colección de cuentos, o mejor dicho, de novelas cortas, en que se advierten las mismas bellas cualidades que en sus demás obras. Es el señor Pagano escritor de esos que son llamados concienzudos, bien que sin poner en el término significación alguna susceptible de ser tomada en mala parte. Es concienzudo porque desconfía de la improvisación y de la capacidad de la inteligencia para hacer bien cosas no bien meditadas. De ahí el carácter indeleble de seriedad, de honestidad literaria de todas sus obras, y que aun en este libro, con ser de novelas cortas, se aplaude. En cada una de ellas hay un asunto, emocionante por de contado, que se desarrolla muy hábilmente hasta llegar al punto máximo de la emoción en el momento preciso y no en otro. Y en cuanto al estilo del señor Pagano, está en perfecta relación con las cualidades que ya se han indicado: es un estilo noble sin rimbombancia, correcto sin pedantería, elegante sin contorsionismos funambulescos. Completa el volumen una muy bien lograda pieza dramática en un acto, «El Zarpazo», en la cual se destacan las condiciones de fino observador que caracterizan al distinguido autor.

—

MARÍA TERESA, *por Bernardo H. Ruiz Cucullu.* — Bien se echa de ver que el autor de esta novela es joven y entusiasta admirador de las virtudes nativas, especialmente las de las mujeres. Ya nos lo previene en una advertencia: «La figura central, María Teresa, es el prototipo de la mujer argentina: ¡bondad, distinción y gracia! La del indio Narimar, figura recia y extravagante, actúa en un medio extraño para él, Buenos Aires. Y por último, Roberto Griner, el estudiante de medicina, es el estudiante porteño: de una inteligencia poco común, pero abandonado en su vida». A pesar de ese abandono, Roberto se casa, naturalmente, con María Teresa, y ambos se embarcan para Europa, a pasar allá la luna de miel. El viaje lo efectúan los novios en el Infanta Isabel, y a ello se debe que en esta ingenua novela tenga el lector el placer de ver aparecer la simpática figura del capitán Deschamps.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

Los Humoristas, por Ramón Gómez de la Serna. Biblioteca «Los Humoristas». Ed. Calpe. Madrid-Buenos Aires.

Los mitos de la América precolombiana, por Adolfo Bonilla y San Martín. Ed. «Cervantes». Barcelona.

Deformarse es vivir, por Vicente A. Salaverri. Ed. «Cervantes». Barcelona.

El comprador de haciendas, por Monteiro Lobato, traducido al castellano por Benjamín de Garay. Ed. «Cervantes» Barcelona.

Coloniaje Romántico, por Angélica Palma, novela de evocación histórica. Ed. «Cervantes». Barcelona.

FOLLETOS:

Poema Serbio, por Julia García Games. Buenos Aires.

Educación de la masa, escuelas profesionales, por Clelia G. de Carelli. Buenos Aires.

Las relaciones de la república de Cuba y los Estados Unidos de América conforme al tratado permanente, por Cosme de la Torre. Ed. Rambla Bouza y Cía. Habana. República de Cuba.

TEATRO:

Raquela, boceto lírico en un acto, por Víctor Mercante, música de Felipe Boero. Ed. López y Cía. Buenos Aires.

REVISTAS:

Tierra Argentina. Año I. Número 1. Buenos Aires.
Bellas Artes. Año I. Número 7. La Plata.
Cruz Roja Argentina. Año I. Número 1. Buenos Aires.
Ibérica. Números 176-78. Tortosa. España.



En la Capital
enviamos muestras
a domicilio.

Primorosa Elegancia...

experimentará vistiéndose con uno de los trajes o sobretodos
MODELOS de la casa M. ALVAREZ.

Estos trajes y sobretodos MODELOS, que han proporcionado el más lisonjero triunfo a la casa M. ALVAREZ, hechos en regios casimires importados, están ahora a su alcance.

NO DEJE PASAR ESTA OPORTUNIDAD

Trajes o sobretodos
MODELOS
en regios casimires,
listos para vestir. **$ 62.-**

Enviamos al interior catálogos y muestras. Al pedir estas últimas sírvase indicar color y precio del traje o sobretodo que piensa encargarse.

SASTRERIA DE LUJO
(LA MAS GRANDE EN SUD AMERICA)



NO TENEMOS SUCURSAL




Señora Amalia Di Carlo de Busar. — Baradero.

Señor Isaac González. — Mercedes.



Señor Hugo S. Alesina. — Capital.



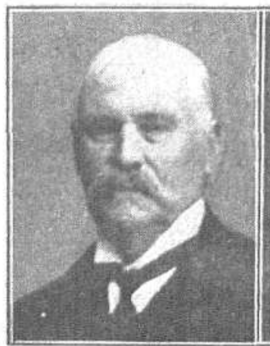
Señor Manuel Pérez Castiñeira. — Rosario.



Señor José Malfaria. — Lanús.



Señor Luis Petersen. — Tres Arroyos.



Señor Bartolomé Borzone. — Rosario.



Señor Domingo Martinelli. — Pérez Millán.



KOLYNOS, crema dentífrica de efectos persistentes

ASÍ como un médico tiene muy en cuenta la duración de los efectos de un medicamento para espaciar sus dosis al enfermo, así también se han calculado científicamente los efectos depurativos de Kolynos para que la antisepsia de la boca dure desde una hasta otra aplicación.

Esta característica inestimable de Kolynos, es la que el público debe tener presente al elegir.

CUBRASE ⅓ DEL
KOLYNOS CREMA DENTAL
UNA CREMA DENTAL CIENTIFICA SEGÚN FÓRMULA DEL DR. N.S. JENKINS
LIMPIA ANTISEPTICA DELICIOSA
UNICOS FABRICANTES THE KOLYNOS CO NEW HAVEN, CONN. E.U. de A.
KOLYNOS

Kolynos se recomienda por los dentistas de todas partes del mundo, ellos lo usan porque lo conocen bien.

Kolynos limpia y blanquea los dientes, purifica la boca, y deleita con la frescura y aroma que imparte.

Pregunte por él al farmacéutico de su barrio.

KOLYNOS

CREMA DENTAL

FABRICANTES:
The KOLYNOS COMPANY
NEW-HAVEN, E·U·A·



AGENTES: **MAYON LTDA.**
1245 AVDA. DE MAYO 1257
BUENOS AIRES



funcionan actualmente más de **500.000 máquinas** de escribir "CORONA". Su éxito enorme lo debe esta marca a sus características, que son las de una máquina verdaderamente moderna: escritura siempre visible, teclado universal de teclas bien separadas, cinta de dos colores y automáticamente reversible, tecla de retroceso, **carro ancho** y que por lo tanto **permite escribir en una línea un número de letras mayor que cualquier otra máquina portátil.** Estos factores, unidos al hecho de ser la Nueva "CORONA" una máquina plegadiza, liviana y muy veloz, hacen que todo el mundo considere como asombrosamente barato el precio a que la vendemos, que es de

$ 19.50 papel AL CONTADO

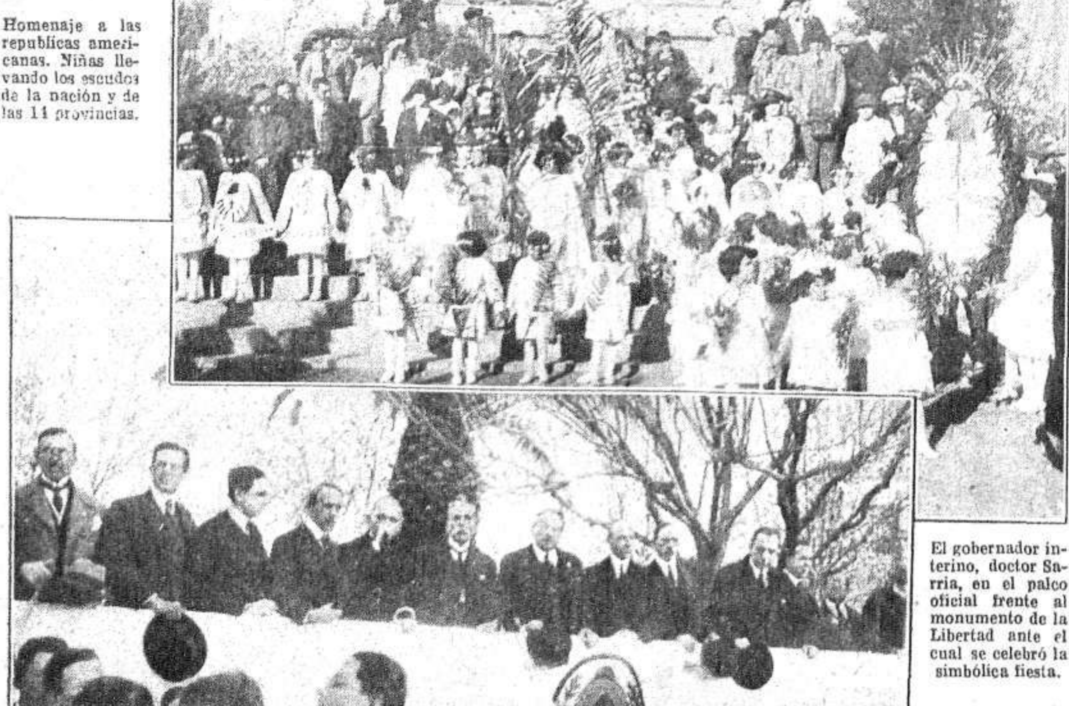
y el resto en 9 mens. de $ 19.50 m/n c/u. Al contado la vendemos por $ 195 papel, con un descuento del 10 %.

Solicite detalles completos en su pueblo al Agente de la "CORONA", a quien deberá pedirle que le muestre una máquina. En el caso de que en su pueblo no hubiera agente escríbanos directamente.

NECESITAMOS AGENTES ACTIVOS en las localidades donde aun no tenemos representante.

Cía LA CAMONA

39-MAIPU-43
BUENOS AIRES



Homenaje a las republicas americanas. Niñas llevando los escudos de la nación y de las 14 provincias.

El gobernador interino, doctor Sarria, en el palco oficial frente al monumento de la Libertad ante el cual se celebró la simbólica fiesta.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavidez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galindez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.° piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.


¡Ud. conoce nuestros establecimientos!
Si nunca ha tenido ocasión de reclamar nuestros servicios, Vd. por lo menos ha oído
hablar de nosotros.
Es que, desde que hemos abierto las puertas de nuestra casa, nos distinguimos por nuestra rectitud, honradez, práctica profesional y
calidad de los productos que expendemos.
Es por estas cualidades, bien sostenidas durante 31 años, que hemos logrado hacernos un nombre que
es toda una garantía.
Ensaye con un pedido; tenemos personal experto para atenderle con rapidez.
Escriba, telefonee, telegrafíe.
Vd. seguirá llamándonos siempre.
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
192, DEFENSA, 192
Unica Suc.: FLORIDA, 159 (P. Güemes)
Unión Telef. del 5921 al 5925, Avenida



Homenaje a las republicas americanas. Niñas llevando los escudos de la nación y de las 14 provincias.

El gobernador interino, doctor Sarría, en el palco oficial frente al monumento de la Libertad ante el cual se celebró la simbólica fiesta.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavidez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galindez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.º piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.


¡Ud. conoce nuestros establecimientos!
Si nunca ha tenido ocasión de reclamar nuestros servicios, Vd. por lo menos ha oído
hablar de nosotros.
Es que, desde que hemos abierto las puertas de nuestra casa, nos distinguimos por nuestra rectitud, honradez, práctica profesional y
calidad de los productos que expendemos.
Es por estas cualidades, bien sostenidas durante 31 años, que hemos logrado hacernos un nombre que
es toda una garantía.
Ensaye con un pedido; tenemos personal experto para atenderle con rapidez.
Escriba, telefonee, telegrafíe.
Vd. seguirá llamándonos siempre.
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
192, DEFENSA, 192
Unica Suc.: FLORIDA, 159 (P. Güemes)
Unión Telef. del 5921 al 5925, Avenida

TEATRO DEL SILENCIO

«TEODORA»

Hace cosa de veinte meses, paseando por la «vía luminosa» de Nueva York, contemplábamos el multicolor brillo intermitente de las bombillas eléctricas anunciadoras, en el frontis del Strand, de la película que acabamos de admirar por segunda vez en Buenos Aires.

Cinta espectacular por excelencia, recrea el sentido de la vista en grado sumo; sus amplias escenas evocadoras parecen adquirir vida y animación en el celuloide, retrotrayéndonos a los tiempos magníficos de las púrpuras cesáreas en la «ciudad eterna»; los conjuntos han sido armonizados con habilidad, bien seleccionados los tipos; abundancia de detalles decorativos enmarcando bien el episodio, un episodio extraído del drama de Sardou y objetivado con amplitud escenográfica, perdiendo en emoción y ganando en color y extensión panorámica. Queremos decir que el drama, que es palabra y llega al pensamiento, emociona, mientras que la cinta, sucesión de movimientos, impresiona agradablemente sin sacudirnos el ánimo por carecer del verbo... el timbre humano a cuyos sonidos obedecemos.

En cuanto a exigir una fidelidad histórica rigurosa, ya es sabido que los productores de cintas «reconstructoras de épocas» no suelen mostrarse muy escrupulosos. En «Teodora», sin embargo, puede observarse un prurito de fidelidad artística inteligente; y en la interpretación caben bastantes alabanzas, sobre todo para la heroína — la «estrella» Rita Joliveti — que interpreta el papel de Andrea acaso exagerándolo en algunos pasajes, lo que, tratándose de actrices latinas, no es propiamente un *defecto*, sino un exceso sin duda alguna de carácter sanguíneo.

«ENGAÑOS QUE SALVAN»

Es una comedia a base de la menudita y blonda Viola Dana, la cual, en apariencia nada más, engaña a su marido, el bobalicón actor Gastón Glass... le engaña no con otro: creyéndola comprometida en delitos enormes y famosos. Este error inicial da pretexto para que la cinta se vaya desarrollando con abundancia de incidentes y situaciones hasta que, a la postre, el lío se deshace, la paz renace y todo se concilia sobre los inalterables fundamentos de la «optimística» de los productores yanquis.

«EL MILAGRO DE LA FE»

Es una comedia dramática impresionante y artística en su más alto concepto. Tan sencilla como emotiva, comienza presentándonos a varios niños en escena, interpretando papeles de por sí, con la natural soltura de los buenos profesionales. Hay un niño bueno — un pibe de once a trece años — de quien se burlan algunos otros cuya malicia y maldad retoña sin disimulo entre sus verdes primaveras; hay una niñita muda, de escasos ocho abriles, un perro inteligente, y luego grupos de gente menuda que escuchan los «sermones» del primero.



Aquí está, nada menos que en los brazos del senador yanqui doctor Copeland, el talentoso actor Jackie Coogan, un pibe "cinemático" que se ganó, en buena lid artística, una preciosa copa como campeón escénico en la escena muda.

El niño bueno sorprende por la expresiva y dulce labor que desempeña. Su semblante nos va mostrando, como en un espejo, los sentimientos que le embargan; sus ademanes son correctos y sus explosiones infantiles de un admirable realismo. La niña que no habla, en una escena dificilísima que la obliga a fingir esfuerzos para adquirir la voz, hace tan visible y tan sensible la dificultad fisiológica de que padece, que su rostro infantil adquiere sombras de sufrimiento en tanto que varios lagrimones surcan sus tiernas mejillas. El auditorio, que escucha las frases evangélicas del niño bueno se compone de menores de diez, y el corazón se esponja de simpatía risueña cuando vemos a una linda piba no mayor de cinco años que, sentada sobre un cajón alto a modo de silla, cabecea, rendida por el sueño, mientras el «orador» predica; y los *gestos de ella son tan de verdad* y a la vez tan cómicos, que resulta delicioso verla cómo cierra los ojos, cómo se le dobla la cabecita y el cuerpo, y cómo, de repente, ante el desequilibrio progresivo que dará con ella por el suelo, su instinto la avisa y la despabila, haciéndola parpadear con ceñudo aspecto... para enseguida volver a cabecear. Por solamente observar a la minúscula protagonista de este detalle bien vale la pena de asistir a la exhibición de esta hermosa cinta.

Después de las escenas infantiles entran en juego actores grandes, tales como Claire Windsor, Pauline Starke y Kenneth Harland, y si se amanera la trama en episodios vulgares, recobra en los últimos actos un vigor realista admirable al presentarnos la catástrofe de la mina y el salvamento de los obreros, sin olvidar las masas populares que aguardan con ansiedad las noticias de sus desaparecidos bajo el derrumbe subterráneo.

Considerada fotográficamente, esta producción ofrécenos perfecciones de conjunto y de detalle de atractivo realismo. Sin ser una notabilidad, las dos principales figuras se hacen agradables desde las primeras escenas, ella por guapa y él por discreto.

NARCISO ROBLEDAL.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Minuciosas observaciones del vivir cotidiano, por **José Gabriel.** Un cuento, por **Julio Franzoso.** Un imperio ignorado, por **Ernesto Mario Barreda.** Un cuento utópico o la teoría de los hombres allo spiedo, por **Alberto Hidalgo.** Sonetos del arrepentimiento, por **Nicolás Coronado.** Poesía de la ciudad, por **Pedro Herreros.** Canción del desaliento, por **Federico A. Gutiérrez.** Coloquio, por **Raquel Adler.** El emigrante y Schopenhauer, por **José María Salaverría.** Reforma de la conjugación, por **Enrique M. Rúas.** Jugando, por **H. Annesley Vachell.** El «Rey-Rosa», por **Pedro Mac Orlan.** El taller misterioso, por **Emilio Sedein.** ¡Páter!, por **Felipe Mathé.** El Macaco, el Barbita y el Caruso, por **Alicia Pestana.** Perroquet, el leproso, por **I. F. Lonis Molet.** Ensueño, por **Enrique Heine.** El atentado contra Julio César según la prensa, por **Mark Twain.** La historia de un poema; breve entrevista con el doctor Joaquín Castellanos, por **Calixto Barrera.** Hombres célebres: Shakespeare, por **Eduardo del Saz.**

El sabor *de* *la* ironía



UNA tarde de estío caminaban al azar por un campo ralo de la provincia de Jujuy un zorro taimado y un apuesto avestruz. Eran compadres por el bautismo de un carancho ocioso y aventurero, pérfido e ingrato. Regresaban después de haber dado un paseo crepuscular por sus dominios comarcanos. La serenidad del ambiente y la orfandad de posibles amenazas sugeriéles diversas conversaciones entusiastas. Hablaron sobre el tiempo, las conjeturas sociales, las correrías agrestes y las próximas aventuras de la acción donjuanesca. Ambos excitaban su imaginación con el desafío ilusorio de sus goces, la pasividad ante cualquier peligro y el claro talento para rehuir las emboscadas de la envidia, la maldad y la venganza.

El cielo se nublaba lentamente y a lo lejos un arrebol de sangre llamó la atención de los alegres caminantes. Se detuvieron a contemplar largo rato, y luego, sin premeditación telepática, el avestruz le interrogó a su compañero diciéndole:

— Dígame, compadre, ¿qué haría usted si en este campito tan raso nos salieran unos perros?

— Yo — contestó el zorro sonriente y confiado — me subiría al primer árbol que encontrase en el camino. ¿Y usted?

— Ah — respondió con jactancia olímpica y desdeñosa el avestruz; — yo no preciso de esos recursos, pues con unas diez gambetas que les haga, los dejo muertos de cansancio y sin ánimo de perseguirme más.

No habían terminado de hablar y reirse estrepitosamente cuando vieron aparecer, de no se sabe dónde, una jauría ululante de perros ovejeros.

— Ni que el diablo los hubiese mandao — se atrevió a murmurar el zorro, mientras se ponía en desenfrenada carrera.

Los perros, enemigos implacables de los Juanes, se largaron primero en su persecución. Mas éste, con su asombrosa agilidad y fuertes uñas, se trepó a un árbol rápidamente, burlando así la avidez sangrienta y terrible de los canes. Viendo éstos la imposibilidad material de darle caza, regresaron hacia el avestruz, que habiendo cortado el camino los miraba desde lejos muerto de risa por el julepe del amigo.

Amenazado por la ingrata sorpresa, el avestruz echó a correr inmediatamente. Sus largas canillas eran insuficientes para abarcar distancias. Bien pronto los perros se le acercaban cada vez más, hasta desollarle los talones, y viendo entonces este trance de apuro y de zozobra, el zorro le gritó desde el árbol:

— Haber, compadre lince; de las diez gambetas siquiera una.

Al oír esta injuria verbal y suspicaz del viejo compañero, el avestruz le respondió tartamudeando, mientras se perdía a lo lejos, levantando una obscura polvareda:

— Dejemé compadre; si aura con el susto yo no me acuerdo de ninguna.

Ante el caso de justicia criolla, aquella tarde estival, don Juan de los montes embriagó por vez primera su espíritu con el verdadero sabor de la ironía, largando al viento una resonante carcajada.

JULIO ARAMBURU



PONGAMOS LAS COSAS EN SU LUGAR

— ¿Usted me jura que a su hotel no vienen personas sospechosas?

— Sí, señor; lo juro.

— Está bien; entonces me voy a otra parte.



"IN EXTREMIS"

— Creo que pronto partirá al reino de los cielos.

— ¡Quiere callarse?... ¡Un tan buen librepensador!



Distinguido núcleo de señoritas y jóvenes que concurrieron al te danzante realizado en el Hotel Savoy a beneficio del hospital Santillán, fiesta que fué patrocinada por un destacado grupo de señoras presidido por la señora López Peña de Ledesma Posse.

LA RAYA DE LOS PANTALONES

La principal elegancia de un hombre radica en el pliegue perfecto de los pantalones. Para conseguirlo, los sastres han recurrido a las más ingeniosas combinaciones, desde el sutil forro de seda hasta las puntadas invisibles que guardan la rígida propiedad de la línea vertical.

Sin embargo, Londres, centro indiscutible de las modas masculinas, trata de lanzar, en estos momentos, el pliegue en el costado como se usaba en los principios del reinado de Victoria. Ya el rey Jorge y el honorable Jorge Lampton se han presentado en público luciendo esta nueva moda.

La innovación tendrá éxito seguramente, y buena prueba de ello es que en París, los grandes sastres están haciendo propaganda en su favor. La cosa realmente no tiene mayor importancia. ¿Qué importa el pliegue del pantalón en un lado u otro junto a los problemas sociales que conmueven al mundo? Sin embargo, no habrá un elegante, ni siquiera un hombre medianamente vestido, que no cavile un rato en estos pantalones que parecían haber partido juntamente con los abuelos.



Complemento indispensable para que una comida sea más nutritiva y **completa,** son unas copas de AFRICANA EXTRACTO DOBLE, la bebida tónica por excelencia.

Sus condiciones digestivas y reconstituyentes la hacen inapreciable para las madres que crían, y mucho más aún para las personas de estómago delicado, convalecientes y ancianos.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborada por la Comp. Cervecería Bieckert Ltda.

SAN JUAN, 3334 - BUENOS AIRES



Delegación de estudiantes cordobeses del Colegio Monserrat en su visita a la Casa Histórica, donde depositaron una placa de bronce en memoria a los congresistas de 1816.



Universitarios de La Plata, de la Facultad de Ciencias Químicas de aquella Universidad, en su jira de estudio para conocer las industrias químicas de esta provincia.



¿Botines nuevos, hijito?

No, papá; son los viejos que he lustrado con

"COBRA"

La pomada más eficaz para lustrar calzado.

Higiénica.
Económica.

Proporciona brillo al instante.
Conserva el calzado siempre nuevo.

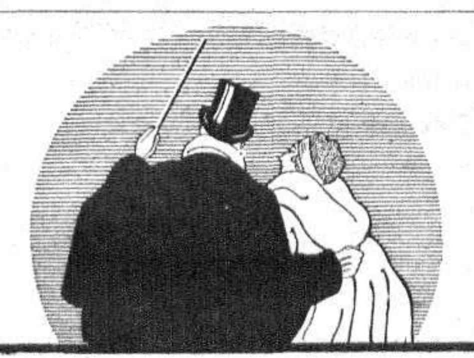
Adquiera hoy mismo una caja

De venta en toda buena casa.



Fundada en 1876

Unicos Concesionarios:
Atorrasagasti, Bargués, Piazza & Cía.
Cangallo, 1363 - Buenos Aires



Al salir de un teatro, cine,

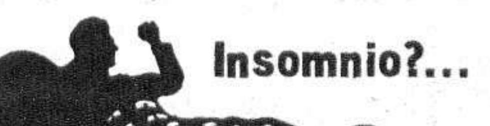
o local cerrado, debe preservarse de los cambios bruscos de temperatura, tomando

PASTILLAS o JARABE

DASAC

de gran eficacia para preservar y combatir la **TOS, RESFRIOS y BRONQUITIS.**

Pastillas, la caja, $ 1.—
Jarabe, el frasco, » 1.20
En todas las farmacias.



Insomnio?...

Su insomnio es la consecuencia de su sistema nervioso agotado, su cerebro cansado por excesiva actividad. Vd. necesita para normalizar su organismo el

DINAMOFERRIN
FLINDT

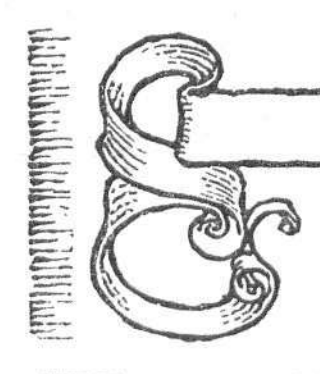
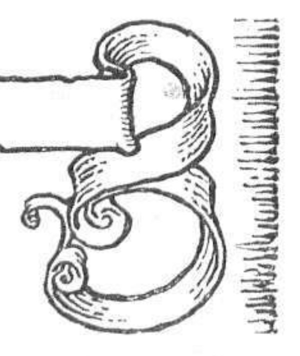
El **DINAMOFERRIN Flindt** es elaborado de acuerdo con los más modernos y probados principios científicos. Contiene Coca, Kola, Hierro, Fósforo, Arsénico y Estricnina en proporciones justas.

ENSAYE USTED UN FRASCO

El fraco, $ **3.20.** En todas las farmacias

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "Las enfermedades más comunes".

UNICO DEPOSITARIO:
DROGUERIA AMERICANA
Bmé. MITRE, 2176 - BUENOS AIRES

HISTORIA
DE UN
AUTOMOVIL

EINABA en el lugar de la catástrofe profundo silencio, interrumpido tan sólo por el viejo automóvil que, hundido en el polvo, medio deshecho, soplaba, jadeaba, como poseído de un sufrimiento interior:

—¿Que os cuente mi historia? ¿La de ellos?... ¿Cómo fué, qué?...

Se calló un momento. Luego continuó con violencia:

—¡Ah! Ellos son la causa de mi ruina, de mi dolor. Yo era feliz, no anhelaba nada y toleraba con paciencia los amores de los hombres cuando se acogían a mí y me tiranizaban, convirtiéndome en dócil auxiliar de sus placeres. A pesar de que nuestra voluntad es pasiva y sujeta a un dominio superior, nosotros, máquinas, tenemos cuerpo y alma como los hombres. Día vendrá, al fin, en que tengamos también voluntad libre y activa. Ya hoy nos rebelamos alguna vez contra nuestro tirano cuando, perdida la razón, en la embriaguez satánica de la velocidad, nos arrastra al más allá ignorado, fuera del confín de toda prudencia... Este antagonismo latente y feroz entre la máquina poderosa y el tiranuelo jactancioso que la guía, se manifiesta harto frecuentemente: ¡nuestras víctimas son innumerables!... Cierto es que muchas veces caen confundidos y deshechos la máquina y el mecánico...

«Somos como los hombres. Yo he tenido siempre instintos agresivos. Al pasar por mi lado un coche a gran carrera, con alegre sonar de cascabeles y trotar de piafantes caballos, se apodera de mi un sobresalto indefinible, mis engranajes se contraen como los castañeteantes dientes de un furioso y ardo en deseos de destrucción, que sólo se aplacan cuando en audaz carrera paso al lado de mi competidor y lo dejo atrás envuelto en una nube de humo y de polvo...»

Pareció recogerse un instante en un recuerdo terrible. Después prosiguió:

—Ahora escuchad el relato de esta aventura angustiosa. ¿Queréis saber la verdad?... ¡Los he matado!... Fué en un momento de ira irresistible... Los transportaba como a tantos otros enamorados que confiaron sus secretos a la rumorosa condescendencia de mi soledad, y se mecían entre mis brazos como niños demasiado ingenuos que hacían de su ingenuidad un arma de doble filo por la ironía y el egoísmo. ¿Adónde los conducía? No lo sé. Corríamos a toda presión. Delante de mi no había obstáculos, me parecía volar, y llegué a perder el sentido de la dirección y la noción del tiempo; mi alma se volatilizaba en un sueño incorpóreo de energía y velocidad. Era una carrera loca, desesperada,

irrefrenable, entre una nube de polvo, al través de los campos, bajo la luz del sol primero, envueltos luego en la melancólica penumbra del crepúsculo, después bajo la luvia que lo envolvía todo en un velo ceniciento de llanto y tristeza, al resplandor de la luna por último, deslizándonos como un huracán entre árboles añosos que parecían gigantes creados por una extraña fantasía... Iban solos. El casi no hablaba. Ella tenía en su voz un no sé qué de musical que fascinaba. Primeramente se saciaron de miradas y de besos, complaciéndose en una especie de frenesí extático que los hacía vibrar como cuerdas sonantes de un arpa; era el ímpetu de una pasión tranquila y vehemente, que no tenía esas explosiones que hacen del amor un vértigo. Largo rato transcurrió de este modo. Luego hubo como una crisis; iban preocupados y casi se huían, absortos y nerviosos. Ella rompió al fin aquel silencio abrumador.

«— Héctor, tú no me amas.

«— ¿Por qué dices eso?

«— ¡Ah! ¿Crees que no me doy cuenta? Si lo veo en tu proceder conmigo, lo adivino en cada gesto, en cada palabra, en cada pensamiento que sé sorprender en tu alma por esta extraña sugestión, por esta especial simpatía que me arrastra hacia ti.

«— Te engañas. ¿Qué proceder es el mío? Te dejas alucinar por una falsa interpretación de mis ideas o de mis sentimientos. Las ideas y los sentimientos del hombre son como esos vidrios que se tiñen de un color distinto, según la luz y según la hora.

«— Sí; tu proceder conmigo, ¿te parece leal? Esa displicencia, ese abandono, esa falta a tu palabra a cada momento, ¿no confirman tu traición? Si no me quieres, sé por lo menos franco. ¿Temes causarme un disgusto? No lo creas: la verdad no me ofende por amarga que sea; el desengaño no me hace sufrir, porque quien no me aprecia no me merece, y mi voluntad es tan fuerte que me basta un pequeño esfuerzo para ver con indiferencia a la persona que momentos antes causaba mi dicha. Créeme, sé franco.

«— Pero si lo soy, si te quiero.

«Hubo otra larga pausa.

«Era una noche magnífica. Bajo el gran arco lunar alguna nube se arrastraba, se unía con otras y juntas se alejaban como en un encanto de libertad. Los árboles se sucedían rápidamente a ambos lados del camino, cual si se persiguiesen en huida vertiginosa y fantástica.

«— ¿De modo que me juzgas tonta? — Es la frase de todos los amantes que se creen no correspondidos y se vuelven por un momento fuertes, con fuerza inconsciente y temeraria, olvidando su debilidad pasada y no pensando en lo que sucederá al fin del amor.

«— Pero ¿por qué te voy a juzgar tonta? Si yo te amo...

«— ¡Cómo mientes!

«— No sé qué decirte para probarte que te engañas y que me mortificas injustamente.

«— ¿No sabes qué decirme?

«— Concreta tus cargos.

«— Uno solo tengo que hacerte: que me has engañado vilmente al apoderarte de mi alma fingiendo un amor que no sientes ni has sentido nunca.

«— Pero si te repito que te quiero...

«— ¿Y no puedes demostrármelo?

«— ¿Qué quieres que haga? — sonrió maliciosamente.

«— Eso, que te burles de mí; no merezco otra cosa por tonta, por no haber visto que eres como todos los hombres, como todos los otros; ¡bastaría decir que eres hombre! Vosotros no conocéis más que vuestro egoísmo, no buscáis más que la satisfacción de vuestro capricho, sin ver que podéis herirnos en el fondo del alma y ocasionar nuestra desgracia. No comprendéis siquiera esta fineza, esta sinceridad de un alma sensible, que, porque os juzga dignos, se abandona a vosotros, sin ideas preconcebidas, con noble espontaneidad, libre de toda clase de convenciones; y si comprendéis esto, abusáis por ser unos brutos, y entonces la villanía consiste en no prever los efectos...

«Se calló como absorta. No lloraba ya y se esforzaba en ostentar una tranquilidad y sangre fría que no tenía.

«Continuó:

«— Sí. Yo fuí una tonta al entregarme con toda el alma a ti, sin representar esa comedia que hacen previamente todas las mujeres, a pesar de tener resuelto desde el primer momento el sí o el no. Es necesario hacerse desear, haceros sufrir, porque vosotros sois también como esas pobres mujeres que necesitan ser golpeadas para sentir intensamente el placer de la posesión. La necesidad de esa humillación es prueba de vuestra propia vileza.

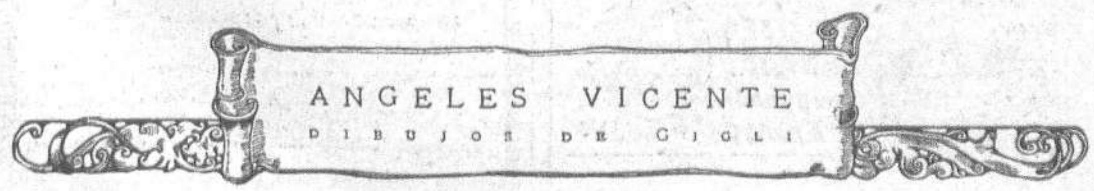
«Héctor callaba y, atento al camino, parecía no prestar atención.

«— Sí. Fuí una alucinada cuando creí ver en tus miradas un alma gemela que me comprendía, cuando vi en ti un espíritu amplio, cuando creí haber encontrado mi ideal... mi único... Si al menos fueras franco, yo te quedaría agradecida. Dime la verdad, ¡dímela! La duda es lo único que me preocupa, que me atormenta, que me enloquece. Fuera de eso, estoy por encima de todo. ¡Un desengaño más en la vida qué importa! Dime que sólo he sido para ti un juguete, un capricho, pero dime algo, te lo ruego, tu silencio me desespera y no sé qué pensar. ¿Qué pretendes demostrarme con tu silencio? ¿Tu desprecio? ¿Tu traición? ¿Por qué no tienes siquiera una palabra de disculpa, o un ímpetu de rebelión? ¿Por qué me ofendes de esa manera mortal? ¿No te digo que me seas franco? ¡Si yo te perdono! Sufriré la consecuencia de mi error, y te dejaré libre... pero ante el insulto de tu desprecio no respondo de mí. ¡Habla! ¡pero habla! ¡dime algo!

«— ¡Qué hermosa noche! — exclamó él desviando la conversación — ¿no es cierto?...

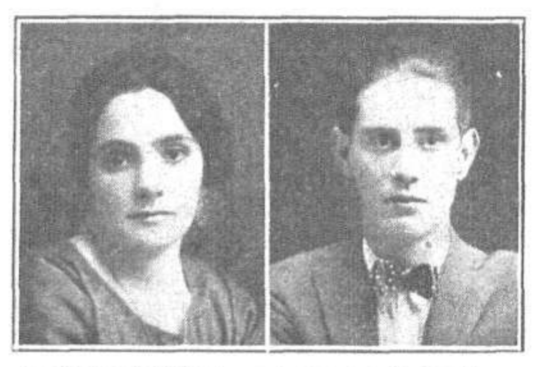
«Entonces ella se abalanzó a él con resolución heroica, premeditada sin duda desde hacía tiempo, y yo, abandonado a mí mismo, me sentí dominado por la ira terrible de aquella mujer, por un ansia loca de destrucción, en carrera frenética, desesperada... Fué cosa de unos segundos: delante de nosotros se abrió un abismo espantoso... se oyó un grito, luego un choque estridente, y me sentí deshacer en mil pedazos entre una nube de humo...»

El viejo automóvil se calló. La brisa de la noche soplaba dulcemente, tenue y apacible...





Señorita Raquel Capparelli con el señor José Lia. — Capital.



Señorita Amelia Paladini con el señor Juan D. Malasfina. Capital.



Señorita Elvira Mattano con el señor Juan Ortiz.



Pita López-Spezia. — Tancacha.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

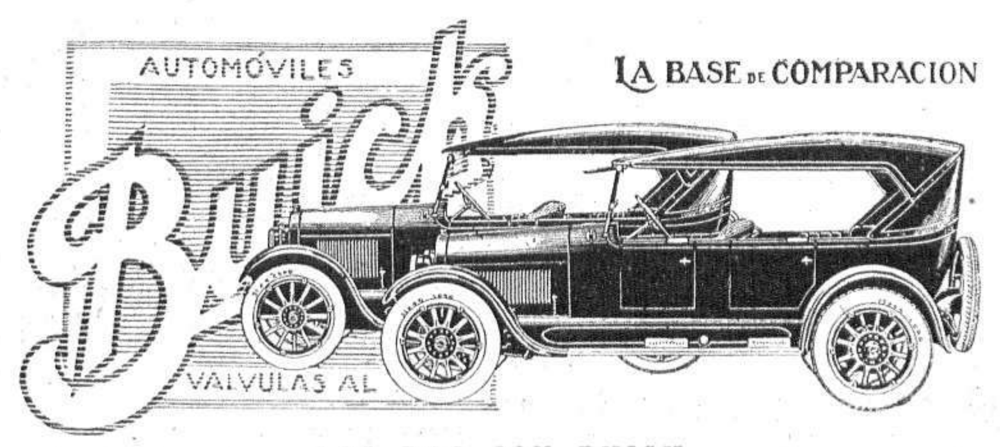
Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



Miembros que integran la comisión directiva "Pro Kermesse Godoy Cruz", presidida por el tesorero general de la provincia, señor J. P. Olivera.

Señoritas y jóvenes que tomaron parte en el campeonato de tennis efectuado recientemente en el campo de deportes del Club Pacífico.



LOS DOS SON BUICK
EL UNO ES DE CUATRO, EL OTRO DE SEIS

LOS modelos "BUICK" de carrocería Doble-Faeton se han construído para viajar durante los meses de invierno de una manera segura y cómoda.

Las cortinas especiales que posee, como asimismo los controles del para-brisa ajustable desde el interior del coche, contribuyen a proporcionar el confort solamente comparable al de los coches cerrados.

Solicite folleto X 23

HENRY W. PEABODY & Cía.

BARTOLOME MITRE, 1746 - BUENOS AIRES

NUEVA YORK
LONDRES

TALLERES
BOLÍVAR, 1650

LA BRUJERIA EN RIO

Los comentarios sobre el «fetichismo» practicado en las altas ruedas mundanas no debieron quedar en el punto dejado en estos últimos tiempos por los periodistas profesionales. El asunto es rico en sorpresas, y es natural que yo aproveche convenientemente las preciosas informaciones que me van llegando.

El caso que ayer me contara el ilustre magistrado doctor Machado Guimaraes vale, él solo, por toda la crónica de la brujería en Río de Janeiro. El hecho es reciente y tiene la ventaja de envolver personas muy conocidas y muy elegantes, una de las cuales está ligada a mí por estrechos lazos de parentesco.

Un caballero, conocido mío y amigo íntimo del doctor Guimaraes, tuvo la franqueza, muy envidiable, de apasionarse por una señora muy linda y muy rubia, que ha sido el suplicio de un centenar de corazones. En su desvarío, desilusionado ya de los procedimientos galantes con que trataba de cautivar aquella fugitiva mosca dorada, resolvió el cuitado recurrir a una bruja de la calle de los Arcos, que le fuera indicada por el mismo doctor Machado Guimaraes.

La receta que ésta le dió era simple y común: consistía en obtener treinta y tres hilos del cabello de la dama, polvorearlos con azúcar y dejarlos en las proximidades de un hormiguero. A medida que las hormigas los fuesen royendo, la ingrata iría experimentando, también, el hormigueo del amor en lo más íntimo de su corazón.

El desventurado hizo lo que le recomendaran sin omitir ningún detalle. Escogió, en su jardín de Copacabana, un hormiguero enorme, donde moraban millones de hormigas negras e inquietas, entregando, no sin pena, a la gula de esas pequeñas fieras los treinta y tres hilos de oro que había obtenido por intermedio de una criada, a razón de mil reis por cada uno.

Durante la noche no soñó con otra cosa. Vió a la amada debatirse entre miles y miles de tigres minúsculos, y no fué sin gran contentamiento que saltó de la cama, al día siguiente, para correr al jardín.

Le esperaba, sin embargo, una sorpresa. Fué en balde que buscara alrededor del cantero de magnolias, donde viera la víspera el hormiguero de las hormigas negras. En todas partes, por más que removiese la tierra, veía solamente hormiguillas bermejas o amarillentas, de esas que llaman vulgarmente «hormigas de fuego».



Las hormigas habíanse devorado los hilos de cabello, y todas estaban... oxigenadas! ...

LOS SASTRES

Una de las clases trabajadoras que más despiertan mis sentimientos de piedad es la de los sastres. En Río de Janeiro, sobre todo, los hombres de aguja y dedal constituyen verdaderos bodes expiatorios. De vez en cuando aparece el nombre de uno de ellos en el diario por haber alcanzado a un deudor; y es de los sastres de quienes los humoristas echan mano cuando quieren referirse a un acreedor implacable e intransigente. ¿Por qué así acontece? Es porque ellos son los únicos comerciantes que venden al fiado a los hombres de sociedad, depositando exagerada confianza en la gente de buen aspecto y de buen gusto.

Y los inconvenientes de esa gentileza de los sastres no son solamente los que arriba he citado. Todavía ayer, confiado en mi simpatía, uno de ellos me confesaba:

— Nosotros, señor Consejero, somos una clase desamparada. Si Judas no fué barbero, seguramente fué sastre, y nos legó a nosotros su maldición. ¿Quiere la prueba?

Y colocando la aguja en la solapa, me contó:

— Hace seis meses, nosotros los sastres, sufrimos una crisis y resolvimos acudir a la prensa y a las autoridades en demanda de auxilio. Fuimos a los diarios y encontramos desiertas las redacciones; los redactores habían huido al barruntar nuestra aproximación ¡como si fuésemos portadores de una peste! En la policía nadie apareció; el secretario del doctor Aurelino, sabiendo que entre nosotros estaba el gerente de la Sastrería «Cuatro Naciones», nos mandó decir que había salido con el jefe, quien, a su vez, declaró no podernos atender. En el Ministerio del Interior, donde estuvimos después, hasta el ministro había desaparecido. Era, en fin, tan terrible el pavor que sembrábamos por todas partes que tuvimos que resolver, por nosotros mismos, la cuestión que nos interesaba.

Y, desolado, preguntóme el hombre:

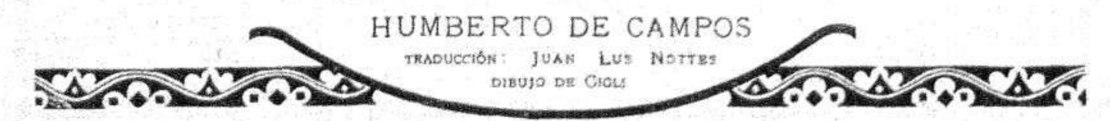
— ¿Judas no fué sastre, señor Consejero?

Y yo lo tranquilicé. En efecto; en la Historia Sagrada solamente hubo un sastre. Pero no fué Judas. Fué el ladrón bueno.

HUMBERTO DE CAMPOS

TRADUCCIÓN: JUAN LUIS NOTTES

DIBUJO DE CIGLI




DESDE $ 2.— HASTA 20.000.— m/n
podrá Vd. ganar hasta fin de esta semana, mediante las
CAJITAS de la SUERTE
que la Casa Ycardo
OBSEQUIA
a todo comprador. El contenido de estas CAJITAS, que abarca desde las más novedosas y finas fantasías de nuestro selecto surtido, hasta Libras Esterlinas, Billetes de Lotería, etc., etc., podrá proporcionarle a usted la compra más afortunada que jamás haya hecho. Visítenos.
LAS OPORTUNIDADES QUE OFRECEMOS HOY
PINCHOS de perla acicate, con finísimo marquesí. Como reclame únicamente, a............ $ 3.90
AROS de nácar cincelados a mano, con ganchos de plata platinada.................. $ 3.90
AROS Etruscos, fabricados en nuestros propios talleres, modelos exclusivos de la Casa Ycardo, $ 4.50
JOYERIA FANTASIAS Y BAZAR
CASA YCARDO
FLORIDA 270
CANGALLO 717-725
ROSARIO SAN MARTIN 829
La Nueva Escopeta de Repetición
Remington Calibre 20
reune todos los últimos perfeccionamientos.
Su funcionamiento excepcionalmente suave y sencillo se debe al balance cuidadoso y científica disposición de su mecanismo. Su desarme, de un modo nuevo y fácil, permite cambiar a voluntad un cañón por otro. Su recámara enteriza expele las cápsulas vacías por la parte inferior, evitando así posibles accidentes.
Bien equilibrada y tan atractiva como el calibre 12 de fama mundial, aventaja a éste por su peso liviano que la hace ideal para las largas recorridas.
Los Productos Remington se venden en todas las casas del ramo.
Modelo 17
REMINGTON ARMS COMPANY, INC. — 25, Broadway, Nueva York
REPRESENTANTES:
DONNELL & PALMER — Moreno, 562-570, Buenos Aires
REMINGTON UMC



TOAY (F. C. O.). — El gobernador de la Pampa, teniente coronel don Arturo Núñez, con su secretario Degreff, el capitán Martinez y el señor B. Pancetto presenciando el desarrollo de la votación en las elecciones comunales.

CURIOSIDADES

Lo que ocurre cuando se descompone el agua es que se desenvuelven en su superficie varios organismos vivos. El agua pura sola no alimenta por sí misma ningún organismo vivo; debe de haber en ella algunas otras substancias, y tal vez alguna capa grasienta en su superficie, para que estos organismos, en su mayoría microbios, puedan multiplicarse. Al crecer su número cubre la superficie del agua de capas sumamente tenues de substancias que nos reflejan la luz cuando las contemplamos. Pero sucede, como en otros muchos casos, por ejemplo, en las burbujas de jabón y en el nácar, que sus rayos se dispersan al ser reflejados por estas delgadas capas de materia, o cuando las atraviesan, si mirásemos el agua desde abajo, y este es el origen de su colorido. La causa es que las ondas luminosas al retornar, unas de una capa de la superficie, y otras de otra, chocan las unas con las otras, fenómeno conocido en óptica con el nombre de «interferencia de la luz».

Hasta principios del siglo XVI no se pusieron de moda los corsés descotados.



Este romance tuvo su origen en Wall Street, Nueva York, donde el romance es notablemente escaso, y terminó en el fantástico y vaporoso Este, donde es elemento primordial de vida. El exacto momento de su nacimiento fué a las 11.30 de un sofocante día de junio, hace tres años, cuando, escuchando el click de las máquinas de escribir y el zumbido del teléfono de la oficina de su padre, una inesperada aversión de la vida, tal como él la conocía, surgió en el alma de Olaf Gunderson, dibujando un gesto de desagrado en su cara. Por espacio de un minuto escuchó los diferentes sonidos, imaginándose el porvenir que le esperaba; después se echó a reir.

— ¡Santo Dios! ¡Qué vida!

Una nube veló sus ojos; sintió en su cara el aliento del aire marino, un loco impulso de destrozar los muebles de la oficina y un deseo de terminar de una vez con aquella monótona existencia.

Una hora después sacudía de sus zapatos el polvo de Wall Street, dejando sobre el escritorio de su padre esta lacónica despedida: «Me voy de vacaciones. Regresaré dentro de un año».

Cuatro meses después se detenía frente a una gran carpa en las afueras de un pueblo malayo, casi desconocido. Era alto y de cutis bronceado, con una gran cicatriz en una mejilla, una caricia que le hiciera un nativo de Palembang, con quien no anduvo de acuerdo. Con la cabeza al aire, sus dorados cabellos brillaban bajo el sol, y en sus labios se dibujaba una sonrisa, provocada por los pintorescos carteles que colgaban de la lona, los que anunciaban que Paddy Malone, el gran domador de fieras americano, exhibiría sus leones y tigres amaestrados.

La rara coincidencia de que la suerte hubiera llevado allí a uno de sus compatriotas con sus leones y tigres le hizo sonreír de nuevo. Pero la sonrisa fué interrumpida y en sus azules ojos apareció una mirada de sorpresa.

Una muchacha nativa se acercaba a la carpa, aparentemente con la intención de entrar. Que era una persona de importancia lo probaba la servidumbre que la acompañaba y otros detalles más.

Su vestido era el de una dama de rango. Una chaquetilla roja, raramente adornada con oro y joyas, blusa de reluciente seda, túnica azul y zapatos de taco con adornos de oro; completaba el atavío con un velo tan fino que parecía haber sido tejido por arañas. Bajo el velo brillaban las joyas que adornaban sus brazos y manos.

Por un momento, tan breve que apenas pudo darse cuenta de la realidad, el velo se apartó a un lado, y pudo ver un par de ojos con niñas negras como la noche y fijas en el fondo de un profundo pozo de un blanco azulado, y que al mirarlos parecían estar llenos de curiosidad. En seguida aquellos maravillosos ojos mostraron más que curiosidad... una llama que parecía abrasarle y que, al pasar ella, le dejó electrizado, como loco.

Olaf quedó petrificado, excepto sus ojos, que lucían cual dos brillantes, siguiéndola mientras entraba en el circo.

— ¡La joya de Asia! — exclamó sin poderse contener, y un momento después tomó el mismo camino. Al trasponer las puertas de lona le pareció que el interior de la carpa estaba casi en la obscuridad, y esperó un momento hasta acostumbrar su vista a aquellas sombras.

Olaf avanzó hacia las sillas próximas a la pista, pero fué detenido por un hombre de casaca roja, quien le puso una fusta sobre el pecho.

— ¿A dónde va, joven? — le preguntó cortésmente pero con firmeza.

Olaf le indicó sonriente la silla que se proponía ocupar.

— ¡Reservada! — gesticuló el otro.

— ¡Oh, pagaré lo que sea! — exclamó Olaf. — ¿Cuánto es?

— Nada; su alteza real las ha tomado todas.

Olaf miró a la dama velada, quien tenía la cabeza medio vuelta hacia él; después miró a la masa de medio desnudos malayos y habló de nuevo.

— Seguramente que no me quiere meter entre esa gente, ¿no?

El de la casaca roja miró al público e hizo una mueca.

— ¡Linda manada de zorros! ¿Pero qué quiere que le haga? Usted sabe lo que son estos rajás. Me cortarían el pescuezo con un kris si lo metiera cerca de esa muchacha.

— Entonces déjeme permanecer aquí.

— No hay inconveniente — sonrió Paddy Malone. — Pero, por amor de Dios, no se apoye en esa cuerda o se vendrá la tienda abajo.

Bien poco podía ver desde allí, pero, sin embargo, no se movió ni separó por un momento la vista de la dama velada.

Paddy Malone se había instalado sobre un tablado como un resuelto domador, tenía en una mano una pesada fusta y en la otra un tridente. Estaba de espaldas al público y mirando hacia una fila de jaulas, en una de las cuales rugía imponente un león africano. La bestia estaba, sin duda, de mal humor, pero cuando el domador hizo crujir su fusta se movió majestuosamente en la jaula, mientras Malone, girando sobre sus talones, le seguía los movimientos.

El domador volvió a hacer crujir el látigo, y el león se acercó a un taburete blanco; al tercer crujido subió y se sentó sobre sus patas en la actitud de un león de piedra sobre el pedestal.

Malone se acercó a los barrotes, y en seguida apareció una leona, andando a pasos lentos y majestuosos.

El látigo crujió de nuevo, pero la leona no obedeció. Siguió dando vueltas a la jaula sin hacer el menor caso del trono de madera que debía ocupar. Olaf Gunderson tuvo la rápida impresión de que no todo andaba bien, y tal vez el público recibió la misma impresión, pues se notó en la tienda un gran silencio que sólo era interrumpido por el suave ruido de las pisadas de la leona sobre las tablas.

El látigo de Malone crujió ruidosamente por dos veces sucesivas, y la leona detuvo su paso, al tiempo que, mirándolo, dejó escapar un profundo rugido, encogiéndose, sacudiendo la cola furiosamente de un lado para el otro, y con el vientre casi sobre el suelo. Olaf no pudo ver la cara del domador, pero alcanzó a oírlo murmurar:

— ¡Dios me ayude! ¿Qué le pasa a esta bestia?

Entonces sucedió lo que se esperaba. Malone cambió rápidamente de mano la lanza, justamente en el momento que la leona saltó. El arma amortiguó algo el golpe, pero el domador fué bruscamente derribado contra los barrotes, los que, a su vez, fueron derribados sobre el redondel. Inmediatamente el león del pedestal se bajó de un salto, rugiendo y sacudiendo furiosamente la cola.

Un agudo grito de terror salió de todas las bocas, que fué rápidamente centuplicado con el ruido ensordecedor de los hombres mezclado con los gritos de las asustadas mujeres.

Entonces empezaron las carreras, la masa de indígenas se avalanzó a la puerta con salvaje confusión, luchando, gritando, pisoteando a los que caían, y Olaf vió relucir un kris en las manos de un hombre que trataba de abrirse camino.

Algunos de los acompañantes de la muchacha pasaron junto a él. Los otros los siguieron como una banda de asustados pájaros, tratando de llegar a la puerta, y Olaf vió que habían dejado sola a la dama.

La vió levantarse, enredarse entre las sogas y las sillas, y caer. Un segundo después corrió hacia ella y la tomó en sus brazos, en el preciso momento en que el domador saltaba sobre las tablas, tridente en mano, haciendo frente a los enfurecidos leones, mientras por el lado opuesto avanzaba un eurasiano con una barra de hierro en las manos, la punta de la cual estaba enrojecida al fuego.

Mientras el león sacudía furiosamente la tienda con sus terribles garras, Olaf se acercó a la lona, siempre con la muchacha en sus brazos, la rasgó con un cuchillo y se metió por la abertura, sin notar que en la operación el velo de la joven se había desprendido.

II

Afuera la confusión era casi tan grande como adentro. Olaf, llevando a la muchacha desmayada en los brazos, se abrió camino por entre la multitud, y entonces miró a la cara que tenía tan cerca de la suya. Le pareció extraordinariamente blanca, escasamente más morena que la de algunas americanas que él había visto, y de una belleza excepcional, cual la de algunas de las raras flores tropicales. La nariz era recta y pequeña, los diminutos labios tenían el color de granos de granada en madurez; la cara perfectamente ovalada, las mejillas redondeadas y suaves, y las pestañas de sus cerrados ojos eran largas, sedosas y tan negras como el pelo que le caía sobre los hombros.

La miró sorprendido, y mientras la miraba, indeciso de lo que debía hacer, un suspiro se escapó de aquellos labios de rubí, los párpados temblaron y las largas pestañas se separaron para dejar ver un par de divinos ojos.

Sintió el cuerpo estremecerse en sus brazos, y vió la sangre afluir a la anacarada cara; sus ojos se encontraron con una mirada que le hizo arder la sangre.

— No se asuste. Está bien. ¿Adónde quiere que la lleve? — le preguntó confuso.

Apenas le había hablado, cuando recordó que para ella sus palabras serían incomprensibles, e inmediatamente su mente empezó a trabajar con las pocas palabras malayas que conocía; pero un segundo después los ojos de ella volvieron a abrirse y sus sensuales labios se movieron.

— Por favor, déjeme.

Su voz era cual música de laúd, y él, demasiado excitado por la sorpresa de que ella conociera su idioma, contestó en forma de protesta:

— ¿Pero se encuentra... se encuentra lo bas-



Imediatamente el león del pedestal se bajó de un salto, rugiendo y sacudiendo furiosamente la cola.

tante bien para caminar? Perdió el conocimiento, ¿sabe? Será mejor que descanse unos minutos más, y después tal vez esté en condiciones de caminar.

—Pero le cansaré...

—No se preocupe. Se lo aseguro — la interrumpió él. — Una rosa no podría ser más liviana.

La rosada sangre afluyó a sus frescas mejillas, una sonrisa brilló en sus ojos y los rojos labios se curvaron seductoramente.



Vió el reflejo de los krises y comprendió que el momento era de gran peligro.

Ninguno de los dos habló por un momento; entonces inesperadamente el diminuto cuerpo se escurrió entre sus brazos, y en seguida ella se ajustó el velo sobre la cara, y quedó por un momento ante él, el menudo cuerpo oriental infinitamente seductor en su velada belleza y misterio. El le tendió los brazos.

—¡No, no! — dijo ella, haciendo un ademán con sus enjoyadas manos. — ¡Deténgase: vienen!

Dos o tres de sus doncellas se acercaban corriendo, seguidas de dos guardianes, quienes mostraban sus mortíferos kris de hoja en forma de aljaba. Olaf, al verlos acercarse, se preparó para defenderse si fuera necesario. Pero ella que notó sus furibundas miradas se adelantó y entró en explicaciones que aparentemente fueron aceptadas, pues un momento después toda la comitiva se retiraba en dirección al río, dirigiéndole ella un pequeño gesto de despedida al retirarse.

Un segundo después Olaf fué sorprendido por el ruido de varios disparos y, dándose vuelta, salió corriendo hacia la tienda del circo.

III

La excitada concurrencia que desde discreta distancia curioseaba, le interrumpía el camino, pero él, a fuerza de empujones, consiguió abrirse paso.

Malone estaba sobre el tablado, pistola en mano, y con una mirada de desesperación en su cara. Tendido a sus pies estaba el eurasiano que con la barra de hierro enrojecida al fuego corriera en su ayuda, mientras un poco más lejos yacían tendidas las dos fieras que habían sido la causa del desastre, manchando las tablas con su sangre.

Al avanzar Olaf, el domador lo vió y le dirigió un gesto de desesperación.

—¡Ahora sí que estoy arruinado!

—¿Qué sucedió? — preguntó Olaf.

—Las fieras parecían haberse vuelto locas y tuve que matarlas, ¡y como eran las joyas del circo, no sé lo que podré hacer ahora!

—Es una lástima — dijo Olaf compasivamente, admirado de la serenidad con que el otro afrontaba la ruina.

—¿Qué le sucedió a su alteza real? — preguntó Malone.

—Conseguí sacarla sin que se lastimara. Pero, dígame, ¿quién es? — le preguntó Olaf con una curiosidad que no podía esconder.

—Es la hija de un opulento rajá de nombre Kaula. La muchacha se llama Meriam. No es como las demás; se ha educado con una institutriz inglesa.

—¡Meriam Kaula! — murmuraba Olaf como si su nombre fuera música, y Malone lo miró con sorpresa.

—Oiga, amigo; será mejor que se tome un baño frío en el río si es que le da por ese lado; puede ser que eso le salve la vida. De todos modos, la muchacha se casa dentro de dos semanas con otro rajá de río arriba.

—¡Dos semanas... catorce días!

—Catorce mortales días; lo bastante para que lo descuarticen con un kris si intenta arrimarse a ella.

—No importa. Pretendo casarme con esa muchacha y quiero que usted me ayude.

—¿Ayudarlo? ¿Está hablando en serio?

—Tan serio como la muerte.

—Eso quiere decir que usted está loco, mi amigo. — exclamó Malone. Después miró a su alrededor y preguntó de pronto: — ¿Cuánto vale el trabajito? Dígame.

Olaf expresó una suma en dólares que hizo silbar a Malone, quien al instante preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Olaf Gunderson, hijo de Alex...

—¿Gunderson, de Nueva York?

La respuesta fué un movimiento de asentimiento con la cabeza y en seguida Malone le estrechó la mano.

—Es un trato. Si vuelve dentro de una hora o dos, estaré listo.

IV

Olaf miraba al edificio que se levantaba en la orilla opuesta del río. Era un estuche demasiado pobre para guardar una joya como la que él había ido a buscar, siendo sólo un marco de edificio con paredes de madera, descansando sobre pilotes de madera para separarlo de la humedad del suelo, y con unos cuantos escalones bajando hacia el río.

—Sería bastante fácil abrir un paso en esas paredes — dijo a Malone.

—Muy fácil, tan fácil como hacerse matar. ¡No, hombre! Si lo encontraran allí lo freirían vivo,

—Sin embargo, tengo que ver a Meriam en alguna forma.

—Tendrá que tener paciencia y esperar a que ella aparezca.

Dos días estuvieron en acecho, notando gran movimiento en la casa del rajá, y en la mañana del tercer día apareció la muchacha dirigiéndose a tomar el baño en el río, acompañada por dos de sus doncellas.

—Ahora es la oportunidad — dijo Malone. — Acérquese, y que la suerte lo acompañe.

Olaf se separó, y atravesando el río fué a esconderse entre unos grandes helechos para esperarla a su regreso. Tuvo mucho que esperar, pero al cabo oyó una alegre risa femenina, y en el oportuno momento salió de su escondite.

Una de las doncellas gritó y apresuradamente se tapó la cara con el velo, mientras que la otra se acercó a su patrona, quien se había detenido sorprendida. Meriam dijo algo a sus doncellas, quienes al momento se retiraron tomando diferentes caminos. Olaf comprendió perfectamente, y avanzó unos pasos.

—¡Meriam! — murmuró Olaf, al tomar la mano de ella para llevársela a los labios.

Las mejillas de Meriam se sonrojaron, y un débil brillo apareció en sus negros ojos.

—Hay peligro si somos vistos — dijo ella en voz baja. — Mañana estaré casada...

—Entonces — interrumpió él — te llevaré esta noche. Escucha — continuó con la seguridad en el alma de que ella aceptaría: — cuando todos se retiren esta noche, te esperaré en la escalinata. Tendré una lanchita lista, y nos iremos en busca del cura de Perak para que nos case. ¿Vendrás? ¿Tendrás valor, Meriam?

Ella lo miró; sus negros ojos encontraron los azules de Olaf, y él, en el fondo de ellos, vió la respuesta.

La noche era extraordinariamente tranquila. Ningún ruido salvo el murmullo del río interrumpía el silencio, pero, a pesar de la obscuridad que los rodeaba, en la casa del rajá de Kaula se veía todavía una luz, la que los dos hombres blancos observaban con ansiedad desde la lancha a motor. Por fin la luz se extinguió, y en el mismo momento Malone notó el resplandor que se levantaba sobre la floresta en la orilla opuesta del río.

—¡Dios nos ayude! — murmuró. — La luz de la luna.

—No lo podemos remediar. Yo voy ahora, Malone. Arrima la lancha en silencio dentro de cinco minutos y está listo para cuando yo dé la señal.

—No fallaré, ¡por amor a mi propio pellejo!

Olaf se escurrió por la orilla y silenciosamente se acercó a la senda que había seguido por la mañana. Se detuvo cerca de la casa del rajá para hacer un reconocimiento. Todo estaba en el mayor silencio, y la casa en completa obscuridad. Tranquilizado, continuó acercándose, y en la débil claridad proyectada por la luna divisó la sombra de una figura acercándose a la escalinata.

—¡Meriam! — murmuró.

Ella salió de las sombras y empezó a descender, pero en el mismo momento un inesperado ruido hizo que Olaf se volviera bruscamente. Tres sombras aparecieron por la esquina de la casa y se dirigían hacia él. Vió el reflejo de los krises y comprendió que el momento era de gran peligro, pero no vaciló. Con una rápida mirada sobre el hombre se aseguró de que el bote estaba cerca, y al instante se abalanzó sobre el más próximo de sus asaltantes. El hombre levantó su kris, pero Olaf lo tomó por la cintura, lo levantó sobre la cabeza y lo lanzó sobre sus compañeros. Uno de ellos rodó, pero el otro se le fué encima con su temible arma en el aire.

Olaf sacó su pistola y, temeroso de hacer ruido, le asestó un culatazo en la frente antes de que tuviera tiempo para bajar el brazo. El malayo rodó por el suelo, pero uno de sus compañeros, que ya estaba en pie, se colocó tras Olaf sin que éste, mientras retrocedía hacia la escalinata, pudiera notarlo.

Meriam saltó en el preciso momento, y Olaf, que alcanzó a ver el reflejo de la luna en la hoja del kris que ella tenía en la mano, se sorprendió ante su valor. Entonces él saltó también levantando la pistola en el aire para dejarla caer con un terrible golpe sobre la cabeza del malayo, quien al caer lanzó un penetrante grito que repercutió en la obscuridad de la noche... el grito de muerte.

Olaf se acercó a Meriam que con el kris en la mano y el cuerpo del sirviente de su padre a los pies estaba dispuesta a llevar la defensa más adelante si fuera necesario. En la casa se oían comprometedores ruidos, y desde el río se oyó la áspera voz de Malone como un ruego.

—¡Por amor de Dios, Gunderson!...

Olaf reía loco de alegría al tomar en sus brazos a Meriam, y un momento después corría con ella en sus brazos hacia la lancha. Ya había luces en la casa y un clamor de voces que indicaban haber descubierto el rapto. Una lanza cayó en el agua a corta distancia del bote, y una bala de rifle rebotó contra su casco de madera; pero ellos ganaban ventaja.

Un bote partió de la orilla en persecución de la lancha, pero el motor pronto los puso fuera de alcance.

Meriam Kaula se recostó sobre el pecho de su raptor, y al hacer esto algo se escurrió de su falda para caer al suelo con un sonido de acero. Al bajar la vista Olaf, vió que era el kris que ella había llevado, ahora cubierto con sangre. Entonces pensó él que ella debía haberle salvado la vida, y mirándola a la cara, que ahora brillaba contra los rayos de la luna, vió un par de ojos negros y profundos que expresaban lo que sus tímidos labios no se atrevían a expresar.

—¡Que vengan los perros ahora! — gritó Malone que iba al timón. — Y por todos los santos habidos y por haber que esta noche voy a besar a la novia.

Y así fué.

El kris de hoja brillante y en forma de llama temblorosa cuelga en las paredes de la mansión de los Gunderson en Nueva York, un extraño objeto entre muchos tesoros. Y algunas veces Olaf Gunderson, viendo a su exótica esposa entre sus invitados, sonríe al recordar la terrible hoja manchada con sangre, y piensa en lo que dirían aquellas damas si les dijera que aquella encantadora mujer había dado muerte a un hombre.



Comentarios

— No dice actualmente ni cosas triviales.
— ¿Es mudo?
— Me cuentan que al pobre señor
se le han oxidado las cuerdas vocales.
— Será senador.

* * *



Toma la pluma la señora y suma
y la suma resulta equivocada.
Y la señora grita, fastidiada:
— ¡La culpa es de la pluma!
Las plumas que fabrican actualmente
son una porquería. Es evidente.

* * *

Una lombriz solitaria,
compañera inseparable
de un caballero honorable,
piensa:
— ¡Qué mujer voltaria!
Puedo decir en mi abono
que ella no hace lo que yo.
Porque ella le abandonó,
pero yo no le abandono.

* * *

— He visto al presidente. Es muy atento
— Veo que estás contento.
— ¿Cómo no voy a estarlo? Yo temía
que no me atendería
y me atendió al momento.
Yo le dije: «Confío
en la benevolencia
de que ha dado mil pruebas Su Excelencia».
Y él me contestó al punto: «Amigo mío;
tiene usted que curarse ese resfrío».
¡Ya ves qué bondadoso!
— Ya lo veo.
¿Pero te ha prometido algún empleo?
— No. Es un hombre en extremo interesante.
Me habló de mi salud, y es lo bastante.

* * *



Huyendo del casero impertinente,
se va al Lejano Oriente un ciudadano.
Y no por ser Oriente,
sino por ser Lejano.

* * *

Viven las ovejas angustiosamente,
y el ministro escucha que, continuamente,
las ovejas gritan:
— Corre ¡por favor!
Lébreton, ayúdanos de cualquier manera,
Lébreton, socórrenos, ya que dentro y fuera
del país te llaman nuestro salvador.
Lébreton activo, corre presuroso:
Lébreton augusto, piensa generoso
lo que hacer conviene. Nos inspiras fe.
Oye lo que piden y el ministro calla.
Mas, por fin, estalla:
— Consumid manteca y os ayudaré.

* * *

Se casó un filosofastro.
Su mujer tiene madrastra.
¡Dios le guarde a ese yernastro
del furor de su suegrastra!

* * *

— A Gallardo le estima don Marcelo.
— Puede ser. Mas yo insisto
en que no es un político de vuelo.
— Es un Angel sin alas, por lo visto.

* * *



— Copiando de los mejores
y más famosos autores,
consigue hacerse aplaudir.
— Es porque sabe elegir
bien sus colaboradores.

* * *

— No era nada y quería ser todo,
cuando Elpidio encontró el acomodo
que ni le hace brillar ni le agrada.
— Es que Elpidio se arregla de modo
que, debiendo ser todo, no es nada.

* * *

Una vieja rentista
le dice a su modista:
— ¿Alargar la pollera? ¿Qué ventaja
hay en ello? ¿Mejora la moral?
El marco baja y la pollera baja.
Eso es mala señal.

* * *



Por tocar el violón.
le ha salido a Melquiades un flemón.
Hay que ir, lector prudente, con cuidado
No toques el violón. Es arriesgado.

MONOS DE REDONDO.

Correo sin estampilla.

P. D. — Buenos Aires. —
Es inútil que escriba frases tan rancias
y cante, entusiasmado, sus excelencias,
pues nos aburren tales reminiscencias
y nos fastidian tales concomitancias.

Ignoto. — Buenos Aires. —
«Ignoto» la lira pulsa
con facilidad pasmosa
y nos refiere una cosa
impecablemente insulsa.

D. R. S. — Buenos Aires. — No.

D. — Buenos Aires. —
Llorón y quejumbroso,
su estilo nos parece lamentable.
¿Es usted un copiero artificioso
o es usted una viuda inconsolable?

S. G. M. — Buenos Aires. —
Humorista de ocasión:
para gustar a la gente
no hay que ser forzosamente
ni un payaso ni un bufón.

L. — Buenos Aires. —
El amante perece abrasado
y a la niña la mata el dolor.
¡Nos parece que ya es demasiado!
¡Humanícese usted, por favor!

R. P. — Buenos Aires. — No.

S. T. C. — Buenos Aires. —
Usted escribe por vicio
y usted escribe muy mal.
¿Por qué no cambia su actual
régimen alimenticio?

H. M. O. — Buenos Aires. —
Hay persona excelente
que todo lo perdona fácilmente.
Pero dígale usted a esa persona
que escribe torpemente
¡y no se lo perdona!

M. X. — Buenos Aires. —
No se comprenden las traducciones
de este señor;
pero sorprenden las pretensiones
del traductor.

V. F. — Buenos Aires. —
No nos produce estupor
ni nos llega a entusiasmar
la «prosa tentacular»
de que es usted inventor.